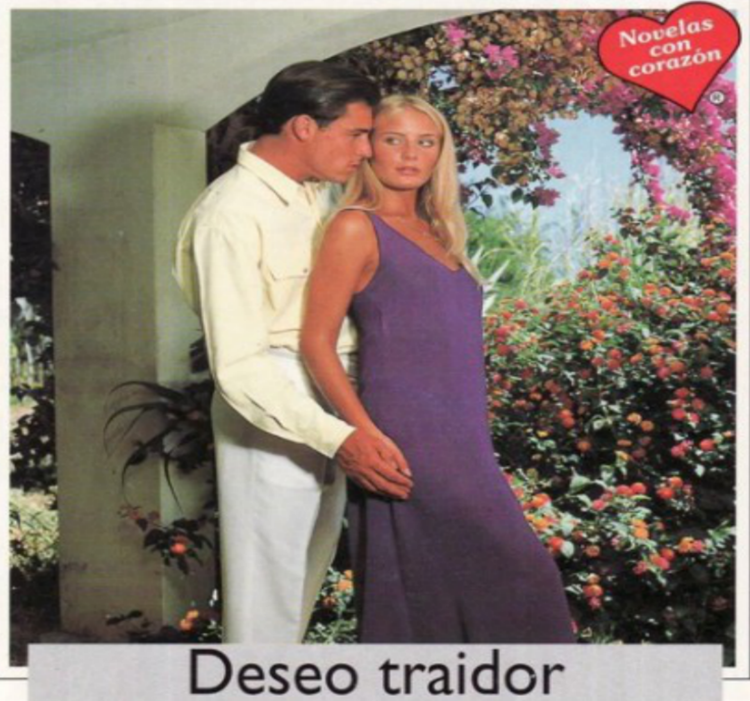
HARLEQUIN®

BIANCA®

aventura, intriga, pasión



340 ptas. - Argentina: $2.70 - México: $9.00

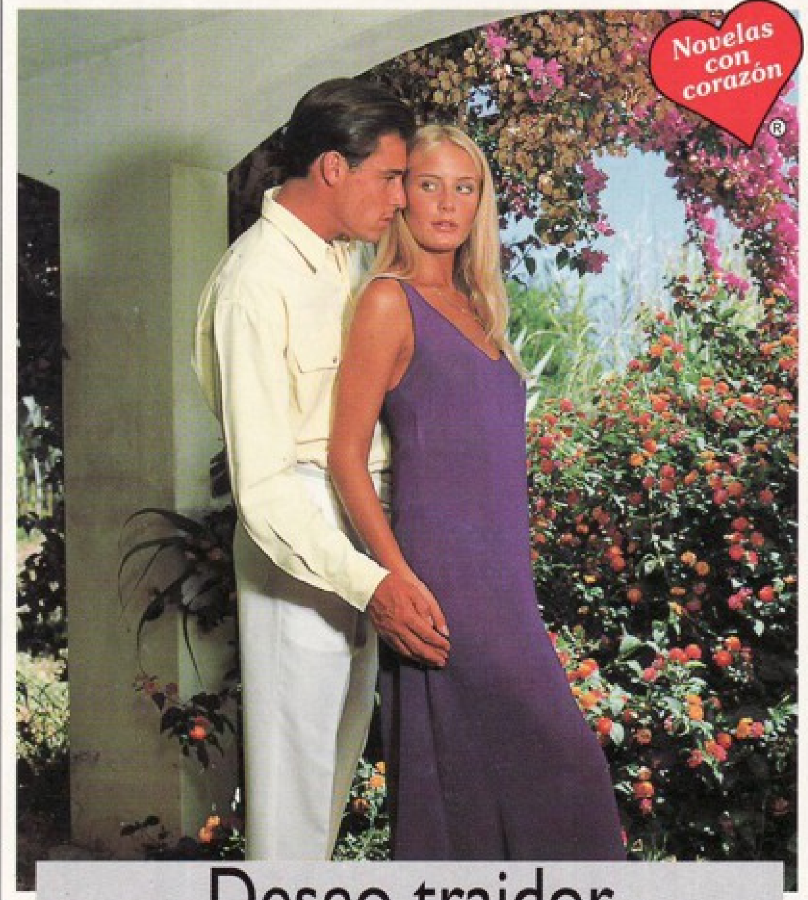
Deseo traidor

Anne Mather

HARLEQUIN®

BIANCA®

aventura, intriga, pasión



340 ptas. - Argentina: $2.70 - México: $9.00

Deseo traidor

Anne Mather

Deseo Traidor

Anne Mather

Deseo Traidor (20.08.1997)

Título Original: Treacherous Longings (1995) **Editorial:** Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Bianca 893

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Quinn Marriott y Julia Harvey

Argumento:

Cuando a Quinn Marriott le pidieron que encontrara a Julia Harvey, supo que tendría problemas. Quinn había conocido a Julia más íntimamente de lo que nadie sospechaba y creía que él había sido la causa de que ella abandonase los escenarios. El traidor deseo que Quinn experimentó en el pasado hacia Julia nunca se había calmado.

Ella tenía una razón muy especial para evitar a Quinn un secreto de diez años que él nunca debería averiguar.

Capítulo 1

—LA CONOCÍAS, ¿no?

Quinn vaciló ligeramente.

—Mi madre sí —corrigió con rapidez, consciente de lo pobre que resultaba aquella diferenciación. Claro que la había conocido. Y bastante mejor de lo que quería recordar. Pero aquello no era asunto de Hector Pickard. Y por su parte, nunca llegaría a serlo.

—¿Hace cuánto que ocurrió eso?

Hector se mostraba insistente, lo que hizo que Quinn se levantase y empezase a caminar con indolencia hasta la ventana. Las altas torres de Canary Wharf, visibles en la distancia tras los cristales de aquel elegante despacho no eran lo que veía al mirar a través de los cristales.

—Oh, hace años —respondió finalmente—. Por lo menos hace diez años. Mucho antes de que tuviera aquella pelea con Intercontinental. No tengo ni idea de lo que puede estar haciendo ahora —hizo una pausa—. Simplemente, desapareció del mapa.

—Yo sí lo sé.

—¿Qué es lo que sabes?

—Sé dónde está. O por lo menos creo que lo sé —dijo encogiéndose de hombros—. Sí, estoy casi seguro.

Aquella declaración de suficiencia por parte de Hector hizo que Quinn se volviera y lo mirara con incredulidad.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Bueno, tengo algunos contactos. —Hector respondió a su segunda pregunta—. Tú no eres el único periodista que trabaja para mí, Marriott. Y algunos de ellos harían cualquier cosa para desbancarte del maravilloso cargo que ocupas, incluyendo algún que otro abuso de información confidencial, si es que nos lleva hasta donde queremos llegar.

—Continúa —lo instó Quinn, frunciendo el ceño.

—¡La serie que estamos proyectando no tiene futuro y tú lo sabes! —exclamó con firmeza—. ¿Quién ha aparecido hasta el momento? Un par de insulsos actores cuyas carreras hace tiempo que declinaron, un boxeador retirado que no sufrió tanto en el ring como dice y un trío de políticos cuyas hazañas sexuales no le interesan a nadie.

—¡Que Dios me libre de los productores ambiciosos!

—No hace falta que te pongas tan moralista, Marriott. Sé que

criticaste este proyecto incluso antes de empezar…

—La verdad es que no era muy original ¿no crees?

—… Pero eso no te exime de una parte de responsabilidad en cuanto a su fracaso.

—Hector, incluso la chica que nos prepara el té podría haberte dicho que la presentación era terrible.

Hector hizo una mueca de disgusto. La serie de la que hablaban era creación suya y, aunque admitía que Quinn no había aprobado el proyecto, no quería dejarle salir del atolladero. Quinn no era un hombre muy temperamental pero sí capaz de mostrar agresividad en algunas ocasiones y aquella era una de ellas.

—A lo mejor debería ser ella la que ocupase mi sillón o quizá tú. No sería la primera vez que un ayudante de producción avasallador piensa que es mejor que los demás.

—Yo no he dicho eso. —Hector había sido muy bueno con él y no tenía ninguna gana de estropear la relación—. Solo creo que tenemos que darle un nuevo enfoque al tema. El hecho de investigar la vida privada de personas que tú mismo has admitido que son simples nombres en el pasado no acapara la atención del espectador.

—No estoy de acuerdo —para desgracia de Quinn, Hector no estaba aún preparado para darse por vencido—. Bueno, reconozco que las caras que hemos empleado hasta ahora no han logrado cautivar al público. La segunda serie va a ser mucho mejor. No podrás negar que la gente estaría interesada en conocer la vida de pongamos Marilyn Monroe, si continuase con vida.

—Pero Marilyn Monroe está muerta. Por eso sigue siendo noticia —añadió con suavidad—. Si hubiese seguido viva, dudo que el público hubiera continuado interesándose por ella. Fueron la brevedad de su vida y las circunstancias que rodearon su muerte lo que sigue siendo noticia.

—Bien, creo que Marilyn es un caso especial. Pero no quiere decir que la idea no sea buena. Me apuesto a que podrías proporcionarnos algunos nombres muy interesantes si quisieras. —Hector entrecerró los ojos—. No te contraté solo por tu linaje.

—Creí que lo habías hecho porque era profesional en mi trabajo —contestó Quinn fríamente—. No me irás a decir ahora que lo que te llevó a darme el puesto fue mi posición social. ¡Por Dios, Hector, no esperarás que te proporcione información sobre mis amistades!

—No. Solo quiero que vayas a ver a Julia Harvey.

—Ni hablar —contestó Quinn poniéndose derecho.

—¿Y por qué no?

—Es, bueno era, amiga de mi madre.

—Pero no es una amiga íntima, ni un miembro de la familia. Nunca te pediría que contases historias de tus amigos más allegados, Quinn. Y Julia Harvey ha estado retirada de la vida pública desde hace tanto tiempo, que no creo que represente una amenaza ni para tu madre ni para ti.

—No. No lo haré. Busca a otra persona, no quiero involucrarme en este asunto.

—¡Pero si ya estás involucrado! —declaró Hector irritado—. Y además no tengo tiempo de buscar a otro. A lo mejor ella ya se ha asustado. Está ahí, en algún sitio Quinn, lo sé. Y si me haces perder esta oportunidad es posible que no te lo perdone jamás.

—Un momento. Me has dicho que hay alguien que la ha encontrado. ¿Para qué me necesitas a mí?

—Bueno, creo saber donde está pero Neville no la ha visto. Aunque eso no significa que no esté allí. Solo significa que él no la conoce y que no podría saber quién es aunque la tuviese delante.

—Entonces, ya has intentado concertar una entrevista con ella ¿verdad?

—¿Pues qué acabo de decir? —Hector se puso a la defensiva—. Escúchame.

Cualquiera que tenga la reputación de esa señora no puede esperar permanecer en la sombra para siempre. Mira, Quinn —lo miró con agresividad—, entiendo que este asunto te incumbe y que sientes que le debes un mínimo de lealtad porque ella y tu madre fueron amigas hace tiempo. Pero déjame decirte que estás equivocado.

Vivimos en un mundo cruel, Quinn. Mujeres que han hecho leyenda, como Julia Harvey, no pueden esperar conseguir mantenerse en el anonimato. Era feliz cuando el público la adulaba. ¿Por qué cree que puede renunciar a todo sin ni siquiera dar una explicación?

Quinn sintió una oleada de cólera.

—¿Y crees que por haber sido un personaje público su vida privada es también propiedad de todos?

—Quinn, déjate de sentimentalismos. Sí, creo que perdió todo derecho al anonimato en el momento en que pisó el primer estudio de grabación. Estamos hablando de dinero, Quinn, de mucho dinero. ¿Por qué una mujer que ganaba tanto dinero mandó todo a paseo sin una razón aparente?

—Puede ser que tuviese alguna razón.

Pero a Quinn no se le ocurría ninguna. Durante años había intentado encontrar una explicación, hasta que el tiempo y su propia desilusión lo habían curado.

—Si hubiese habido una buena razón se habría sabido. Esta gente

está permanentemente vigilada por la prensa del corazón. Nos hubiéramos enterado. Y el caso es que no tengo ni idea de lo que puede haberle pasado. Una mujer que ha actuado junto a tantas estrellas famosas, va y simplemente desaparece. Durante más de diez años fue una de las actrices mejor pagadas de todos los tiempos. Escogía los papeles que deseaba interpretar y a los galanes para formar pareja. ¿Y entonces qué ocurre? Tiene una pelea con Intercontinental, solo Dios sabe por qué, y desaparece del candelero —chasqueó los dedos—. Así, sin más. ¿No te parece que sus seguidores tienen derecho a conocer la verdad tras esa desaparición?

Hector tenía algo de razón. A la gente siempre le interesaban los misterios. Y comenzar una nueva serie de *Timeslip* con un nombre como el de Julia Harvey elevaría el índice de audiencia. Aparte de todo, durante años habían circulado rumores de que estaba muerta. Demostrar lo contrario sería un golpe maestro. ¿Y qué demonios habría estado haciendo durante todos esos años? Llevaba mucho tiempo pensando que quizá a él también le debía una explicación. La verdad era que empezaba a sentir cada vez más curiosidad. ¿Conocería Hector en realidad su paradero o aquel supuesto viaje de Neville Hager había sido una trampa para suscitar su curiosidad?

—¿Interesado? —preguntó Hector, como si hubiese adivinado que Quinn estaba bajando la guardia.

Por todos los santos, hacía diez años que no la veía. Diez años desde que jugase con él. ¿Por qué dudar tanto en sacar su vida a la luz? Ya no era una joven inmadura.

Y la verdad era que no le debía ningún favor.

—¿Dónde está ella? —preguntó lleno de dudas.

—¿Lo harás? —le preguntó cautelosamente.

—¿Acaso me das otra alternativa? —si no quería perder su puesto tendría que aceptarlo—. Haré lo que pueda —dijo, sacándose las manos de los bolsillos—. Pero no te prometo nada. Puede ser que se niegue a hablar conmigo.

—Lo dudo. —Hector le contempló con ironía—. Sé de buena tinta que tú eres precisamente el tipo de hombre que ella admira. Moreno, atractivo. Es una pena que fueses tan joven cuando conoció a tu madre. De no haber sido así, podrías incluso haberme contado algunas historias que nunca hubiesen llegado a los titulares.

Quinn se puso en guardia para no demostrar nada. Cuando Julia desapareció, su madre se preocupó muchísimo, preguntándose siempre el porqué. Y aunque ella no se había enterado nunca de su relación, Quinn había sido el objeto de todo su sentimiento de culpabilidad. Cómo había sufrido con todo eso. En aquel momento en el que intentaba poner en orden sus sentimientos, lo último que

deseaba era hablarle a su madre de Julia.

Si su madre no hubiera sido una fan de Julia, si no hubiera convencido a su marido para que organizara aquella gala para poder conocerla, él nunca la habría conocido ni ellas dos se hubieran hecho amigas.

—¿Entonces, dónde está? —preguntó, sabiendo que sería una pérdida de tiempo.

Julia Harvey nunca aceptaría hacer lo que Hector quería.

—En San Jacinto —contestó Hector con aire triunfante—. Es una pequeña isla cerca de las Caimanes —continuó, mientras se servía otro whisky—. Dudo que la conozca mucha gente. Me imagino que ha estado viviendo recluida allí todos estos años.

Durante la comida, sentado a la barra de un bar, Quinn ojeó la larga lista de datos que Hector le había dado acerca de Julia Harvey. Había incluido recortes de periódicos y revistas de hacía diez y hasta veinte años. Algunos de ellos eran de los años setenta. A diferencia de muchas actrices principiantes, Julia no tuvo que luchar para convertirse en una estrella. Ella había nacido para deleitar los sentidos del resto de los mortales.

Habían circulado historias sobre su vida amorosa y se le atribuían líos con todos los galanes con los que formaba pareja. Se había llegado hasta a decir de ella que era una devoradora de hombres e incluso hubo rumores sobre adulterios, que habían conseguido avivar la llama del escándalo y la fama.

Pero a pesar de todo ello, Julia había sido muy querida por el público y por aquellos que creyeron conocerla. Todo esto pensaba Quinn mientras pedía otra cerveza. Fuera cual fuera la verdad, ella siempre se había mostrado serena, con aquel aire de ser inalcanzable.

Había muchas fotografías y, aunque no quería mirarlas, se sintió atraído irremediablemente por su belleza. Tenía el pelo tan rubio que parecía plateado, la piel trigueña, los ojos verdes y unos labios carnosos que le hacían a uno perder la razón. Julia Harvey lo había tenido todo. Entonces ¿por qué había elegido abandonarlo todo también? ¿Qué la había llevado a dejar su carrera? Había guardado el secreto, cualquiera que fuese, durante diez años. ¿Es que Hector no se daba cuenta que no lograría hacerla hablar a esas alturas?

—Siento llegar tarde, cariño.

Susan Aitken tomó un taburete y se sentó a su lado, dándole un beso en la mejilla. Tenía los labios helados. Fuera, la temperatura era de casi bajo cero pero dentro del bar se estaba muy bien.

—No hay problema. —Quinn le sonrió haciendo un esfuerzo y llamó al camarero con un gesto de la cabeza—. ¿Qué quieres tomar?

—Pues, lo de siempre —contestó cariñosamente—. ¿Qué estás haciendo ahora?

—Compruébalo tú misma —contestó pasándole el sobre con todos los informes y seguidamente vaciando la cerveza de un trago. Le pidió otra al camarero, al fin y al cabo eran solo botellas de media pinta, pero se dio cuenta de que estaba bebiendo más de lo que acostumbraba a la hora de la comida—. Pickard quiere escribir un perfil acerca de ella, si es que la encontramos.

Susan se inclinó hacia la hoja que tenía delante. Al contrario que Julia, su belleza no era sensual, sino que se basaba más bien en su menuda figura y en la delicadeza de sus facciones. Su padre la llamaba su Venus de bolsillo y no le faltaba razón.

—Julia Harvey —repitió pensativa—. Creí que había muerto.

—Es lo que piensa mucha gente. —Quinn tomó los informes de sus manos y se encogió de hombros.

—¿Pero es que no lo está?

—Evidentemente, no. —Quinn sintió que se le iba agotando la paciencia y decidió controlarse—. Según dice Hector, está viviendo en una isla remota del Caribe. De alguna manera ha conseguido averiguar su paradero. Quiere que yo intente verla y que la convenza para que coopere con nosotros.

—¡Tú! —a Susan se le pusieron los azules ojos como platos—. ¿Por qué tú? Ese no es tu trabajo.

—No —coincidió Quinn, sin estar muy seguro de hasta dónde quería contarle—. Es solo que… Bueno, mi madre era fan suya.

—¿Solo tu madre?

—Pero ¿qué crees que…? —Quinn empezaba a defenderse cuando se dio cuenta de que Susan estaba solo bromeando. Tenía una expresión maliciosa en la cara y fue solo al notar un tono algo agresivo por parte de él cuando se puso tensa.

—Era de la época de mi madre y no de la mía. No me fastidies.

—De todas formas no sé qué pinta tu madre en todo esto, por muy fan suya que fuese.

—Eran…, amigas. —Quinn admitió de mala gana—. Bueno, se conocían bien.

Ella, quiero decir Julia Harvey, pasó varios fines de semana en Courtlands.

—¿En serio? —Susan lo miró fijamente—. Nunca me lo habías dicho.

—¿Y por qué te lo iba a decir? Aquello ocurrió mucho antes de conocernos tú y yo. Y como tú bien has dicho, desapareció del mapa.

—¿Y se mantuvo tu madre en contacto con ella?

La insistencia de Susan le resultaba irritante. Quinn deseó no haber llevado consigo el informe Harvey. Pero la curiosidad le había podido y había querido empezar a leer los datos cuanto antes.

—No. No eran tan amigas. Creo recordar que Julia se marchó a Hollywood para hacer una película con los Estudios Intercontinental. Y que después de algún tipo de problema entre ellos, simplemente desapareció.

—¡Qué intrigante! —Susan lo miró emocionada—. Y, ¿sabes acaso lo que le ocurrió?

—No —respondió Quinn con la mayor naturalidad posible—. Creo que mi madre le escribió varias veces pero no recibió respuesta. Ni siquiera sabemos si recibió las cartas.

—¡Madre mía! Todo esto es muy misterioso.

—Sí, es todo un misterio —repitió pensativo—. ¿Qué te gustaría comer? —preguntó echándole un vistazo al menú—. ¿Pizza? ¿Lasaña? ¿O quieres solo un sándwich?

—Un sándwich nada más, por favor. Entonces, ¿dónde dices que está ahora?

Quinn no quería dar muchos detalles sobre el asunto. Además, había esperado poder dejar de lado el asunto durante algún tiempo. No tenía intención de pasar todo el tiempo hablando de ello con Susan.

—Está en algún sitio por las Islas Caimanes —dijo con un tono que dejaba ver las pocas ganas que tenía de continuar hablando del tema —. Yo también voy a tomar un sándwich. ¿Cuál prefieres? ¿De huevo duro con mayonesa o de carne asada?

—De carne asada —replicó Susan, sin mostrar ningún indicio de molestia ante la falta de paciencia de Quinn. Por todos los santos, nunca había mostrado demasiado interés por su trabajo anteriormente. Susan era sobre todo una hedonista. Nunca había comprendido por qué Quinn trabajaba tanto sin estar obligado. Hasta entonces, aquella había sido la única nota amarga en su relación.

—Vamos a sentarnos a una mesa, ¿vale? Allí hay una.

Susan fue delante, dirigiéndose a la mesa del rincón que él había indicado y sentándose frente a él.

—¿Y qué has estado haciendo esta mañana? —preguntó Quinn una vez sentados.

Susan se encogió de hombros.

—No mucho, la verdad.

—¿Has ido de compras? —preguntó, imaginándose que habría ido a dar una vuelta por Harrods y a tomar café con una de sus amigas.

—No solo me dedico a ir de compras —le espetó irritada—. También me intereso por tu trabajo. Siempre me estás diciendo que no me intereso por ello pero cuando lo hago te comportas como si estuvieses divulgando un secreto de estado o algo así.

—Susan…

—¿Además, a quién le interesa Julia Harvey?

—Hector espera que mucha gente lo haga —añadió Quinn con sequedad.

—Pues a mí, no. Es otra de las muchas actrices de aquella época.

—Fue única en su tiempo, Susan —murmuró Quinn sin ganas.

—¿Es eso lo que piensas? Creía que te había pillado demasiado joven como para enterarte.

—No te pongas en plan venenoso, Susan. No te sienta bien.

—Bueno… —empezó Susan—. Actuar es facilísimo. Solo ruedan escenas de unos minutos cada vez. Ni siquiera tienen que memorizar la letra. Papá dice que es dinero fácil.

Y qué sabría él. Quinn no siempre estaba de acuerdo con las opiniones de Maxwell Aitken, uno de los empresarios más influyentes del país. Era el director de Corporate Foods y además tenía una cadena de famosos supermercados. No tenía por qué ser un experto en el rodaje de películas.

—¿En serio? —Quinn respondió ya sin ningún interés por continuar con la conversación—. Igual tiene razón. Y lo siento si estás pensando que he sido un maleducado.

Susan era fácil de aplacar.

—No es que hayas sido grosero —le dijo, estirando el brazo sobre la mesa para tomarle la mano, sonriéndole al mismo tiempo—. Solo pareces un poco nervioso.

¿Acaso es porque no quieres ir a ver a esa mujer? ¿O es que Pickard te está presionando porque sabe que tu madre la conoció?

—Algo por el estilo. —Quinn contestó con un profundo suspiro—. ¿Te importa que cambiemos de tema? Solo tengo media hora. Nos queda por grabar la última parte del documental sobre las prisiones esta tarde.

—¿En Wormwood Scrubs? —preguntó, estremeciéndose ligeramente.

—No. En el estudio. Vamos a tener a Patrick George para que dirija las preguntas entre el público y la asociación para la protección de los derechos de los prisioneros.

—No sé cómo te puede gustar el verte implicado en ese tipo de cosas —exclamó Susan, haciendo una mueca de disgusto—. Me sentí

muy avergonzada cuando tuviste que ir a esa prisión la semana pasada. Estoy segura de que tus padres preferirían que te ocupases de los asuntos de las fincas. Sería interesante. Quiero decir, ¿quién se va a ocupar de Courtlands cuando tu padre decida jubilarse?

—Lo creas o no, ese tema no me quita el sueño —entrecerró ligeramente los ojos, con una expresión de burla—. Si lo que quieres es ser la señora de una casa solariega, creo que deberías poner los ojos en Matthew. Temo que te sentirás decepcionada si piensas que voy a cambiar algún día.

—¡Pero tú eres el hijo mayor! —dijo meneando la cabeza—. Es lo que esperan de ti.

—«Bendito el hombre que no espera nada, pues así nunca se sentirá decepcionado» —citó Quinn.

—Eres tan inteligente. —Susan suspiró. Parecía que iba a hacer un comentario cortante cuando llegaron los sándwiches—. En realidad no sé lo que ves en mí.

—¿Ah, no? —Quinn le dirigió una mirada traviesa y Susan se echó a reír alegremente mientras le daba un bocado al sándwich.

—¡Quinn! Deja de mirarme así. Deberías estar concentrado en el sándwich.

Capítulo 2

Elizabeth dio un grito y a consecuencia de ello Harold pegó un respingo. «Las heroínas no deberían hacer esas cosas», pensó Harold. Pero hasta él se había asustado con la repentina aparición del dragón. Intentaba repetirse a sí misino que el dragón era inofensivo, pero eso no quería decir que tuviese que gustarle. Era tan grande, tan blanco y tenía tantas escamas.

¿Cómo iba a convencer a Elizabeth de que no había nada que temer cuando él era el primero que estaba temblando como una hoja? Después de todo, era solo una chiquilla…

«La verdad es que esto no dice mucho a favor la emancipación de la mujer», pensó Julia secamente, colocando las dos manos en la parte inferior de la columna y arqueando la espalda. Pero Harold era el héroe de la historia. Y a los lectores a los que ella se dirigía no les molestaba un poco de machismo.

De todas formas aquello era algo nuevo para ella y, además, no estaba completamente convencida de ello. El problema era que desde que aquel tipo asqueroso había aparecido a la puerta de su casa, no le resultaba fácil concentrarse en nada y el hecho de que el personaje principal fuera masculino requería un acercamiento diferente.

«Aun así, a Jake le gustaba», se consoló pensando aquello, empeñada en olvidar el recuerdo de aquel perturbador suceso. Y era por él por quien estaba intentando hacer algo nuevo. Si fuese por su agente, seguiría escribiendo libros de Penny Parrish hasta que las fans adolescentes se hartasen de ellos. Pero después de haber escrito más de veinte, Julia estaba más que dispuesta a un cambio.

La temperatura no la ayudaba, claro que no. En ese momento el termómetro pasaba de treinta grados y aunque solo llevaba poco más de una hora delante del ordenador, ya tenía la espalda sudorosa y los pantalones cortos húmedos.

A lo mejor debería haber escrito algo sobre un dragón que echase fuego por la boca, pensó releyendo las últimas líneas del manuscrito. Pero un dragón de nieve resultaba mucho más original y Xanadú, como ella lo llamaba, se estaba transformando en un personaje muy interesante.

Con un suspiro, echó un vistazo al fino reloj de pulsera que le colgaba de la muñeca; solo eran las once. Era el momento oportuno de tomarse un buen café con leche. Harold podía reflexionar acerca de las opciones que tenía media hora más.

Después de todo, no se le podía pedir demasiada agilidad mental a

un viejo pastor inglés.

Entró en la espaciosa cocina que ella misma había diseñado. Era muy acogedora pero moderna al mismo tiempo. Tenía todos los utensilios necesarios para preparar buena comida. Había descubierto que tenía muy buena mano para la cocina y también para cultivar la mayor parte de las cosas con las que se alimentaba.

Además, durante los primeros años de su carrera como actriz, antes de empezar a ganarse la vida como escritora de literatura infantil, había tenido muchas horas vacías. El hecho de pasar de una vida pública a una privada le había resultado un tanto desconcertante al principio.

Pero no se arrepentía. Mucho antes de tomar la decisión de dejarlo todo, ya se había sentido extremadamente insatisfecha con su propia vida. A pesar de su éxito y de las muchas amistades que había conseguido a través de ello, se había cansado de tanto agasajo. Había sido todo tan superficial que en aquel tiempo había estado desesperada por escapar.

Suponía que la muerte de su madre había tenido algo que ver con ello. Sin el ánimo y apoyo de su madre, Julia sabía que no habría asistido a las clases de arte dramático ni alcanzado el éxito en su carrera. Contrariamente a lo que otros podrían pensar, le habría gustado asistir a la universidad y casarse después. No quiso hacerse actriz. El hecho de hacerse rica y famosa no había acaparado jamás su atención.

Bueno, al principio sí. Recordó lo bien que se lo había pasado en todas aquellas fiestas y ruedas de prensa, conociendo a gente famosa. Todo aquello le había parecido maravilloso a la inocente Julia. Había sido la niña mimada de los fotógrafos y la vida le sonreía.

Hasta que Hollywood la había llamado y los rumores sobre su vida privada empezaron a circular. No les importaba que las historias fueran falsas o que su madre la vigilara para que no diese mala imagen: habrían publicado lo mismo. Fue como si su éxito hubiese generado una especie de resentimiento por parte de los mismos periodistas que anteriormente la habían alabado. Sin querer, se había ganado una reputación que se hacía más escandalosa con cada nueva película.

Pero aprendió a eludir los insultos con la misma facilidad con la que aceptaba los elogios. La falacia de sus amoríos con todos los galanes con los que formó pareja le dio publicidad. Avivó el interés hacia sus películas.

Todos esperaban que se desnudase para poder justificar todo lo que habían escrito sobre ella. Pero la verdad era que Julia nunca había aceptado hacer ninguna escena desnuda.

Tras la muerte de su madre, consiguió ser más objetiva a la hora de tomar decisiones. Ya no tenía que aceptar papeles que su madre seguramente habría esperado que aceptara. No tenía nada más que demostrar a nadie. Era libre, en esencia.

Mientras echaba el café en el molinillo pensó que se había acostumbrado a su imagen y que la riqueza, la admiración y el poder eran una adicción, después de todo. Ella había sido tan culpable de utilizarlos para sus propios intereses como los demás.

Después de moler los granos de café y echarlos a la cafetera, Julia salió al porche trasero, protegido de los rayos del sol por una frondosa parra. Los muebles de mimbre, cubiertos de cojines, estaban rodeados por una frondosa pantalla de buganvillas. Contempló absorta las vistas que la habían convencido para adquirir el bungalow, atribuyendo aquella inusual y repentina preocupación por el pasado a la aparición de ese reportero. No sabía por qué, pero tenía la convicción de que no era la última vez que lo vería.

Suspiró, contemplando el oleaje que se arremolinaba contra el arrecife a unos doscientos metros de donde estaba ella. Pensó en lo bello que era todo aquello, como lo había pensado tantas veces desde que Jake y ella se mudaran allí. Un lugar tranquilo y sin estropear por la mano del hombre.

La casa estaba muy diferente entonces a como había estado cuando la vio por primera vez. Tuvo que hacer muchos arreglos en toda la casa, cambiar todo el sistema de tuberías y restaurar la madera de arriba a abajo. Pero Julia lo había hecho con gusto. El levantarse cada mañana y encontrarse con aquel paisaje de arena blanca y mar verde azulado la compensaba por todos sus esfuerzos.

Había hecho todo lo necesario para reconstruir el edificio y el jardín. Se sentía orgullosa de ambos; ella los había creado. Los poderes divinos habían creado los alrededores, pero ella había transformado la casa en un hogar.

Sin embargo, aquella paz que sentía se veía entonces amenazada. ¿Cómo la habrían encontrado? Eso era lo que quería saber. Benny había mantenido su promesa; no le había revelado su paradero a nadie.

Durante un tiempo tuvo miedo. No había creído que pudiese escapar de su antigua vida tan fácilmente. Pensaba que alguien la encontraría. Estaba segura de que había cometido algún fallo.

Pero ya habían pasado años y además Benny había muerto. Estaba convencida de que el mundo se había olvidado de Julia. Esta había desaparecido hacía tiempo. Ella era Julia Stewart, pintora aficionada y escritora profesional. ¿Por qué no la dejaban en paz?

Pero sabía que no lo harían. Aun en el supuesto que hubiese de

verdad convencido a aquel hombre, Neville o algo así, cuando le dijo que no sabía dónde estaba Julia, estaba segura de que volverían. Le había dicho que venía de Londres y que le habían dicho que vivía en San Jacinto. ¿Qué pasaría si mandasen a otra persona que efectivamente la recordase?

De todas formas, había cambiado bastante. Antes se habría gastado mil dólares en un tratamiento de belleza, pero entonces llevaba el pelo sin arreglar y teñido por el sol. Aquella piel con la que toda una generación había soñado estaba curtida y morena y, a pesar de que todavía se mantenía delgada, se le habían ensanchado las caderas y tenía más pecho desde que tuvo a Jake.

«Parezco lo que soy», pensó. «Una madre soltera de treinta y siete años, sin pretensión alguna de fama». Volvió dentro, no queriendo dejar que todo aquel tema la preocupara. Al mirar a las macetas de hierbas sobre el alféizar de la ventana, que ella misma había plantado, recordó que tenía que ir a George Town antes del final de la semana. Aunque San Jacinto tenía un pequeño mercado de abastos bastante completo al lado del puerto, la mayoría de los productos elaborados se adquirían de la isla más grande de las Caimanes, que estaba a tres horas de barco. Julia tenía una pequeña lancha en la que Jake y ella navegaban los fines de semana, pero no era adecuada para cargar provisiones. Generalmente iba a la capital de las Caimanes cada dos semanas con María, la mujer nativa que la ayudaba en las tareas de la casa.

Eran unas salidas muy agradables. Iban primero de compras y después a comer a uno de los muchos y excelentes restaurantes que allí había. También George Town era donde Jake asistía al colegio. Se quedaba allí durante la semana, hospedándose con el director y su mujer y volvía a casa los fines de semana.

Al principio no le gustaba. Durante sus primeros años escolares, Julia había sido su profesora y Jake no entendía por qué no podía seguir siéndolo. Pero Julia tenía otras razones. Le había apuntado al Colegio San Agustín para que estuviese con niños de su edad a diario. Además, ella llevaba una vida tan solitaria… No era justo que le enseñase a pensar que no necesitaba a las demás personas.

Con una taza de café en la mano, Julia volvió a su despacho y se sentó delante del ordenador de nuevo. Hacía un par de semanas, las aventuras de Harold la habían llenado de entusiasmo pero en ese momento le resultaba difícil concentrarse en el trabajo. Sentía ansiedad, miedo, aprensión; sentía algo que no la dejaba tranquila.

Hacia el final de la semana siguiente, Julia se sentía mucho mejor. Con el paso de los días se había convencido a sí misma de que había sido demasiado alarmista sobre la visita de aquel periodista. ¿Y qué

importaba que aquel hombre hubiera ido y hecho preguntas acerca de ella? Le había dado una respuesta. No había ninguna razón por la que volver. Pero ¿cómo se les había ocurrido buscarla en aquella isla?

¿De dónde habrían sacado la información?

Era ya casi de noche cuando apagó el ordenador. Como era viernes, tenía que ir a buscar a Jake, que llegaba en el barco. Los viernes siempre eran especiales por la vuelta de su hijo y por el hecho de tener todo el fin de semana por delante. Era raro que trabajase cuando el niño estaba allí. Les gustaba mucho pasar el rato juntos.

A media tarde había preparado la comida favorita de Jake: pizza y pastel con helado. Todo lo que tenía que hacer al llegar a casa era meter la pizza en el horno. El helado estaba bien guardado en el frigorífico; con el calor que hacía no podía sacarlo hasta que no fuesen a comerlo.

Cuando salió de casa, estaba ya oscureciendo. Situada en el extremo sudoeste de la isla, se encontraba a unas cinco millas de la pequeña ciudad. La carretera se adentraba en la isla durante una parte del trayecto, serpenteando entre palmeras y arbustos en flor, para después correr de nuevo por la costa en donde los suaves acantilados y las formaciones rocosas daban vida a fantásticas formas en la agonizante luz. A diferencia de otras islas, en San Jacinto había agua en abundancia.

Y por eso las plantas y los diferentes arbustos crecían exuberantes sobre aquella tierra rica y verde.

Aunque no se cruzó con nadie por el camino, sí pasó por delante de algunas viviendas: la del médico de la isla. Henry Lefevre y su esposa Elena y, más adelante, la plantación Jacob. Bernard Jacob cultivaba caña de azúcar, batatas e incluso destilaba su propio y potente aguardiente, que ya exportaba a los EE.UU. También pasaría por el pequeño poblado de West Bay, donde vivía María.

San Jacinto era una isla con forma de herradura, cuyo puerto estaba situado en la curva interior de una extensión de agua llamada el Sonido.

La llegada del barco tres veces en semana hacía que la ciudad recobrase vida. San Jacinto recibía pocos visitantes, pero los isleños eran gente sociable que siempre esperaban con anhelo la oportunidad de poder conocer a gente nueva.

Aun así, Julia lo evitaba en la medida de lo posible. Pero afortunadamente los turistas que llegaban no tenían más remedio que quedarse en uno de los dos hostales que había junto al puerto. Además, su propiedad se encontraba en una parte bastante remota de la isla.

El barco estaba entrando en la bahía. Julia aparcó su cuatro por

cuatro junto al espigón y se quedó sentada unos minutos para disfrutar de las vistas.

—¿Espera compañía, señora Stewart? —preguntó Ezequiel Hope, dueño de uno de los dos hoteles de la isla, apoyándose sobre el capó del Mitsubishi.

Julia salió del vehículo para unirse a él. Ella se había hospedado en La Vieja Bodega de Ron mientras se llevó a cabo la compra del bungalow, pasando allí la última mitad de su embarazo.

—Solo espero a mi hijo —contestó con suavidad, echándose un jersey marinero por los hombros—. ¿Espera también visita? Supongo que ahora es la época.

—Solo a uno —replicó Ezequiel con descuido. Zeke, apodo por el que era conocido, estaba orgulloso de su musculoso torso. Aunque tenía más de sesenta años lucía un cuerpo joven y ágil—. Usted también tuvo visita hace unas semanas. Era un tipo que iba buscando a una tal señora Harvey, ¿no fue así? —dijo encogiéndose de hombros —. Le dije que no teníamos ninguna señora Harvey en la isla, pero pensó que usted podría quizás ayudarlo.

—Pero no le fui de ninguna ayuda —contestó Julia, algo seca.

—Lo sé. Y espero que no le importase cuando le dije que usted era la única inglesa que vivía en la isla, señora Stewart —añadió—. Todo el mundo lo sabe, ¿no?

Usted lleva aquí mucho tiempo.

Julia se preguntó si su hijo la vería en donde estaba. No quería acercarse demasiado al barco hasta que los demás pasajeros hubieran desembarcado. Para alivio suyo, Zeke se alejó cuando los viajeros comenzaron a descender. Muchos de los pasajeros vivían en la isla. Desde su posición ventajosa, Julia reconoció a algunas de las mujeres locales, cargadas con bolsas de plástico. En seguida vio a Jake.

Aunque estaba moreno, como los otros niños, tenía el pelo liso, no rizado. Lo llevaba largo por delante y corto por detrás. Pero el uniforme de camisa blanca, pantalones cortos marrones y corbata era inconfundible, aunque en ese momento llevase la corbata aflojada, el cuello de la camisa desabrochado y la americana colgada sobre el hombro. Cuando se encaminaba hacia su hijo, vio a un hombre que descendía detrás del chico. Entre tantas caras doradas por el sol, destacaba aquella piel clara y aceitunada. Se imaginó que aquel sería el huésped que esperaba Zeke. Se alegró de que no fuera Neville Hager. Si el periódico para el que trabajaba había decidido continuar con las pesquisas parecían haber decidido enviar a otro. ¿Pero por qué sacaba aquellas conclusiones cargadas de paranoias? La mayoría de los que visitaban la isla iban allí a practicar el submarinismo. Algunos de ellos iban solos, desde Inglaterra o Estados Unidos.

Luchando contra el impulso de quedarse quieta en donde estaba, continuó hacia el muelle. Jake la vio y empezó a saludarla con la mano alegremente, apresurándose hacia ella.

—Hola, mamá —dijo con desgana, aunque el abrazo que le dio le indicó que la había echado de menos. Le pasó la mochila y se fue saltando hacia el coche. Era todo lo que podía esperar de él hasta que llegase a casa y le diese la cena.

—¿Julia?

Oyó aquel susurro asombrado detrás de ella. La voz no le sonaba, pero volvió la cabeza instintivamente a aquella persona que la había reconocido.

—¡Dios mío, eres tú! —el hombre repitió, incrédulo, mientras Julia sentía que se le venía el mundo encima.

—Hola, Quinn —consiguió decir mientras todo ese mundo que se había creado a su alrededor caía derribado por una fuerza superior a ella—. Tienes buen aspecto.

¿Estás de vacaciones?

Capítulo 3

QUINN estaba sentado en el porche de La Vieja Bodega de Ron tomándose uno de los cubalibres más cargados que había probado en su vida. La verdad era que lo necesitaba. Todavía no se había recuperado de la impresión que le había causado el encontrarse a Julia Harvey nada más descender del barco.

Dentro del hotel, se estaba preparando la cena y le llegaba un delicioso aroma de hierbas y especias exóticas. Pero sus pensamientos estaban todavía centrados en la mujer conocida y desconocida a la vez, con la que se había topado en el muelle.

Solo había otros dos huéspedes y Quinn se alegró de no tener que entrar en conversación con ellos. Era una pareja inglesa que seguramente estaba en su luna de miel, pues se les veía sentados muy acaramelados en un sillón al otro lado del porche, hablando en voz baja y mirándose a los ojos. Le hicieron sentirse como si sobrara allí.

La verdad era que no le apetecía hablar con nadie. Todavía le parecía increíble que la mujer que había visto fuera la misma Julia Harvey que él conociese. Y ella lo reconoció, con lo cual tenía que ser ella; pero no estaba en absoluto como él había esperado encontrarla.

¿Y qué iba a hacer entonces? No sabía bien qué pensar. El hecho de encontrársela de aquella forma le había quitado fantasía al asunto. No estaba muy seguro si quería continuar con todo aquello. Había cambiado tanto.

Y, a pesar de haberse mostrado correcta con él en todo momento, había notado que su presencia la incomodaba.

Él también se había quedado sorprendido. Estaba maravillosa. No podía dejar de pensar en su aspecto juvenil, tan sencillo y natural.

¿Cuántos años tendría? Treinta y cinco, por lo menos. Pero no los aparentaba.

Parecía más como si tuviera veinticinco o veintisiete años. Había ganado algo de peso y eso la favorecía. Tenía la piel dorada por el sol en vez de lucir aquella palidez que los estudios de cine la habían exigido.

Meneó la cabeza como si haciendo eso se pudiera librar de aquel torbellino que arrasaba sus pensamientos. No solo era Julia Harvey, sino también su hijo. ¿Acaso su desaparición se debió solo al hecho de haberse casado? Y de haber sido así, ¿por qué no simplemente anunciarlo? No habría sido la primera mujer en abandonar una carrera brillante por amor.

Por amor…

Tenía el vaso vacío. Quinn lo tomó y lo llevó al vestíbulo del pequeño hotel. No había nadie en la recepción, pero oyó el tintineo de vasos a su derecha. Al volverse en aquella dirección se encontró bajo la luz tenue de un bar.

Aquella parte del hotel parecía ser utilizada también por la gente de la isla, pues había ya dos personas sentadas a la barra, fumando tabaco. De una radio salía una melodía caribeña y Zeke estaba detrás de la barra, sirviendo a sus clientes. Miró en dirección a Quinn esbozando una amplia sonrisa al ver el vaso vacío.

—¿Quiere que le ponga otro, señor Marriott? —preguntó, señalando al vaso.

Quinn se sintió tentado, pero negó con la cabeza. Le daba la impresión de que Zeke y sus amigotes animaban a los incautos visitantes a degustar con profusión el ron local para luego divertirse de buena fe con las consiguientes resacas. Dejando el vaso sobre la barra, pidió una cerveza mexicana en vez de otro cubalibre.

—La cena estará lista enseguida —dijo Zeke, pasando una bayeta húmeda por el mostrador—. ¿Tiene hambre, señor Marriott?

Quinn hizo una mueca. Lo cierto era que estaba muy cansado. En Londres serían más de las doce de la noche. Aunque había intentado dormir en el avión, comenzó a sentir el cansancio del viaje unido a una especie de bajada de ánimo. No había esperado que aquella misión se iniciase de esa forma. En parte se sentía decepcionado por no haber tenido la oportunidad de tomar la iniciativa.

¿Por qué no le había dicho directamente que había ido allí a buscarla?

Probablemente Julia había sospechado algo.

Pero lo más ridículo de todo era que no había esperado encontrársela tan de repente. Llevaba días dándole vueltas a los problemas que había tenido que afrontar para intentar dar con ella y el hecho de encontrársela en el muelle le había dejado aturdido. Igual que la primera vez que la vio.

—¿Va a hacer submarinismo mientras esté aquí, señor Marriott?

La voz de Zeke lo devolvió a la realidad y pensó que estaba siendo un poco grosero.

—Pues puede que sí —contestó, no sabiendo bien qué decir.

Sabía que Hager había hecho sus pesquisas abiertamente, pero él prefería ser más discreto. Si Julia vivía en San Jacinto en el anonimato, tendría sus razones. Y hasta que no tuviese la oportunidad de hablar con ella tranquilamente, prefería no explicar por qué estaba allí.

Intentó recordar lo que Hager le había contado. Le habían dicho que no había ninguna Julia Harvey viviendo en la isla, pero que había una inglesa, que bien podría haber sido confundida con ella. Desgraciadamente, no le había dicho cómo se llamaba. Solamente que no era la persona que andaban buscando, con lo que decidió abandonar la búsqueda.

—South Point —añadió Zeke—. Es el mejor lugar para bucear. Ese es Harry, el de la tienda *Harry, Alquiler de Equipos de Buceo*. Harry puede proporcionarle todo lo que necesite. Supongo que habrá pensado en alquilar un Moke, ¿no? Le vendrá muy bien para desplazarse por la isla.

—Sí, supongo.

La verdad era que no por el momento no se había preocupado mucho de aquel asunto.

—Lo imaginaba. —Zeke asintió con gesto de aprobación—. ¿Le pongo otra cerveza, señor Marriott?

Aunque estaba convencido de que no podría dormir, se equivocó. Durmió muy bien. Se levantó descansado aunque algo adormilado, pero el ron no le había dejado resaca.

La ducha que tomó en el reducido cuarto de baño acabó por despejarlo completamente. Una vez vestido, se sintió dispuesto a afrontar el día. Se sentía más optimista que la noche anterior, aunque todavía le quedaba decidir cuál sería su siguiente movimiento.

Solo estaba seguro de que ya no era el adolescente fácil de impresionar que había sido diez años atrás, a pesar de lo que Julia hubiera podido pensar de él la noche anterior. A lo mejor creía que todavía podría intimidarlo y era natural. Pero pronto se daría cuenta de que ya era un hombre. Ya no sería tan fácil sorprenderlo. Además, tenía más experiencia con las mujeres que antes.

Telefoneó a Susan antes de bajar a desayunar. Aunque solo eran las siete de la mañana en San Jacinto, en Londres ya era mediodía. La localizó en su apartamento, antes de salir para Courtlands.

Cuando su madre se enteró de sus planes, había insistido en que Susan pasase el fin de semana con ellos.

Quinn sospechaba que, en parte, su madre había insistido para que Susan le diese más detalles acerca de su viaje de los que él le había proporcionado. Si su novia seguía en Suffolk a su vuelta del Caribe, su madre se aseguraba que iría recogerla. Y de paso le preguntaría por el viaje.

Isabel Marriott seguía totalmente leal a su antigua amistad con Julia y por ello siempre había defendido su decisión de retirarse totalmente de la vida pública. Se había sentido algo decepcionada

porque Julia nunca le había contado nada, sin embargo siempre había mantenido que la joven sabía lo que se traía entre manos.

—Tiene que haber sido por un hombre —le había dicho a Quinn, sin enterarse del efecto que la noticia había tenido en él—. Siempre hay un hombre por medio cuando una mujer como Julia abandona a su familia y a sus amigos. ¿Qué otra razón puede existir? Pero me pregunto quién será.

Por ello Quinn se había sentido inclinado a hablarle de su misión. Y, al igual que su hijo, Isabel había tenido sus reservas en cuanto a lo apropiado de aquel trabajo.

Pensaba que si Julia había querido mantenerse en el anonimato tanto tiempo, había que concederle ese privilegio. Nunca le había gustado aquella faceta de investigador que tenía su trabajo. Sería más feliz si se hubiera conformado con criar perros de caza y ocuparse de las fincas, como su hermano Matthew.

—¡Cariño! —Susan contestó el teléfono inmediatamente y se sintió culpable por no haber llamado la noche antes. Pero, después de ver a Julia, no había estado de humor para hablar con nadie—. ¿Has tenido buen viaje?

Quinn le aseguró que así había sido.

—Voy a bajar a desayunar dentro de un momento. Hace una mañana espléndida, veo la extensión de arena del Sound desde mi ventana y ya debe hacer una temperatura de veinte grados.

—¡Qué suerte tienes! —contestó algo hostil—. Me habría gustado irme contigo.

—A mí también —añadió Quinn con suavidad, aunque no era del todo cierto.

Pero ya habían discutido aquello antes y prefería mostrarse comprensivo ahora que ella no podía tomarle la palabra.

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro que sí! —exclamó—. Pero es un viaje de trabajo, Suse. No creo que me quede mucho tiempo libre. Hector quiere que vuelva a la oficina el miércoles.

—Ya me imagino. ¿Has averiguado ya algo?

—He llegado ayer por la noche. Por cierto ¿cuándo sales para Courtlands?

—Dentro de media hora aproximadamente. ¿Me llamarás más tarde?

—Bueno, es posible que no te llame hoy —contestó Quinn algo evasivo—. No sé dónde voy a estar —eso, al menos, era cierto—. Intentaré llamarte mañana a la misma hora. Si no estás, te dejaré un mensaje.

—¿Y dónde quieres que esté? —exclamó Susan, de nuevo enfadada —. Espero que tu madre haya invitado a alguien más, si no voy a aburrirme como una ostra.

Dándole ánimos con un comentario cariñoso, se excusó diciendo que estaba gastando el dinero de su jefe y se despidió de ella. No era que no quisiese hablar con Susan, solo que estaba impaciente por lo que tenía que hacer.

Desayunó solo en el porche. Después de tomar unos panecillos calientes con mermelada y dos tazas de café se sintió mejor. Aunque en realidad no tenía demasiado apetito. Sentía un nudo en el estómago, causa de la aprensión.

—¿Va a nadar? —preguntó Zeke, que había aparecido mientras se levantaba de la mesa.

Quinn decidió aprovechar la oportunidad para preguntarle por la tienda de Harry. No sabía si tendría suerte o no, pero de todas formas necesitaría alquilar un coche para sus propósitos.

Media hora más tarde, subía por la empinada cuesta que salía del pueblo dando botes encima de un Moke; no era muy estable y tenía que estar muy atento para no salirse de la carretera.

De todas formas, no se le pasó por alto lo bello que se veía el pueblecito desde aquel ángulo. El color rosado de los tejados, los jardines exuberantes de vegetación que se abría paso entre los setos, coloreados con el rojo escarlata de los hibiscos.

Había luz y color por todas partes, junto con el aroma de hierbas y especias exóticas.

Todo lo que tenía delante resultaba asombroso.

Con todo, seguía sintiendo aquel nudo en el estómago. No quería reconocerlo, pero estaba nervioso por ver a Julia otra vez. «Quiero tener éxito donde Hager ha fallado», se dijo a sí mismo. No admitía otra razón que explicase aquella agitación que tenía dentro.

La carretera se niveló siguiendo la curva de la bahía durante un tramo, permitiéndole así admirar la escarpada costa. De vez en cuando, aparecía alguna caleta de arenas blancas y vírgenes, seguramente solo accesibles desde el mar. Se veían los arrecifes de coral en afloramientos rocosos y algas bajo las olas. Ciertamente sería un verdadero refugio de especies tropicales. Deseó estar allí solo para buscar un lugar donde nadar.

Al llegar a la parte donde la curva de la bahía se dirigía hacia el norte, la carretera se dividía en dos. Una señal indicaba North Shore y Palm Springs en una dirección y West Bay y South Point en otra. Hager le había dicho que la mujer con la que habló vivía en el otro extremo de la isla, pero no dijo en cuál.

No sabía qué hacer. North Shore y Palm Springs no le sonaban de nada, sin embargo South Point sí. Era el lugar que Zeke le había recomendado como el mejor para bucear. Por lo menos, si tomaba aquella dirección, tendría una buena excusa.

La carretera se adentraba serpenteando entre árboles durante unos kilómetros, dándole así un respiro del sol. Hacía cada vez más calor y se arrepintió de no haber llevado nada consigo para proteger la piel de los rayos del sol.

Al cruzar el pueblo de West Bay presintió que iba bien. Su sexto sentido le decía que se estaba acercando a su objetivo.

Vio a unos niños jugando a la puerta de lo que parecía ser una tienda. Decidió parar a preguntar el paradero de aquella mujer que había encontrado Hager. Sabía que solo había una inglesa viviendo allí; si no se había equivocado de zona, supuso que aquel tendero la conocería.

Pero aquel hombre no le resultó de mucha ayuda. A pesar de que Quinn le compró un bote de leche bronceadora y charló un momento con él sobre el tiempo, solo meneó la cabeza cuando mencionó a Julia y al chico.

—A San Jacinto vienen muchos turistas —replicó, a pesar de que ya le había dicho que vivían allí—. Que tenga un buen día —añadió amablemente mientras Quinn salía del establecimiento.

Los niños que estaban a la puerta lo miraron solemnemente cuando salió.

—Hola —dijo, deseoso de aprovechar cualquier oportunidad—. ¿Alguno de vosotros conoce un chico blanco que vive cerca de aquí?

Una niña de unos diez u once años tomó la palabra.

—Nuestras madres nos dicen que no hablemos con extraños —le contestó con aire de suficiencia.

—Muy bien —suspiró Quinn, intentando ocultar su exasperación tras una sonrisa.

A lo mejor lo intentaría de nuevo con alguien que no lo mirase como a un sospechoso.

Uno de los pequeños se acercó al Moke.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó, ignorando las amonestaciones de la otra niña mayor que él—. ¿Lo conoces?

—No exactamente a él —contestó con optimismo—. Soy un amigo de su madre —añadió rápidamente, antes de que pudiesen detectar la duda en su voz—. Hablé con ella ayer, justamente cuando fue a recoger a su hijo al barco.

—Siempre viene a casa el fin de semana —dijo una preciosa nena de unos cinco añitos, por lo que el niño le dirigió una mirada de

desaprobación—. Es verdad —añadió amenazadora, sin querer dejarse intimidar—. Jake siempre viene los viernes y tú sabes que la señora Stewart siempre va a buscarlo.

—Cállate ya, Celestina —la regañó el niño que Quinn supuso sería su hermano—. Acaban de decirnos que no hablemos con extraños. A ver si aprendes a cerrar esa boca tan grande que tienes.

La pequeña empezó a llorar y Quinn se sintió mal por haber sido la causa.

—No pasa nada —dijo, sintiéndose obligado a intervenir. Se echó la mano al bolsillo y sacó unos dólares que le puso al chaval en la mano —. Compra caramelos, para todos. Y gracias por tu ayuda, Celestina. Has sido muy amable conmigo.

—Pero todavía no sabes dónde viven —protestó la pequeña—. Se llama Nascence Bay —añadió, ignorando la irritación de su hermano —. Es justo que se lo diga —dijo mirando a su hermano y al dinero que ahora tenía la otra niña en la mano.

Quinn pensó que ya era hora de marcharse. Gracias a Celestina, encontró la entrada a la propiedad Stewart diez minutos después. No había verjas circundándola, pero el tupido túnel de árboles que supuso llegaba hasta la casa era una manera de disuadir a una visita no deseada. Además, de no haber sabido que había una vivienda al final de la arboleda, podría haber pensado que llevaba a cualquier otro sitio.

A pesar del ánimo con el que había llegado hasta allí, de repente sintió que se ponía nervioso. ¿Qué pasaría si su marido estuviera allí? ¿Y si lo amenazase violentamente? Había algo desagradable en todo aquel asunto, pero eso ya lo sabía desde antes de salir de Londres. Aunque de no hacerlo él, Hector habría mandado a otro. Otro que no tuviese tantos escrúpulos como él. Él estaba allí para facilitarle a ella el camino, fuera lo que fuese.

Quinn llegó al final del camino de árboles y comprendió por qué nadie la había encontrado. Después de los árboles, el terreno delante de la casa se inclinaba hacia la costa, y todo excepto el tejado del bungalow estaba protegido por el arrecife que se levantaba detrás de la construcción. Era un escondite perfecto. De no haber tenido tanta información, no habría sido capaz de encontrarla nunca.

Una sombra se movió mientras aparcaba el Moke a la sombra de un grupo de palmeras. Pero era solo un gran gato negro, que salió volando escondiéndose entre los macizos de flores tropicales. No había perro guardián, pero tenía la sensación de que lo estaban observando. Apagó el motor del coche y miró a su alrededor. Era muy posible que ella le estuviese esperando.

La primera impresión era que alguien se había tomado mucho

tiempo y esfuerzo para domesticar aquel paraíso semitropical. Los jardines que rodeaban la casa estaban cubiertos de césped, con coloridos arriates y enlosado de diseño irregular.

Había una pérgola en forma de arco cubierta por una parra en flor. El aroma a lima y a otros cítricos provenía de un grupo de árboles frutales. Un caminito que atravesaba la pérgola parecía conducir a la parte de atrás del bungalow. Quinn vaciló, deseando que saliese alguien, pero nadie apareció. Se sintió incómodo, como el intruso que era, pero no se podía quedar allí para siempre.

Por la parte de atrás había un patio repleto de macetas de geranios de color escarlata. Había flores por todas partes, colgando de maceteros en la pared y de cestas suspendidas del techo. Hasta las columnas del porche al que se abría la casa estaban cubiertas de buganvillas rosas y blancas, como si fuese un helado de fresa y nata.

Más allá del patio y del jardín, se oía el rumor del océano. La playa de un blanco virginal, flanqueada por palmeras, rodeaba las aguas turquesas de la laguna.

—Oiga, ¿no es usted el que estaba hablando anoche con mi madre?

Aquella voz de niño le devolvió a la realidad. Estaba tan ensimismado con la belleza del entorno que casi se había olvidado de lo que había ido a hacer allí.

Entonces contempló a aquel chico, apoyado sobre la barandilla del porche. Tenía la cara en la sombra, pero sus facciones resultaban inconfundibles.

Poniéndose la mano delante de los ojos para protegerse del sol, Quinn se encaminó hacia donde estaba el niño.

—Efectivamente, así es —dijo en contestación a la pregunta del niño—. Tu madre y yo somos… viejos amigos. Como estaba en esta parte de la isla, se me ocurrió venir a visitarla —esbozó una sonrisa forzada—. Me has pillado admirando las vistas. Son maravillosas.

Vestido con unos pantalones cortos y una camiseta de algodón sin mangas, Jake parecía más delgado que la noche anterior. No se parecía mucho a su madre; tenía el pelo negro y liso. Quinn se preguntó si su padre sería un nativo de la isla, pero no parecía tener facciones caribeñas.

—¿Ha venido en coche?

Jake le estaba hablando otra vez y, mientras intentaba quitarse de la cabeza la imagen de Julia abandonando su carrera porque se había enamorado de un hombre, Quinn hizo un gran esfuerzo para contestarle. En aquel lugar no había sitio para la imagen de la mujer que él había conocido hacía tanto tiempo. Pero tenía que recordar el porqué de su visita; recordar, sin concederse el privilegio de sentir

emoción, que ella no estaría muy contenta de verlo.

—Esto… he alquilado un Moke —replicó, apoyando el pie en el primer escalón de la veranda—. Este… ¿está tu madre en casa?

—Está aquí.

No pudo imaginar cuánto tiempo llevaría allí de pie entre las sombras, observándolo, pero en ese momento se movió, colocándose detrás de su hijo, apoyándole una mano protectora en el hombro. Al igual que el chico, llevaba pantalones cortos; seguía teniendo las piernas largas y ligeramente torneadas, tal y como él las recordaba. Iba descalza, con las uñas de los pies sin pintar. Los esbeltos tobillos y las sensuales pantorrillas, al igual que el resto de su piel, tenían el color de la miel oscura.

Dirigió la mirada hacia los pantalones cortos de seda con estampado de flores, que realzaban los muslos y las redondeadas caderas. Llevaba además una blusa de algodón albaricoque, atada a la cintura, que marcaba sugerentemente la forma de aquellos pechos que fueran famosos.

No se dio cuenta de la insolencia de su muda admiración hasta que no se topó con su mirada de acero. De nuevo, sus pensamientos se habían dejado llevar por lo que tenía delante de sus ojos. Estaba mayor, naturalmente, pero el paso de los años no le había sentado tan mal. A él le parecía más atractiva que nunca, a pesar de lo mucho que había cambiado.

De repente sintió que aquella mirada de hielo le había dejado sin habla. No le iba a resultar fácil llevar a cabo aquella empresa. Estaba claro que no se fiaba de él, a pesar de su amable saludo.

—Julia —dijo por fin—. Espero que no te moleste que haya venido a verte. Me… me quedé tan sorprendido al verte anoche.

—¿En serio?

Le pareció que no le había creído y no podía culparla; Neville Hager ya había revuelto ligeramente la cosa. Se le ocurrió pensar que no sabía si su colega le había dado alguna razón a Julia por su búsqueda.

—Sí —aventuró y mirando a su alrededor extendió la mano hacia todo lo que les rodeaba—. Vaya maravilla de casa que tienes. No tenía ni idea de que San Jacinto fuese tan bonito.

—¿Qué es lo que quieres, Quinn?

Sin darle importancia a la reacción de sorpresa de su hijo, lo estudió con mirada serena. ¡Dios mío, qué ojos! Quinn no parecía poder controlar el curso de sus pensamientos. Eran verdes, como las claras aguas tropicales, enmarcados por largas y rubias pestañas y dibujados sobre aquellos pómulos aterciopelados. Y qué boca…

—Yo… ¿qué crees que quiero? —se apresuró a decir, deseoso de ahuyentar las sospechas de ella—. Han pasado diez años, Jules. Al verte anoche, pues la verdad es que me causó mucha impresión. ¿Qué diablos has estado haciendo todos estos años?

Ya sabes a lo que me refiero. ¿No te parece que y… —había estado a punto de decir yo pero rectificó— tu público tiene derecho a saberlo?

—Yo no tengo público —lo desengañó serenamente, con la misma voz aterciopelada que él recordaba—. Estás perdiendo el tiempo, Quinn. No tengo nada que decirte. Te digo lo mismo que le dije a tu compañero: Julia Harvey no vive aquí.

Capítulo 4

—¡NEVILLE Hager no es mi compañero!

Si la situación no hubiese sido tan seria, Julia se habría echado a reír de buena gana de la cara de rabia que puso Quinn. No tuvo la intención de decir aquello en voz alta; aquellas palabras que le relacionaban tan claramente con el otro. En otro tiempo habría sentido compasión por él; siempre la había fascinado cuando se ponía así.

Pero en ese momento tenía que reprimir esos sentimientos y en vez de ello pensar en la rabia que había sentido cuando la miró momentos antes. ¿Cómo se atrevía a contemplarla de aquella forma, como si fuera un cliente valorando a una prostituta?

—¡Maldita sea! —profirió, sus delgadas y oscuras facciones torciéndose en una mueca. Enseguida, miró algo apurado a Jake—. Lo siento. Pero, maldita sea Julia,

¿qué quieres decir con que Julia Harvey no vive aquí?

—Mi madre se llama Julia Stewart —añadió Jake a la defensiva.

Julia dio un paso atrás, al darse cuenta del peligro que supondría hablar demasiado delante de su hijo.

—Será mejor que entres —le dijo secamente, aunque la perspectiva la aterraba.

No quería que su presencia violara la intimidad de su casa, pero Jake era más importante que sus escrúpulos.

Aunque el salón tenía el techo alto y era muy espacioso, la presencia de Quinn dominaba la habitación. Parecía más alto y de alguna forma más amenazador. Se odió a sí misma por sentirse tan vulnerable.

—Creo que deberías salir a recolectar unas fresas para la comida —le dijo a Jake con firmeza—. El señor Marriott y yo tenemos que aclarar este asunto. ¿De acuerdo?

Jake puso una cara larga.

—¿Se va a quedar a comer?

Julia sintió cómo se le subían los colores por la pregunta de su hijo.

—Lo dudo —afirmó y se le endureció la mirada—. Jake, supongo que no quieres que me enfade, ¿verdad? Quiero hablar con el señor Marriott a solas.

El chico se encogió de hombros antes de darse la vuelta y salir de la habitación obedientemente. Pero quedaba claro que se sentía ofendido

y esto se añadió al resentimiento reflejado en la cara de Julia cuando se volvió hacia Quinn.

—Bien —empezó, dudando si debería o no invitarle a sentarse y decidiéndose por lo último—. Como le dije a tu colega, la vida que llevo aquí no tiene nada que ver con Julia Harvey. Soy Julia Stewart, como bien ha dicho Jake, ama de casa y madre.

Eso es todo.

—¿Estás casada? —preguntó Quinn frunciendo el ceño.

¿Qué podría contestarle? Podría decirle que sí, pero en ese caso, ¿dónde estaba su marido? O bien decirle que estaba muerto; pero eso no era lo que le había contado a Jake. La verdad era demasiado extraña y también demasiado peligrosa como para hablar de ella. Pero era un asunto que tendría que haber resuelto antes de que Quinn apareciese.

—No —contestó finalmente—. Ninguno de los dos quería casarse —dijo, decidiéndose por una versión algo diferente a la que le había contado a Jake, pero más segura en aquel momento—. Supongo que podría haber abortado, pero no quise.

Lo que estaba haciendo entonces me… me aburría. Por eso decidí ser madre.

—¿Así de repente?

—Sí, así fue.

—Pero te cambiaste el nombre.

—Lo hice por razones obvias. Sin maquillaje y sin aquella imagen de diva no me hubieran reconocido tan fácilmente. Pero el nombre…

—¿Y el padre de Jake sabe dónde estás?

—Sí —contestó.

—¿Y no temías que se lo dijese a alguien?

—No.

—No me lo puedo creer. Nunca dijiste que estuvieses aburrida o descontenta con tu trabajo.

Julia suspiró profundamente.

—De haberlo hecho así, ¿crees que me habrían dejado en paz? Si alguien hubiese sabido lo que estaba haciendo, no me hubiese dejado tranquila.

—¿Al decir alguien te refieres a mí?

—¡A ti! —Julia profirió una carcajada, más bien histérica que alborozada—. No eras el único hombre en mi vida, Quinn —le dijo en tono burlón cuando consiguió que le saliese la voz—. De hecho, no eras un hombre. Solo un adolescente obcecado con el sexo y con un enamoramiento obsesivo hacia una mujer mayor que tú.

Esperaba que él lo negase, pero Quinn no quiso dar rienda suelta a sus sentimientos por miedo a meter la pata otra vez. Sabía controlarse mejor de lo que ella imaginaba.

—Este hombre, el padre de Jake —dijo mientras la estudiaba con sus oscuros ojos—. ¿Cómo sabes que no te traicionará?

—Porque tendría tanto que perder como yo. —Julia replicó apresuradamente, deseando que el tema no la intimidase tanto de pronto—. Mira, ¿podemos cambiar de tema? ¿Por qué has venido aquí?

Quinn no le contestó inmediatamente. Su mirada se volvió a contemplar la colorida habitación. Había varios sofás en colores claros, repartidos estratégicamente, con cojines bordados a mano. Ella pensó que no debía de parecerle demasiado llamativa a él. La estancia era cómoda y bonita, pero no demasiado lujosa. Aquella era una casa de la que cualquiera se sentiría orgulloso.

Incluso las pinturas que cubrían las paredes no eran de demasiado valor. Muchas de ellas eran el trabajo de artistas nativos. Algunas de ellas eran suyas. El trabajo de escritora era lo que verdaderamente le había proporcionado más satisfacción.

—¿Te dijo algo Hager? —Quinn preguntó de pronto, sacándola de su ensimismamiento—. Quiero decir, lo que estaba haciendo aquí —añadió pacientemente—. ¿No te aclaró por qué estaba buscando a Julia Harvey? ¿No te dijo lo que quería?

Julia suspiró e hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Bueno, la verdad es que no. No le di la oportunidad. ¿Pero qué más puede querer un reportero si no es el cotilleo? Pueden disfrazarlo llamándolo libertad de expresión, pero en el fondo lo único que les interesa es el escándalo.

—¿Y tú crees que yo estoy aquí por eso?

—¿Acaso no es así? —había un rastro de amargura en su voz que no pudo ocultar—. Supongo que tienes algo que ver con el periódico en el que él trabaja, ya que conoces su nombre.

—No trabaja para un periódico —contestó Quinn echando una mirada detrás de él—. ¿Puedo sentarme?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Julia, mirándolo fijamente.

—Quiero decir que me duelen un poco las piernas y deseo sentarme.

Pero no le hizo caso.

—Si no trabaja para un periódico, ¿para quién trabaja? —preguntó tensa—. No puedo creer que Arnie Newman todavía me guarde rencor.

—¿Arnie Newman? —repitió Quinn pensativo. De pronto recordó

quién era.

Arnold Newman había sido el director de los Estudios Intercontinental. Entonces se dijo que Julia había tenido una gran discusión con él antes de abandonar la vida pública.

—No, no es Arnie Newman. Creo que el enfado solo le duró hasta que consiguió otro éxito de taquilla.

Probablemente estaría en lo cierto, pero aquellas palabras le hicieron daño igualmente. No era que se arrepintiese de lo que había hecho, sino que le molestó la forma en que lo dijo.

Pero es que siempre le había importado todo lo relacionado con él. No debería haber sido así. Dios era testigo de que las cosas no habían empezado de esa forma.

Cuando Isabel, Lady Marriott, insistió para que conociese a su hijo mayor, se sintió halagada por la clara admiración que este demostró hacia ella. En aquella época estaba acostumbrada a que la adulasen. Todos los hombres que conocía se enamoraban de ella. Y con Quinn, como con todos los demás, no se lo había tomado en serio. Hasta que empezó a sentir una atracción hacia él que destruyó la objetividad de sus sentimientos.

Y sabiendo que él todavía tenía el poder de turbarla, le contestó dura y amargamente.

—Si crees que ahora puedes hacerme daño con cualquier cosa que digas, estás muy equivocado. Sé que ahora me veis como parte del pasado. Entonces dime lo que quieres.

Quinn suspiró.

—No soy tu enemigo, Jules.

—Mi nombre es Julia o señora Stewart, si lo prefieres. ¿Vamos a hablar de lo que has venido a hacer aquí o no? Mi hijo volverá pronto. Prefiero que te marches antes de que vuelva él.

—Escucha, comprendo que estés molesta. Y créeme, yo no quería hacer esto.

—¿En serio?

—No. Maldita sea, Jules, ya sé que no soy bien recibido aquí, pero yo no pedí que me encargasen esta misión. Estoy desempeñando una tarea y, la verdad, no es un trabajo que me guste mucho. Además tú no me lo estás poniendo nada fácil.

—¿Acaso esperabas que lo hiciera? —preguntó, arqueando una ceja —. Por Dios Quinn, si hubiese querido que averiguases dónde estaba habría colgado un cartel fuera.

—No hace falta que te pongas tan agresiva por todo esto.

—¿Ah no? —tomó aire, algo temblorosa—. Está claro que has estado indagando por ahí para encontrarme, para turbar la paz que he

conseguido.

—No he ido indagando por ahí —contestó Quinn a punto de perder los estribos—. Por favor, Julia, deja de comportarte como una niña.

Sus palabras eran en sí mismas una ironía. Quinn se pasó los dedos nerviosamente por el oscuro pelo, en un gesto de frustración. Parecía que se habían cambiado los papeles. Aun así, todavía seguía siendo mayor que él. Aquellos nueve años no podían borrarse de un plumazo. Pero el aislamiento de todos aquellos años la había vuelto más vulnerable.

—No tiene por qué ser así —respondió cansado, frotándose la parte de atrás del cuello—. ¡Maldita sea Jules, de los dos soy yo el que debería sentirse ofendido! Yo no te dejé. Yo no fui el que me marché a Los Ángeles sin ni siquiera decir adiós.

Julia tragó saliva, esperando que atribuyese el sofoco que tenía a lo elevado de la temperatura.

—No me parece bien que saquemos a relucir el pasado —le respondió con dureza—. Además nuestra… relación no tuvo tanta importancia.

—Puede ser que no la tuviera para ti. Supongo que hubiese sido pedir demasiado que me llamases. Y creo que mi madre se hubiese merecido una explicación. Sé que se sintió muy mal cuando desapareciste así de repente.

—Bueno, sí, tenía mis motivos —dijo Julia sintiéndose incómoda, viendo que la conversación no estaba tomando los derroteros que ella hubiera deseado. Hizo un gesto de desolación—. Lo siento, pero no tenía otra salida.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? —Julia parecía confusa.

—¿Me vas a echar ahora?

—¿Estás hablando como hijo de Isabel o como reportero de un periódico?

—Ya te lo he dicho; no soy reportero de ningún periódico —suspiró —. Trabajo en televisión.

—¡En televisión! —Julia tragó saliva—. Qué bien, ¿no?

—De todas formas tenemos que hablar. Hablemos al menos por los viejos tiempos.

Por los viejos tiempos… Julia suspiró profundamente.

—Quinn…

—¿Sí?

Quinn la miraba con cautela. Julia sabía que no le debía nada, pero aun así vaciló al responder.

—Vale; a lo mejor he sido algo antipática. Pero tienes que comprender mis sentimientos y lo que esto significa para mí.

—Lo comprendo, puedes estar segura.

—Esto no quiere decir que esté dispuesta a cooperar contigo.

—No; ya veo que no —hizo un gesto hacia uno de los sillones de mimbre—. ¿Te parece que puedo sentarme?

Ya no había ninguna razón para negárselo. De todas formas, se había comprometido a hablar con él y si Jake volvía, que sería pronto, podría controlar la situación. ¿Y qué otra alternativa le quedaba? ¿Dejarlo marchar sin intentar discutir con él y esperar a que llegase otro a los seis meses?

Asintió y observó cómo se acomodaba sobre los cojines que ella misma había bordado. Llevaba pantalones vaqueros de color negro que se le ajustaban como una segunda piel, destacando la fuerte musculatura de sus muslos y sus piernas.

Se le hizo un nudo en la garganta por lo que estaba pensando. Se volvió bruscamente hacia la cocina.

—Supongo que te apetece un café —dijo muy deprisa para que él no pudiera notar el tono alterado de su voz.

—Sí, gracias.

En vez de quedarse sentado la siguió hasta la entrada de la cocina, apoyando un hombro contra el arco en la pared. Tenía la vista fija en las plantas. Julia se preguntaba en qué estaría pensando.

—¿Has plantado tú todo esto? —preguntó tocando los pétalos de unas flores—. No sabía que te gustase la jardinería

Julia se volvió con la taza de café en la mano.

—Supongo que hay muchas cosas de mí que tú no sabes. ¿Nos sentamos en el porche? Ahí hace más fresco.

Quinn tomó la taza, rozándole ligeramente los dedos sin escrúpulos.

Evidentemente él tenía el control de la situación.

—¿No te tomas uno conmigo? —preguntó señalando la taza de café —. ¿O esto es a lo que me vas a invitar en vez de a la comida, a la cual no estoy invitado?

—Te puedes quedar a comer si quieres —le dijo pensativa.

Ya había visto a Jake y había hablado con él. Ahora no tenía ya nada que ocultar.

—¿Estás segura? —preguntó Quinn en tono sarcástico.

—¿Por qué no? Es lo menos que puedo hacer. No me gustaría ofender a tu madre.

Quinn apretó los labios pero no hizo ningún comentario. Solo inclinó ligeramente la cabeza y la dejó pasar delante al salir al porche.

Jake volvió con un bol de fresas en la mano y la boca manchada de fruta.

—¿Se va a quedar el señor Marriott a comer? —preguntó Jake desde la puerta.

Julia estuvo a punto de gritarle y retirar la invitación, pero se controló.

—Sí. Lo he invitado.

—¡Bien! —dijo feliz, haciendo un gesto como si pegase un puñetazo en el aire.

Después de salir el niño, se hizo un pesado silencio que Julia aprovechó para llevar la fruta a la cocina.

Dios mío, pensó frustrada, ¿qué le ocurría? ¿Sería posible que pudiera perder el control después de todos aquellos años de tranquilidad?

Empezó a practicar los ejercicios de respiración que una profesora de yoga le había enseñado hacia años y se sintió mejor. No podía dejar a Quinn solo, por lo que volvió al salón.

Al salir pudo observarlo un momento sin que él se diera cuenta. ¡Qué familiar y qué extraño al mismo tiempo le resultaba aquel perfil! Pero había cambiado mucho.

Tenía los ojos más hundidos y la mirada más serena; las facciones eran más fuertes que en su primera juventud; los finos labios se curvaban en una mueca de cinismo, revelando experiencias en su vida a las cuales ella no había tenido acceso.

¿Estaría casado? No llevaba alianza, solo un pequeño sello en el dedo meñique.

Pero eso no quería decir nada; algunos hombres casados no llevaban alianza.

Además, ¿a ella qué le importaba el camino que hubiese seguido o si tenía hijos o no?

Pero la verdad era que le picaba la curiosidad. No tenía derecho; había elegido diez años atrás y nada iba a cambiar.

Sintiendo su presencia, Quinn la sorprendió mirándolo.

—¿Te has fijado ya lo suficiente? Venga, Jules ¿crees que no he sentido cómo me mirabas? Algunas cosas nunca cambian. Sabía que estabas ahí.

—Pero supongo que es más divertido callarse y no decir nada, ¿no? —contestó enfadada y avergonzada.

Dudó si sentarse o no a su lado pero decidió hacerlo, al menos para que no lo hiciera su hijo.

—¿Qué quieres que te diga? —la susurró Quinn al oído,

sorprendiéndola—. ¿Que te he estado observando yo también? ¿Que estás más guapa que nunca? Lo estás y tú lo sabes. Créelo. Me pareces tan sexy como siempre.

Capítulo 5

QUINN se dio cuenta inmediatamente de que había metido la pata al decir todo eso. Por todos los santos, ¿es que no se le había pasado aquel enamoramiento de la adolescencia? Sí, claro que sí se le había pasado. No estaba allí para piropear a Julia, sino para hacer un trabajo.

Para alivio propio, y supuso que también para el de ella, Jake reapareció evitando lo que hubiera seguramente resultado un momento embarazoso. Además, no podía acusarlo de ser un mirón. Ella también había estado observándolo durante mucho rato: bueno, durante un rato que seguramente le había parecido más largo de lo tenso que estaba.

—Mamá, ¿podemos comer hamburguesas?

—¿Por qué no?

Julia respondió tensa. Quinn paseó su mirada por aquellas facciones ligeramente ruborizadas y comprendió con desolación que sus palabras anteriores no habían salido porque sí. Estaba más bella que nunca y se imaginó a sí mismo enterrándose en la suave piel de su cuerpo.

—¿Le gustan las hamburguesas, señor Marriott?

—Esto… claro —contestó con naturalidad, contento de que no pudieran leerle el pensamiento.

Jake miró a su madre con expectación.

—Ya voy —dijo, todavía con un rastro de tensión en la voz.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Quinn, sin pensar.

—¿De ti? —preguntó Julia con frialdad—. No, quédate donde estás. Jake me ayudará en lo que haga falta.

—¡Ay, mamá!

Se veía claramente que el niño no había tenido esa idea. ¿Vería el niño a alguien más cuando estaba en la isla? ¿O Julia lo habría incluido también en aquel aislamiento voluntario?

—La ayudaremos los dos —dijo e ignorando a Julia se puso de pie sonriendo—. Hago unas hamburguesas buenísimas y no digamos las patatas fritas.

—Vamos a comer ensalada —le dijo Julia secamente.

Él no le hizo caso y continuó hacia el interior de la casa. ¡Qué demonios! No iba a dejar que lo desconcertara tan fácilmente. Le gustaba su hijo, le gustaba ella también e iba a demostrárselo.

Iban a comer en otra pieza que daba al jardín. Quinn se fijó en ella cuando fue a colocar el bol de ensalada sobre la mesa. Allí no había muebles barnizados; las sillas eran de madera natural sin lacar. Pero lo que sí que no variaba respecto a las otras partes de la casa eran los suaves colores del mobiliario; todo era discreto y elegante.

Quienquiera que hubiese diseñado el interior de la casa tenía muy buen ojo para combinar los colores.

—¿Acaso esta demostración es una señal de que alguna mujer ha logrado domesticar a la bestia salvaje? —preguntó Julia con sarcasmo cuando volvió a la cocina, mientras le daba la vuelta en la parrilla a unas jugosas hamburguesas.

En ese momento no estaba mirándolo y al contemplar los delgados brazos y los pechos bamboleándose ligeramente bajo la blusa, sintió de nuevo la misma lascivia que había sentido antes. De espaldas a él y con las piernas ligeramente separadas, era la esencia de la sensualidad femenina. Experimentó un deseo terrible de pasarle la mano por la curva del trasero.

—No —replicó con brevedad para que no notase su creciente excitación.

¡Dios mío! ¡Cualquiera capaz de conocer sus pensamientos pensaría que nunca había hecho el amor con una mujer, o que no lo había hecho nunca con ella! ¿Por qué le daba por pensar en todo aquello? ¿Acaso no estaba ya demasiado implicado?

—¿No? —repitió Julia sabiendo que él la estaba observando—. ¿No estás casado?

—Todavía no —respondió con cuidado de no delatar su estado—, pero hay alguien.

Julia se lo esperaba; no le sorprendió.

—¿Y tú? —Quinn la incitó a hablar.

Por un momento lo miró y le pareció ver una chispa de angustia reflejada en aquellos maravillosos ojos verdes. Se preguntó qué recuerdos le habrían traído a la mente sus palabras.

—Yo… tengo amistades —replicó finalmente.

Quinn se asustó por la opresión que sintió en el pecho al escuchar sus palabras.

«No me apetece nada oír hablar de sus amigos» pensó con frustración. Fuesen hombres o mujeres, seguramente significarían para ella mucho más de lo que él significase jamás. ¿Por qué no se habría imaginado lo traumático que le iba a resultar estar allí? Pensaba que había olvidado el pasado, pero en esos momentos se dio cuenta de que solo había estado dormido.

—Qué bien huele —dijo para ver si lograba distraerse.

Tenía que controlarse si no quería mandar todo a paseo.

—¿Quién es ella? ¿Quién es la persona de la que hablabas? ¿La conozco? No me digas que es la boba de la hija de Wainwright; esa con quien tu madre se empeñaba tanto en que fueses amable.

—¿Madeline? —al menos de ella podía hablar sin demostrar emoción alguna—. No; Madeline se casó con Andy Spencer. Él es jugador de polo profesional. Puede que hayas oído hablar de él.

—Mamá, ya he puesto la mesa. —Jake entró en la cocina, sonriendo a Quinn—. ¿Me dejará conducir el Moke después de comer, señor Marriott?

—Pensé que ibas a ir a casa de los Thomas después de comer —se adelantó su madre antes de que Quinn pudiese decir nada.

—¡Pero no si tenemos compañía! —exclamó, haciendo un mohín de disgusto—. Eso es lo que siempre dices cuando viene el tío Bernard.

Quinn imaginó con disgusto que a lo mejor ese tal tío Bernard no era siempre bien recibido. ¿Sería uno de los amigos que había mencionado antes? ¿O sería alguien que buscase algo más que una amistad y ella no quisiera?

—En este caso, y por ser el cumpleaños de Sammy, creo que podemos hacer una excepción. —Julia replicó afable—. ¿Por qué no vais a sentaros a la mesa? Yo llevaré las hamburguesas dentro de un momento.

La tentación de preguntarle a Jake sobre la identidad del tío Bernard era muy grande, pero decidió contenerse. No quería que ella le sorprendiese preguntándole al niño.

La comida transcurrió de manera muy agradable. Además de ensalada y hamburguesas, Julia llevó pan francés y abrió una botella de vino. Las fresas que había recogido Jake fueron el postre.

El niño habló durante toda la comida con naturalidad sobre todo lo que hacía, con lo cual Quinn pudo enterarse de bastantes detalles sobre la vida de Julia. Por ejemplo, que era escritora de novelas infantiles.

—¿Sabes? Oí una crítica acerca de tus cuentos en un especial sobre literatura infantil que dieron por televisión. Hector Pickard, mi jefe, sugirió hacer una serie sobre autores de novelas infantiles. Quiero decir, autores contemporáneos que pudiesen hablar sobre su obra.

—¿Y qué es un especial? —preguntó Jake, frunciendo el ceño. Por un momento, Quinn pensó que aquella expresión le recordaba a alguien, pero no sabía a quién. Al ver que el niño esperaba impaciente una respuesta, continuó.

—Es un programa de televisión sobre un tema específico.

—¡Trabajas en televisión! —exclamó, abriendo los ojos como platos

—. ¡Caramba, es estupendo! Ojalá pudiese ver dónde trabajas.

—Pues no puedes —interrumpió su madre—. El señor Marriott trabaja en Londres, que está muy lejos de aquí. Venga, ¿por qué no te vas a cambiar de camisa y pantalones? Te llevaré a West Bay antes de fregar.

—Pero no quiero ir a West Bay —protestó Jake—. Quiero quedarme aquí y que el señor Marriott me cuente todo lo que hacen en la tele —miró a su madre suplicante—. Seguro que mi madre saldría muy guapa en televisión. Trabajaba en películas hace muchos años.

—Lo sé.

—La gente que trabaja en la televisión y en las películas no viven en un mundo real —declaró Julia levantándose—. Me alegré de dejar ese mundo, como ya te he dicho otras veces, Jake. No voy a cometer esa equivocación nunca más.

—Pero mamá…

—Jake, el señor Marriott es un hombre muy ocupado. No tiene tiempo para pasarse la tarde entera hablando contigo —empezó a recoger los platos sucios—. Ahora venga, vete a prepararte. Estoy segura de que el señor Marriott no tardará mucho en marcharse.

—¿Ah sí?

Quinn no dijo nada, pero la mirada que intercambiaron fue reveladora. Julia le estaba queriendo decir que no aceptaría lo que había ido a proponerle; fuera lo que fuera no le interesaba. ¿Y por qué iba a estarlo cuando estaba disfrutando de su nueva profesión?

«¿Entonces por qué no me voy ya?», pensó. Hector tenía ya una respuesta y si quería llegar más lejos tendría que buscar a algún otro imbécil que lo hiciera en su lugar. Antes de ir allí, él ya sabía que ella no aceptaría tan fácilmente; era lógico. Una persona que se había tomado tantas molestias en esconderse no iba a reaccionar positivamente ante la oferta de volver a airear su vida.

A pesar de ello, no quería marcharse. Imaginaba que podría engañarse a sí mismo diciéndose que era porque le debía a Hector más de un favor, pero en el fondo sabía que la verdadera razón no era tan fácil de explicar. Hubo un tiempo en el que había estado muy cerca de ella. ¿Acaso era una idea tan descabellada el hecho de querer probar otra vez?

—No tengo prisa —dijo, ganándose una mirada de aviso—. Esperaba poder convenceros para que cenéis conmigo esta noche —vaciló—. Después de tu fiesta, por supuesto.

—Me temo que no hay ninguna posibilidad —replicó Julia cortante, tomando los platos para llevarlos a la cocina—. Jake, no me obligues a decírtelo otra vez —añadió, con lo que el niño miró a Quinn con

rebeldía antes de salir de la habitación.

Cuando estuvo solo a la mesa, Quinn empezó a preguntarse por qué se estaba molestando tanto en prolongar la situación. Estaba claro que a Julia le incomodaba su presencia allí y corría el peligro de enfurecerla con su persistencia. Pero, qué diablos, tenía derecho a una explicación, ¿no? Hasta ese momento lo único que había hecho había sido hacerle el vacío, y no era mostrar mucho agradecimiento para alguien que había disfrutado de la hospitalidad de su casa en numerosas ocasiones.

Después de servirse lo que quedaba del vino y bebérselo de un trago, se levantó y llevó el vaso vacío a la cocina. Quería enterarse de algunas cosas antes de irse de allí.

Julia estaba fregando. Se acercó a ella con un paño de cocina, dispuesto a ayudar.

—Me las puedo arreglar yo sola.

—Dime, ¿cuándo se te ocurrió la idea de escribir libros? ¿Fue antes o después de decidir dejar tu carrera de actriz?

—Fue después, por supuesto.

—No hay por supuesto que valga —interrumpió Quinn, dejando el plato que había secado sobre la mesa—. Hay muchas actrices que han hecho otras cosas, además a mí no me hiciste partícipe de tus planes, ¿recuerdas?

El niño apareció, interrumpiendo la conversación.

—¿Tengo que ir, mamá?

—Vas a ir y no se hable más —dijo algo irritada, colocando el último cubierto en el escurridor y secándose las manos con una toalla de papel—. Bien, ¿tienes el regalo de Sammy?

—Está aquí. —Jake levantó un paquete cuadrado que había encima de un aparador—, ¿no podría quedarse el señor Marriott a cenar con nosotros esta noche?

Quinn meneó la cabeza.

—Otra vez será, Jake —dijo con suavidad—. Ve y disfruta de la fiesta. Estoy seguro de que nos veremos otra vez.

—¿Nos vamos? —preguntó Julia, mirando a Quinn significativamente.

—Si no te importa, prefiero sentarme en el porche un rato —replico, dándose cuenta de que aún no quería marcharse—; debe de ser el vino. Cierra la casa con llave si quieres. Solo deseo relajarme y disfrutar de las vistas un rato.

Jake se quedó mirando a su madre, pero Julia se limitó a agarrar un juego de llaves, sin hacer ningún intento de cerrar la puerta de entrada.

Al quedarse solo en la cocina, Quinn resistió el impulso de fisgar un poco por la casa. Su interés era meramente profesional, pensó. No sabía si confiaba en él o no, pero lo había dejado solo; no podía traicionar esa confianza.

Pero decidió que sí podría entrar al salón donde había estado antes, ya que allí hacía más fresco que en el porche. Iba a sentarse en el sofá un rato y analizar sus opciones.

El apartamento que Julia tenía en Londres era mucho más lujoso que aquella casa. Pero a Julia nunca le habían convencido la grifería de oro macizo y las lujosas alfombras orientales. Su madre había decorado y amueblado el apartamento y Julia nunca se atrevió a decir nada que hubiese podido herir los sentimientos de la señora.

Cuando Quinn conoció a Julia, la señora Harvey ya había muerto, pero su influencia se dejaba sentir todavía.

En ese momento, estaba en la puerta del salón, de nuevo apreciando la acogedora casa que había creado Julia. Aquello era completamente diferente del apartamento de Londres. ¿Habría de verdad odiado tanto esa vida como decía?

Se preguntó quién sería el hombre que le había proporcionado esa libertad. Sería el padre de Jake, ese hombre que había pensado tan poco en su hijo. ¿Qué clase de hombre sería capaz de hacer algo así? ¿Qué ataduras habría tenido para sacrificar tanto?

Seguro que había sido un hombre casado. Tendría que haber sido alguien con alguna responsabilidad o compromiso previo que le diese a Julia la posibilidad de tener la última palabra. ¿Habría sido Arnold Newman? ¿Sería por eso por lo que Julia le había mentado antes?

Quinn puso mala cara. No podía creérselo. Arnold Newman era un viejo. Julia había tenido demasiado éxito como para eso.

Trató de descartar aquella desagradable sospecha y caminó por la alfombra color albaricoque pálido. Había otra puerta que daba al salón. A pesar de todos sus buenos propósitos, no resistió la tentación de cruzarla. «Este debe de ser su despacho», pensó, fijándose en las paredes cubiertas de libros y en la mesa de madera natural.

Había un ordenador colocado a un lado y un montón de hojas manuscritas al otro, probablemente esperando a que las viese el editor.

Vaciló un momento pero el irrefrenable deseo de ver en lo que Julia estaba trabajando era superior a él. Creía recordar que Julia Stewart se había hecho un nombre en el mundo literario escribiendo libros sobre una detective adolescente llamada Penny Parrish. ¿Estaría ahora escribiendo otra de esas aventuras?

Pero comprobó que aquella historia era diferente: había un perro

llamado Harold y Xanadú, un dragón de nieve. Aquella era para niños más pequeños. Empezó a leerla y no pudo parar. Las imágenes eran excelentes y el personaje de Harold tan interesante que supuso que iba a constituir una delicia para los padres poder leerles aquella historia a sus hijos.

Sentándose a la mesa, se puso a leer sin darse cuenta del tiempo. No pensó en que West Bay no estaba tan lejos. Estaba completamente ensimismado por el derroche de fantasía y olvidó que estaba invadiendo un terreno privado.

Hasta que…

—¿Qué demonios crees que haces?

Quinn se pegó un susto de muerte. No la había oído entrar, maldita sea, ni siquiera había oído el motor del coche. Ella estaba ahí, fulminándolo con la mirada y se sintió como un ladrón sorprendido con las manos en la masa.

—Yo… No has tardado nada.

—Creo que más bien he tardado demasiado —dijo encolerizada, entrando en la habitación y arrancándole las páginas de la mano—. Tienes mucha cara entrando aquí y revolviendo entre mis papeles privados. Pensé que habías dicho que te ibas a sentar en el porche a relajarte —añadió con sarcasmo—. Debería haber sido lo suficientemente inteligente como para no confiar en un reportero.

—No soy reportero, ya te lo he dicho. Y siento que te parezca mal mi interés pero,

¿qué le voy a hacer? Estaba muy enfrascado en la lectura gracias a tu maravillosa habilidad. Normalmente no leo cuentos de hadas.

—¿Estás utilizando ese argumento como excusa?

—No, es la verdad; la historia es fantástica, me encanta. Y a los niños les encantará también. Tienes un talento fuera de lo común.

—Y supongo que eso te sorprende ¿no?

—No. —Quinn se levantó—. ¿Por qué iba a sorprenderme?

—Las actrices de cine no suelen destacar por su habilidad académica y dudo que a tu productor le interese el hecho de que tengo cerebro.

Quinn suspiró.

—Julia…

—¡Haz el favor de salir de aquí, ¿quieres?! —lo miró enfadada y después se dio la vuelta, como si no fuese capaz de controlar su resentimiento—. ¡Fuera de aquí! ¡Sal de mi vida! Creo que me debes al menos el que haya respetado a tu madre lo suficiente como para no decirle nada acerca de su hijo.

Capítulo 6

JULIA no consiguió dormir bien. Intentaba convencerse de que era por el calor que hacía aquella noche, pero sabía que no era por eso. A las cuatro de la mañana estaba dando vueltas por la casa en camisón, sintiendo la brisa fresca de la madrugada sobre la piel caliente. Había otras razones que la mantenían despierta, razones que no quería afrontar. Tenía que tomar una decisión si quería volver a encontrar la paz en su vida.

«¿Por qué ha tenido que aparecer Quinn?», pensó frustrada. Debería haberle dicho a Neville Hager quién era en realidad. Nunca había pensado que Quinn pudiese venir y menos que consiguiese hacerle perder la calma completamente.

Ni siquiera sabía lo que él tenía pensado hacer. Se había marchado después de la discusión que tuvieran la tarde anterior, pero no tenía esperanza de que hubiese terminado con ella. Mientras siguiera en la isla, no se sentiría libre y, una vez que Jake se marchase aquella noche, estaría completamente sola.

Bueno, estaban los vecinos y también María y su familia. Pero no podrían protegerla si Quinn llevase un equipo de cámaras a la isla. ¿Encontraría de nuevo la paz una vez que su anonimato se rompiese?

Si Jake fuese mayor podría discutir la situación con él. Necesitaba su apoyo. Pero,

¿y si el niño no comprendía los razonamientos de su madre? Podría estar en desacuerdo con su manera de llevar el asunto y a lo mejor nunca la perdonaría.

Había estado a punto de contarle a Quinn la verdad aquella tarde. La tentación de hacerle enfrentarse a ello había sido muy fuerte.

Pero Quinn no le había dado la oportunidad. A lo mejor se había dado cuenta de que estaba a punto de estallar, aunque no por la misma razón que él habría imaginado. De todas formas, no había intentado ir más allá. Ni siquiera había pretendido defenderse; simplemente se había marchado antes de que ella pudiese escupir lo que tenía dentro.

Pero mirándolo objetivamente, había sido mejor así. La situación era entonces igual que años atrás. Él era hijo de Lord Marriott y ella seguía siendo una mujer mayor. Tendría que haberse dado cuenta de que el amor y la felicidad raramente iban juntos. Sus padres se habían divorciado. El hecho de que su padre muriese poco después no cambiaba nada. Tendría que haber sabido que lo suyo no tenía futuro.

Quinn había cumplido diecisiete años aquel verano en que Isabel la invitó por primera vez a Courtlands.

Su amistad con Lady Marriott había llegado inesperadamente. La había conocido en un evento de caridad que Isabel Marriott había patrocinado, sorprendiendo a su marido al declararse fan incondicional de la actriz. Había visto todas sus películas.

Era una mujer unos diez años mayor que Julia, pero a esta le pareció sencilla y discreta desde un principio. El entusiasmo que ponía en todo lo que hacía la hacía parecer más joven. Las dos mujeres se hicieron amigas casi instantáneamente. Julia veía a Isabel como una mujer dulce y divertida. Teniendo en cuenta que el mundo en el que se movía estaba lleno de gente falsa y superficial, el candor de Isabel le parecía algo inusual y lleno de frescura al mismo tiempo.

Dudaba que Lord Marriott, bastante mayor que su esposa, aplaudiese su amistad.

Ian opinaba que en el mundo del espectáculo había gente disoluta y demasiada promiscuidad.

Aun así, Julia e Isabel siempre se las habían ingeniado para verse cada vez que estuviesen las dos en la ciudad. Aunque no siempre habían coincidido, hablaban mucho por teléfono y compartían sus problemas con la misma franqueza a la que Julia se había acostumbrado desde la niñez.

Fue durante una de esas conversaciones cuando Julia escuchó el nombre de Quinn por primera vez. Sabía que Isabel tenía dos hijos que estaban internos en un colegio. Pero hasta entonces no sabía sus nombres ni sospechaba que el mayor les estaba dando algunos problemas.

—Sabe que su padre quiere que vaya a la misma facultad que fue él en Cambridge —explicaba Isabel—. Sabe que Ian quiere que estudie Derecho. Es la carrera ideal para alguien de su posición. No parece darse cuenta de la responsabilidad que tiene hacia las propiedades de la familia.

Courtlands. Julia conocía aquel nombre. Era la casa de campo de los Marriott, donde Lord Marriott pasaba la mayor parte de su tiempo. Aborrecía Londres y, aunque formaba parte del consejo directivo de varias empresas, era más feliz caminando por los campos y las marismas costeras de su finca.

—¿Es que tu hijo Quinn no desea estudiar Derecho en Cambridge?

—Pues no. —Isabel se sentía frustrada—. De hecho, ni siquiera quiere ir a Cambridge. Se le ha ocurrido la locura de matricularse en una de las facultades de Londres. Dice que quiere trabajar en publicidad o relaciones públicas, algo de eso. Ya le he dicho cientos de veces que no es lo más adecuado para el futuro dueño de Courtlands,

pero no quiere escucharme.

Un par de semanas después de aquella conversación. Julia fue invitada a Courtlands a pasar el fin de semana.

—¿Dices que podrás venir? Los chicos también estarán aquí. Quién sabe, igual puedes hacer que Quinn entre en razón. Es un gran admirador tuyo.

Julia llegó a la estación de Ipswich un cálido día de mayo. Llevaba pantalones anchos de algodón, una camiseta enorme y gafas oscuras para ocultar su identidad.

También se había puesto un gorro de terciopelo que le cubría el pelo rubio. Pensaba que iba bien camuflada cuando de pronto un joven la agarró del brazo, con una sonrisa de admiración en los finos labios.

—Señora Harvey. Mi madre me ha enviado a buscarla. Soy Quinn Marriott, el hijo de Isabel.

—¿Quinn? —repitió en un susurro. Esperaba que fuese un chico larguirucho y desgarbado, pero tenía delante a un muchacho que le sacaba diez centímetros y que era ya adulto en todo menos en la edad —. ¿Eres de verdad Quinn? Me esperaba que fueses más… bueno, más joven.

—Tengo diecisiete años —dijo sonriendo—. Y puedo decir que yo también esperaba a alguien mayor —añadió desarmándola.

A Julia se le subieron los colores.

—¿En serio?

Por ridículo que pareciese, Julia se sintió halagada por sus cumplidos.

—Es por aquí —dijo y Julia lo alcanzó, intentando pensar en algo que pudiese decirle a un chico de su edad—. Perdone —dijo de repente—. No le he preguntado qué tal ha hecho el viaje.

—Muy bien.

Había un viejo Bentley aparcado en el patio de la estación. Quinn se detuvo al lado del coche. Abrió la puerta delantera para que ella entrase.

—¿Vas a conducir tú? —le preguntó Julia, mientras él se acomodaba a su lado.

—¿No se fía de mí? —e inmediatamente, como si pensara que lo que había dicho había sido un descaro, se sonrojó—. Tengo permiso de conducir. Y llevo cinco años conduciendo los coches de la finca. Pero por favor, no se lo diga a mi padre.

—¿Este coche es de tu padre?

—Sí. Es muy antiguo, igual que él.

—¡Quinn! —Julia intentó mostrar desaprobación pero no era capaz. Aquel chico le estaba empezando a caer bien y, además, le resultaba difícil resistirse a su atractivo.

—Bueno, sus ideas lo son —corrigió Quinn—. Estamos a finales del siglo veinte.

Pienso que cada uno debería tener la libertad de elegir la carrera que le guste, ¿no le parece?

—¿Y acaso tú no puedes?

—¡Demonios, pues no! —profirió Quinn, disculpándose de inmediato—. Mi padre quiere que estudie Derecho en Cambridge, que a mí me parece un aburrimiento, y yo deseo estudiar Bellas Artes en Londres.

—Ya comprendo.

—¿Me comprende? —se volvió y la miró esperanzado—. Sí, claro. Supongo que sabe a lo que me refiero. Mi madre nos contó que estudió en Londres.

—Estudié Arte Dramático —contestó Julia apresuradamente, dándose cuenta de que si no se andaba con cuidado Quinn acabaría pidiéndole que lo ayudase a convencer a sus padres. Se puso a mirar por la ventanilla con la intención de cambiar de tema—. No hay mucha gente en la carretera, ¿verdad?

—Puede ser. No venimos mucho a Ipswich. Mi madre hace sus compras en Londres y la señora Stubbs hace el resto.

Empezó a pensar que Isabel había solicitado su ayuda para convencer a Quinn.

No servía de nada reflexionar acerca de si los padres sabían siempre qué era lo mejor para sus hijos. Y aquel era un caso especial: Quinn era el heredero de Lord Marriott.

—Me atrevería a afirmar que tu padre sabe lo que dice —murmuró mientras dejaban atrás las afueras de la ciudad—. Quiero decir, estudiar Derecho en Cambridge no parece tan aburrido. Y siempre puedes emprender otra carrera una vez que hayas hecho ese esfuerzo inicial.

Quinn suspiró largamente.

—Me imagino que mi madre ha estado hablando también con usted —dijo, mientras frenaba delante de un paso de peatones—. No se preocupe, señora Harvey, seré bueno —sonrió—. Pero no le diga a mi madre lo que acabo de decir.

Esperó hasta que dejaron el paso de peatones atrás para continuar hablándole.

Sin darse cuenta comenzó a fijarse en la forma de los músculos de las piernas y muslos, que aumentaban de volumen cada vez que

frenaba. Tenía unos músculos soberbios, impropios para alguien de su edad. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, Julia cambió de posición. ¡Pero Santo Dios! ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué su mirada se había desviado hacia el abultamiento de su sexo? No era posible que pudiese sentirse atraída por él. Nunca le habían gustado los jovencitos, pero se había fijado en este y no precisamente con demasiada objetividad.

Podría ser solo un niño pero parecía un adulto. Estaba segura de que no era la primera mujer mayor en sentir una atracción hacia él.

—¿No me cree?

—Perdona —la suave voz de Quinn la hizo volver la cabeza—. ¿A qué te refieres?

—A mi intención de ir a Cambridge —apuntó y sospechó avergonzada que no era del todo ajeno a su agitación.

—No. Al contrario. Sé que tu madre estará encantada —adoptó una expresión ligeramente paternalista para apoyar sus palabras—. No siempre es fácil convencer a los hijos de que en el fondo se quiere lo mejor para ellos. Muy a menudo los jóvenes acaban dándoles las gracias a sus padres por lo mismo por lo que antes les habían odiado.

—¿Cuántos hijos tiene, señora Harvey?

Julia se puso en guardia. La pregunta iba cargada de significado pero no quería demostrarle que lo sabía.

—Pues ninguno —contestó afable—. Pero no me falta experiencia. He visto lo que ocurre cuando los niños y los adultos no se ponen de acuerdo.

—Entonces, ¿cree que todavía soy un crío? —insistió y Julia deseó no haber tocado el tema.

—Estoy segura de que mi opinión no tendrá mucha importancia —contestó esquiva—. Hace un día precioso, ¿no crees? Aquí hace mejor tiempo que en Londres.

Para su propio alivio, el chico pareció estar dispuesto a dejarlo ahí. Centró su atención en la campiña. Había dejado atrás la ciudad y la carretera estaba flanqueada con setos repletos de espinos en flor. Se desviaron de la carretera a Lowestoft y en ese momento se abrían camino a través de campos llanos. Se oían los gritos de las gaviotas y las garzas en la distancia y el aire estaba cargado del aroma del mar.

Todo era rural y pintoresco, pero no se sentía tranquila. Todo el optimismo con el que había salido de Londres parecía haberse transformado en tensión. Y la verdad era que no tenía ninguna razón para estar tensa, pero algo le decía que no tendría que haber ido.

«¿Y por qué no?», se dijo a sí misma irritada, viendo que no encontraba una razón lógica y satisfactoria. No podía ser porque aquel

jovencito que iba a su lado la estuviese poniendo nerviosa. Eso sería una estupidez; más bien absurdo. ¡Después de todos los atractivos galanes con los que había trabajado, no iba a inquietarse porque se había sorprendido a sí misma mirando a un chico de diecisiete años!

¿Era posible que estuviese tan falta de atención? Dios mío, podía muy bien imaginarse lo que le diría su agente si le confiase sus miedos. Benny había plantado cara a todo lo que había amenazado a su buen nombre y se lo había tomado con calma. Pero hasta a él le costaría comprender sus sentimientos en ese momento.

Además ella no era de esa clase de mujeres. Lo cierto era que no merecía la reputación que tenía. Aparte de una terrible experiencia amorosa que había tenido en su adolescencia, era inexperta en el tema. La señora Harvey siempre le había dicho que no confiase en los hombres. Y tras la tristeza que le había causado aquella relación fallida, se inclinó a creerla.

Los rumores acerca de posibles romances mantenidos con los diferentes actores con los que había trabajado eran totalmente inventados. Julia tenía la sospecha de que los estudios cinematográficos colaboraban en sacar esas historias porque le daban más interés a la película. La gente pensaba que las escenas de amor que interpretaba en sus películas eran reales y así los ingresos de taquilla aumentaban a raíz de aquellas habladurías.

Por ello, después de un tiempo, Julia había empezado a evitar todo lo relacionado con el mundo del espectáculo. Excepto cuando promocionaba una película, hacía una vida bastante tranquila.

La muerte de su madre fue crucial en muchos sentidos; se dio cuenta de que prefería el anonimato a las vacías trampas del éxito.

—No está enfadada, ¿verdad?

La voz de Quinn surgió claramente entre el tumulto de pensamientos. Estaba enfadada consigo misma por sentirse tan desvalida; por permitirse sucumbir a una serie de emociones que nunca deberían haber nacido.

—No —respondió con brevedad tras una pausa—. ¿Por qué habría de estarlo?

—Porque he sido grosero con usted —sugirió Quinn arrepentido—. Yo sé que no está casada y que no tiene hijos; leo los periódicos, ¿entiende?

—Entonces debes saber que no puedes creer todo lo que dicen —contestó con tirantez—. Esto… ¿cuánto queda para llegar a Courtlands? Vaya —señaló hacia el cabo—. ¿Es ese el mar?

Quinn frunció el ceño y miró hacia donde ella indicaba con resignación.

—¿Cómo? —murmuró—. Ah, sí, ese es el mar —mirándola entonces, preguntó—. ¿Entonces eso quiere decir que no es verdad que haya ningún hombre especial en su vida en estos momentos?

Julia suspiró.

—Siempre hay hombres en mi vida, Quinn —replicó, no del todo sincera—. ¿Podemos cambiar de tema? No creo que tu madre estuviese de acuerdo con esta conversación.

Capítulo 7

JULIA llevó a su hijo al barco aquella tarde con un inquietante presentimiento.

No había sido un buen día, lo cual era una pena pues Jake y ella solían disfrutar juntos de los fines de semana. Sí, había hecho tortitas para desayunar y habían pasado la mañana navegando en la lancha, pero no había conseguido entusiasmarse como de costumbre. Estaba cansada y ausente y mucho se temía que su hijo lo había notado.

—No te ha gustado mucho el señor Marriott, ¿verdad? —preguntó Jake de camino a la ciudad. A Julia se le encogió el corazón. Era la primera vez que hablaba del tema de su visitante y se sintió algo avergonzada.

—No me disgusta —contestó meticulosamente—. Lo que pasa es que no quiero que los periodistas vengan por aquí. Esa fue la razón principal por la que me vine a vivir a San Jacinto.

—¿Eso fue cuando eras actriz? —preguntó Jake, cuya información sobre aquella época de la vida de su madre era muy limitada. Sabía que había trabajado en algunas películas, pero ella siempre le había hecho creer que había sido hacía mucho tiempo.

Además, Jake siempre se había interesado más en su carrera como escritora de literatura juvenil; antes de aparecer Quinn en escena no le había interrogado acerca de las razones que la llevaron a abandonar Inglaterra.

—¿Conocías al señor Marriott cuando vivías en Inglaterra? ¿Ha venido a verte porque también es actor?

Julia suspiró. Sabía que eso iba a llegar de un momento a otro; lo sabía desde que vio a Quinn bajando del barco. Aunque la verdad era que más bien desde que Neville Hager había ido a verla. Jake no lo vio porque Hager llegó a mitad de semana. Sin embargo, ella sabía que antes o después tendría que enfrentarse a aquellas preguntas. Solamente deseaba estar más preparada.

—El señor Marriott no es actor. Ya te lo contó él. Trabaja en televisión.

—¡Cáscaras! ¿Tú también apareciste en televisión?

—Lo cierto es que no mucho —sus apariciones en la tele habían sido escasas—. Solo hice unas cuantas películas, eso es todo. Eso ya te lo he contado antes.

A los diez años, Jake ya era capaz de razonar y de encontrar discrepancias en su historia.

—¿Y él conoció también a mi padre? —preguntó ruborizándose ligeramente.

Jake casi nunca le hacía preguntas. Siempre había aceptado sus explicaciones sin rechistar. Confiaba en ella completamente.

—Pues… no estoy segura —contestó por fin, no muy satisfecha de la ambigüedad de su respuesta.

¿Y qué pasaría si Jake interrogase a Quinn sobre su padre? ¿Y si Quinn empezase a sospechar?

—¿Pero cómo sabía dónde vivimos? —preguntó Jake con persistencia.

—No lo sabía. Tú sabes lo que ocurrió. Me encontré con él cuando bajabais del barco.

En ese momento mientras se acercaba a San Jacinto, no sintió lo mismo que de costumbre. Aquel lugar ya no era su refugio. No podía seguir pensando que había dejado atrás el pasado, pues este había llamado de nuevo a su puerta.

—¿Crees que a lo mejor toma el barco de vuelta esta tarde? —preguntó el niño con repentino optimismo—. Podría ser, ¿no crees, mamá? Quién sabe, quizá haya venido a pasar el fin de semana como yo.

Julia sabía que aquello no terminaría bien. Si Quinn se marchaba esa tarde, estaba segura de que volvería. Todavía no había terminado con ella.

Para disgusto de Jake, Quinn no estaba esperando el barco. Solo había dos pasajeros más y Julia tuvo la certeza de que estaban de luna de miel.

El viaje de vuelta a su casa se le hizo más pesado que nunca. Odiaba los domingos porque significaban que tenía que esperar cinco días para volver a ver a su hijo. Pero intentaba no ponerse triste delante de su hijo. Jake necesitaba pasar tiempo fuera de la isla. Julia no deseaba que se convirtiera en un ser solitario como ella.

Divisó el Moke al dar la curva en el camino que conducía a la casa. El pequeño vehículo estaba aparcado en camino de entrada, pero no había rastro de su conductor. Si se le había ocurrido invadir su casa de nuevo llamaría a la policía. No había muchos policías en San Jacinto, pero Henry Lafayette era lo bastante fuerte como para hacer lo necesario.

Se estiró la cazadora de algodón y se atusó el cabello antes de avanzar con determinación por el camino hacia la entrada de la casa.

Quinn estaba de pie en un extremo del patio contemplando las oscuras aguas de la bahía. Llevaba una cazadora oscura de tela fina y pantalones de seda. Con las manos en los bolsillos, la anchura de sus

hombros era más impresionante. Se le aceleró el pulso, traicionando todos sus principios.

Quinn la oyó acercarse. Se volvió a mirarla cuando ella estaba doblando la esquina. No había rastro de timidez o arrepentimiento en la expresión de su rostro, sino más bien desprecio.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó, pero su voz no consiguió sonar muy convincente.

Quinn caminó hacia ella, con las manos todavía en los bolsillos. Querría haberse apartado, pero se quedó quieta, incapaz de moverse. Prefería estar fuera de la casa si es que se iba a producir alguna escena violenta.

—¿Pensaste que no volvería? —preguntó con frialdad—. ¿No pensarías que no me iba a enterar? Estoy seguro de que sabías que acabaría averiguándolo.

A Julia se le secó la garganta y tuvo una sensación de ahogo. Las fuerzas la abandonaban y pensó que iba a perder el control. Empezaran a temblarle las piernas y le pesaba la cabeza.

—Me pregunto qué intentabas lograr —le dijo con brusquedad—. ¿O lo hiciste solo por despecho? No tuviste ningún motivo para ello. El hombre que desveló tu paradero está muerto.

Julia pestañeó. Le resultaba difícil comprender lo que decía cuando ella tenía tal confusión. Le agradeció la consideración que había demostrado esperando a que Jake se marchara, evitándole presenciar aquella escena.

—No creo que…

—¡No te molestes en negarlo! Se te nota en la cara que eres culpable. ¿Lo hiciste sola o te ayudó Hope? Podría denunciarlo a las autoridades por ir contra mis derechos.

—¿Qué derechos? —preguntó con inseguridad, aunque ya sabía a qué se refería.

Pero él no podría afirmarlo con plena seguridad. A lo mejor todavía podría tomar el control.

—Los derechos de cualquier huésped de un hotel —respondió Quinn—, maldita sea, Jules, no tienes derecho a revolver entre mis pertenencias.

—¡De qué demonios estás hablando! —dijo Julia gritando.

Quinn se sacó las manos de los bolsillos y la agarró con fuerza por los brazos.

—Cálmate —le dijo—. Venga, Jules, es preferible que vayamos dentro. Te sentirás mejor después de tomar algo.

—No.

Intentó deshacerse de aquellas manos que le resultaban tan familiares. No quería que entrase en su casa, no quería que la tocara.

—¡Te he dicho que te calmes! —exclamó con impaciencia. Antes de que pudiera darse cuenta la levantó en brazos y cruzó con ella el patio —. Vamos a aclarar todo esto —le dijo mientras subían las escaleras del porche, llegando hasta las puertas cristaleras que se abrían a la cocina. La dejó en el suelo pero sin soltarle los hombros—. ¿Dónde tienes las llaves? ¿En el bolso?

—No llevo bolso —replicó con un hilo de voz—. La puerta no está cerrada con llave. Y no me digas que no has intentado entrar.

—Pues no lo he hecho —contestó Quinn cansinamente, pasando por delante de ella y empujando la puerta. La hizo entrar y encendió la luz —. Supongo que se te ha ocurrido devolverme el golpe por haber leído tu maldito manuscrito, ¿no?

Por fin Julia consiguió soltarse de él. Se puso al otro lado de la cocina. Ya estaba más que harta e intentó ponerse firme.

—No sé de qué me estás hablando, te lo digo en serio —dijo meneando la cabeza—. Acabo de estar en el puerto a llevar a Jake al barco.

—Sé de dónde vienes ahora —dijo Quinn cerrando la puerta. Se cruzó de brazos y se dio la vuelta para mirarla—. No estoy hablando de ahora, sino de ayer por la noche.

Julia se pasó la lengua por los labios resecos. La cabeza le daba vueltas, pero poco a poco comenzó a darse cuenta de que se había equivocado, que él no estaba allí para interrogarla sobre su hijo.

—¿Ayer por la noche? —repitió sin comprender, aún recelosa por decir algo que pudiese delatarla. Ahora que estaba más tranquila empezó a pensar si le habría dicho algo que pudiera hacerle sospechar.

—Sí, ayer por la noche —dijo Quinn secamente. De repente se dio cuenta de lo pálida que estaba—. Mira, está claro que estás muy nerviosa. ¿Dónde tienes el whisky? Te sentirás mejor cuando hayas tomado un trago.

—No bebo whisky. Y no pienso abrir una botella de vino solo para aplacar el sentimiento de culpabilidad que tienes.

—¿La culpabilidad que yo siento? —gritó—. ¿Por qué tengo que sentirme culpable? Tú eres la única que me debe una explicación. Solo me ha dado pena verte así, eso es todo.

—¿Pena? ¿De mí?

Julia intentó decirlo con desprecio, pero por una vez su habilidad de actriz le estaba fallando. En vez de ello, parecía a punto de empezar a llorar. Quinn soltó un juramento mientras salvaba la

distancia entre ellos a grandes zancadas.

—Por amor de Dios, ve a sentarte antes de que te caigas al suelo —le ordenó con dureza. Agarrándola por los hombros la empujó en dirección al salón—. Ahora dime dónde guardas el coñac. Y no me digas que no tienes porque sencillamente no me lo creo.

—No quiero coñac —dijo Julia con odio, mientras se tumbaba en uno de los sofás.

La verdad era que no quería beber nada de alcohol. Ya estaba bastante confusa.

—Vale. Pues yo sí quiero —declaró Quinn. Se metió en la cocina y Julia oyó cómo iba abriendo y cerrando armarios, buscando el coñac.

—Está en el armario del comedor —le dijo sin ganas, sabiendo que de todas formas no se marcharía hasta que no dijese por qué había vuelto.

Mientras Quinn buscaba el coñac en el comedor, Julia intentó recobrar la compostura. Ahora tenía claro que cada uno había estado hablando de una cosa. Y si él la acusaba de haber revuelto su habitación, habría algún motivo. Volvió con la botella y dos copas y se sentó a su lado.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó arqueando una ceja.

Julia deseó que no estuviese tan seguro de sí mismo como parecía.

—Estoy bien —contestó y tuvo que apretar una rodilla contra la otra porque le temblaban.

—Entonces… ¿en qué me he equivocado?

—Por lo que dices, pareces creer que he registrado tu habitación del hotel.

—¡Claro que sí! —la miró entornando los ojos—. Una pérdida de tiempo, ¿no te parece?

—Supongo que habría sido así, si lo hubiera hecho.

—¿Qué quieres decir con eso? Julia, sé de buena tinta que anoche vieron a una mujer saliendo de mi habitación.

—¿En serio? —dijo con sarcasmo—. Qué novedad.

Quinn suspiró pesadamente.

—¿De qué te vale negarlo? —se llevó la copa a los labios y dio un trago con impaciencia—. Mira, yo estaba muy enfadado cuando llegué aquí, lo reconozco. Pero estoy dispuesto a hablarlo. Supongo que tuviste tus motivos. Solo quiero saber cuáles son.

Julia lo miró con furia.

—No —dijo furiosa, recuperando el control de sí misma—. No pienso discutir nada contigo. No fui yo, ya te lo he dicho. Ayer por la noche estuve cenando con mi hijo.

—¿Y después de la cena?

—Me fui a la cama —respondió con brusquedad—. Por Dios, Quinn, ¿por quién me tomas? ¿Por qué razón iba a querer prolongar nuestro encuentro?

—Entonces, ¿quién lo hizo? —preguntó molesto.

Julia meneó la cabeza.

—Ese es tu problema, no el mío —cambió ligeramente de posición, algo nerviosa—. ¿Por qué iba alguien a registrar tu habitación? ¿Te quitaron algo?

—No. No faltaba nada.

—¿Nada? —preguntó Julia con un suspiro—. ¿Entonces por qué…?

—Estoy seguro de que fuiste tú —murmuró vaciando la copa de un solo trago y sirviéndose otra—. Pienso que tuviste curiosidad de averiguar cómo me había enterado.

—Ah, bueno. Supongo que tengo curiosidad por saberlo —admitió sin mentir—. Pero no haría lo que estás sugiriendo. Me queda todavía algo de orgullo, ¿sabes?

¿Quién te dice que no fuese una de esas criadas?

Quinn se encogió de hombros como descartando la idea.

—Era tarde —dijo, como si eso fuera una buena explicación. Pero inmediatamente pareció pensárselo mejor—. Maldita sea, no lo sé. A lo mejor fue la criada. ¿Y yo qué sé? Suelen cambiar las camas por la tarde, pero quién sabe. Igual estuvieron ayer por la noche. Quizá esté equivocado o quizá me esté volviendo loco.

Tenía los ojos oscuros, la mirada cargada de sentimiento. Julia sintió que se le aceleraba la respiración. Dios mío, de pronto le pareció más niño, como cuando ella lo conoció; y le asustó lo que sentía.

—De todas maneras, creo que debo disculparme. No tenía la intención de ponerme así.

—Esto… no pasa nada; está bien.

—No, no está bien —para su desgracia, se acercó ligeramente a ella. Tomó una de sus manos y le acarició los nudillos con el dedo pulgar—. Ya sé que no ha sido un buen comienzo, Jules, pero tengo que decirte que también ha sido un gran shock para mí. No todos los días se encuentra uno con la mujer que te ha enseñado todo lo que sabes.

—Yo no…

—Sí que lo hiciste, pero no quiero que hablemos de eso ahora. —Julia tenía la cabeza algo agachada pero sintió la mirada de Quinn sobre sus mejillas—. Nunca tuve la oportunidad de decirte cómo me sentí cuando te marchaste. Estaba destrozado, Jules. Tienes que

creerlo —meneó la cabeza—. No me imaginaba que harías algo semejante. No a mí; no a nosotros. Lo que viene a demostrar que yo era un engreído.

Julia intentó retirar la mano, pero cuando vio la fuerza con que la tenía agarrada se dio por vencida. Tenía que dejar que comportarse como si fuera una virgen escandalizada si no quería que él encontrase algo más de lo que sospechar. Y después de todo, ¿qué daño podría hacerle?

La verdad, bastante. Una vocecita dentro de ella la avisaba de ello. Aquellos firmes y morenos dedos eran tremendamente sensuales y no la ayudó cuando le vino a la mente cómo le habían acariciado la piel. En ese momento le pareció increíble que le hubiese permitido al joven Quinn tomarse tantas libertades con ella en el pasado: el problema era que a ella nunca le había parecido tan joven…

—¿Recuerdas la primera vez que fui a tu apartamento? —preguntó con delicadeza mientras le acariciaba la palma de la mano con el pulgar, provocándole sudores. Le miró la nuca y ella sintió su mirada como una caricia—. Te quedaste tan sorprendida al verme allí…

—Estaba asombrada —dijo intentando tranquilizarse—. Quinn…

—Entonces no me echaste —le recordó sin alterarse.

Julia notó cómo cambiaba de mano y cómo se llevaba el dedo con el que la había estado acariciando a los labios.

—Debería haberlo hecho —respondió despacio, mientras le veía concentrado en atrapar todo su sabor a través de aquel pulgar. Aprovechó que estaba distraído para retirar la mano—. Quinn, ¿qué haces sentado aquí, recordando un pasado que yo en principio preferiría olvidar? Creo que deberías irte antes de que uno de los dos diga algo de lo que luego pueda arrepentirse.

—Oh, no creo. Yo no me arrepiento… de nada.

—Pues yo sí. —Julia tragó saliva. Eso al menos era cierto—. Quinn, por favor…

—¿Por favor qué?

Julia no quería discutir nada con él. Se puso de pie con la intención de ponerse fuera de su alcance, tanto mental como físicamente.

Pero para su desgracia, Quinn se levantó con ella. Y al ir a moverse, le puso la mano en el hombro.

—Jules, ¿de qué tienes miedo? ¿No sabes ya que nunca te haría daño?

—No le tengo miedo a nada —negó rápidamente—. Pero han pasado diez años, Quinn. La gente cambia.

—¿Quieres decir que dejan de amarse? —inquirió, sus posesivos dedos apretándole los hombros.

—Nunca nos amamos —replicó ella, aunque sin mirarlo a la cara. Interiormente se repitió que nunca lo había amado, para sentirse más segura. Solamente se obsesionó con él, eso era todo. Igual que le pasó a él con ella. Fue una breve y amarga experiencia. Y no tenía ningún deseo de repetirla.

—Yo sí que te amé —le dijo Quinn en ese momento; se agachó y le rozó la oreja con la lengua.

Entonces Julia se movió, retorciéndose para deshacerse de sus manos.

—¡Quinn, esto es ridículo! —exclamó, recuperada la seguridad en sí misma gracias al sofá que los separaba—. No permitiré que te rías de mí solo porque pienses que te debo algo por no decirte que me iba.

—¿Es que piensas que estoy haciendo eso? ¿Crees que estoy intentado burlarme de ti?

—Pues la verdad, no se me ocurre qué otra cosa puede ser. Espero que no intentarás decirme que has estado buscándome durante los últimos diez años.

Nuestra relación se terminó mucho antes de ir yo a Los Ángeles.

—Porque te pedí que te casaras conmigo —dijo Quinn claramente.

Julia sintió el recuerdo de aquella fatídica ocasión como una espina clavándosele en el corazón. Hasta entonces había creído que podría con ello; no había pensado en el futuro.

—Bueno, sí —contestó con arrepentimiento, sonriendo ligeramente, como si de algo ligero y divertido se tratase—. Dios mío, me imagino lo que habría dicho tu padre si se lo hubieras comentado.

—¡Ya está bien!

Aquella orden tan brusca sorprendió a Julia. Hasta ese instante, parecía estar completamente en control, tanto de la conversación como de sus emociones. Sin embargo sus palabras le habían hecho daño y había perdido la compostura.

Julia suspiró, entreabriendo los labios en gesto medio asombrado, medio incrédulo. Su expresión no revelaba apenas el tumulto que no cesaba dentro de ella.

«¡Dios mío, le he hecho daño!», se dio cuenta. No estaba fingiendo.

Aun así, no podía permitir que aquello siguiese adelante. Nunca se había imaginado que acabaría sintiendo compasión por él; tolerancia quizás, pero la compasión era peligrosa, puesto que rayaba con el arrepentimiento.

Sin embargo tenía que mantener el impulso inicial e intentar convencerlo de que él había sido solo un pasatiempo.

—¿Qué te pasa Quinn? —preguntó, ligeramente con burla—. ¿No te gusta la verdad? Tú eres el que ha sacado el tema, ¿no?

El rostro de Quinn se ensombreció.

—Entonces, ¿eso es lo que significó para ti? ¿Solo un pasatiempo, una distracción temporal? ¿Un divertido amorío del que te arrepentiste en cuanto se terminó?

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa podría haber sido? —dijo encogiéndose de hombros—. No digo que no fuese… agradable.

Quinn la miró entrecerrando los ojos, con furia.

—¿Te resultó agradable? —repitió con tristeza—. ¿Te resultó agradable poner tus manos en un niño inocente y transformarlo en un imbécil que hacía y decía cosas incoherentes?

—No fue así —le contestó Julia, viendo que la distancia que los separaba no era ya tan grande. Con cada palabra que pronunciaba, Quinn se le iba acercando. Dio un paso atrás—. Lo siento si me malinterpretaste.

—¿Si te malinterpreté? Vamos, Jules, cuando hicimos el amor por primera vez yo no tenía casi experiencia.

—Pero tampoco eras completamente inocente —respondió Julia a la defensiva—. No fui la primera mujer con la que te acostaste.

—Claro que lo fuiste. —Quinn estaba ya muy cerca. La calidez de su cuerpo era una fuerza casi tangible que le aceleraba el ritmo cardiaco. Todavía llevaba la cazadora puesta, pero entre las solapas se veía la piel cubierta de sudor—. No creerías que aquellos torpes intentos que te confesé se llevaron a cabo sobre una cama, ¿verdad?

—La verdad es que no tengo ganas de discutir todo esto —dijo nerviosa. Tenía la espalda apoyada contra la pared y se dio cuenta de lo vulnerable que era en ese momento cuando no tenía a Jake para actuar de mediador—. Lo siento si crees que… bueno, que me aproveché de ti. Pero al menos puse fin a todo aquello antes de causar un daño irreparable.

—Esa será tu opinión —dijo Quinn secamente—. ¿Te lo creerías si te dijera que sufrí una depresión nerviosa cuando desapareciste?

Julia tragó saliva.

—No creo.

—¿Ah no? La verdad es que no te importó lo más mínimo lo que pudiese ocurrirme.

«¡Sí que me importó!», Julia pensó por un momento que lo había dicho en voz alta, tal era la confusión que sentía. Pero al ver que la expresión en el rostro de Quinn continuaba igual, se tranquilizó. Él estaba tan ensimismado en sus pensamientos, que no notó su distracción.

Aunque intentó mover la cara de lado, aquella mano seguía acariciándola y paseaba los dedos desde la mejilla hasta la palpitante

garganta.

—Quinn —dijo con la respiración entrecortada—, esto no es demasiado sensato,

¿no?

—Yo creo que es absolutamente sensato —respondió deslizando el dedo un poco más abajo, hasta el borde del escote. La tela se estiró bajo su caricia, mostrando el comienzo de los senos. Unos senos que se negaban a obedecer órdenes y que se destacaban sin recato envueltos en aquella tela de seda.

Se movió, intentando que aquella mano dejase de explorar más allá, pero él se opuso. En vez de dejarla, agarró su mano y la llevó hasta el pecho, para que ella misma pudiese sentir la excitación que aumentaba bajo sus intensas caricias. Y era tan erótico…

—No hagas esto, Quinn —le suplicó—. Si quieres una historia, te la proporcionaré. No sé lo que quieres pero, por favor, no me hagas esto.

—¿Por qué no? —dejó que Julia retirase la mano, pero metió la suya por debajo de su chaqueta, acariciando la temblorosa curva del estómago—. Creo que me debes algo más que una explicación tan insustancial. Te lo creas o no me destrozaste la vida. Me costó años y la compañía de muchas otras mujeres hasta que conseguí olvidarte.

Julia se estremeció; las rodillas le temblaban. No tenía ni idea de cuánto tiempo tendría pensado atormentarla. Todo lo que sabía era que no era capaz de pensar en ninguna de las múltiples ideas que había preconcebido en el caso de que llegase aquel momento. Se había quedado en blanco y sentía una tremenda debilidad.

—Pero eso ya forma parte del pasado —dijo medio ahogándose—. Acabas de decir que lograste olvidarme. ¿Por qué hacer todo esto y volver a perturbar tu vida de nuevo?

—¿Qué te hace pensar que todo esto está trastocándome la vida? —contestó burlándose, recuperado del todo el control. Se inclinó despacio hacia ella, bebiendo su perfume, el aroma de su cuerpo y cerrando lentamente los párpados con una sensual expresión de placer —. Oh, Jules. No tienes idea del tiempo que llevo esperando este momento. Tenerte a mi merced, por una vez. Casi valen la pena los años que he esperado hasta encontrarte.

Julia meneó la cabeza.

—No has estado buscándome durante todos estos años —protestó.

—No —concedió, contemplando cómo sus propias manos se adentraban por debajo de la camiseta—. Esta vez me resultó bastante fácil —las manos ya le acariciaban la piel, haciéndola estremecerse—. Cuando tu antiguo agente murió, no tuvo tiempo de borrar la información del ordenador. Alguien consiguió leerla y se la vendió a

mi jefe.

Entonces era así como la habían encontrado. Julia respiró temblorosa. Y ella que pensaba que todo su pasado había quedado enterrado con Benny. Pero los archivos de un ordenador no se perdían nunca.

—Eso es completamente irrelevante —dijo mientras él le ceñía la cintura con las manos; cuando notó una presión en el cinturón se movió hacia atrás, apretándose más contra la pared.

Y como si fuese un juego que empezara a aburrirle, Quinn le soltó la cintura y apoyó las manos contra la pared, a ambos lados de la cara de Julia.

Su proximidad significaba que podría fijarse bien en los detalles de su cara y notaría todos aquellos pequeños cambios, las arrugas que antes no tenía.

Claro que ella podía hacer lo mismo, pero no quería. Sus oscuras facciones resultaban perturbadoras: su calor, el olor de su cuerpo, su virilidad; todo ello era una ofensa para los rebeldes sentidos. Siempre la había hecho sentirse así, desde el primer momento.

Como si estuviese experimentando lo mismo, le miró los labios. Sin mover las manos, se agachó ligeramente hacia ella, rozándole los labios con los suyos y mordisqueándoselos suavemente. Julia sintió cómo se le iban las fuerzas completamente. Hasta ese momento, se había defendido con determinación. Su boca le rozó los labios y su fresco aliento se mezcló con el de ella; y todo ello produjo un cambio imposible de detener. El masculino calor de su cuerpo, moviéndose contra el de ella despertó sensaciones y sentimientos que habían permanecido dormidos durante más de diez años. Pero no habían muerto, solo dormido. Deseaba unirse a él con cada poro de su piel.

Cerró los ojos, pero eso solo logró empeorar el asunto. El hecho de no verlo derribaba las barreras que se interponían entre su propio ser y los sentimientos que todo él evocaba.

Pero Quinn también estaba perdiendo el control. Mientras continuaba provocándola con sus eróticas caricias, que no terminaban de satisfacer las necesidades que había encendido en ella, sintió que su propio deseo se encendía también. Hasta ese momento, se había contentado con apoyar las manos contra la pared, utilizando el cuerpo solo para rozarla y provocarla, frotándole el pecho contra los pezones hinchados por el deseo. Había estado jugando a un juego peligroso, pero no se había dado cuenta hasta que ya era demasiado tarde.

Cuando la resistencia de Julia se convirtió en docilidad, cuando la mandíbula se relajó y dejó que su lengua explorase en libertad, respondió a la invasión de su lengua con una invasión de la suya. Entonces Quinn perdió el control y el peso de su cuerpo se apoyó por

completo sobre el de Julia. La aprisionó contra la pared, oprimiendo la dura y caliente fuerza de su deseo contra su vientre.

—¡Dios mío! —gimió, antes de que ella se enterase de lo que en realidad estaba ocurriendo—. ¡Eres una bruja!

Nada más decir esto comenzó a besarla con toda la pasión y excitación que sentía dentro.

Capítulo 8

CON respecto a ella, no se fiaba de sí mismo. Quinn pensaba en aquello mientras conducía tembloroso de vuelta al hotel. Al besarle la garganta casi había perdido el control.

Cerró los ojos un segundo para borrar aquellos turbios pensamientos que le acechaban y los volvió a abrir rápidamente cuando el Moke dio un bote contra la cuneta. Sería tan fácil cometer un fallo. Además estaba casi seguro que los acantilados en ese tramo eran bastantes altos. Tendría que tener cuidado. Un movimiento de muñeca en falso y podría estrellarse contra las rocas.

Y aquello no era lo que deseaba, a pesar de lo tentador que aquello pareciese en ese momento. Julia le había destrozado la vida una vez; no le permitiría que lo hiciese de nuevo. Tenía todo lo que un hombre podía pedirle a la vida, incluida una mujer. No le hacían falta las complicaciones que Julia le acarrearía. ¡Por todos los santos, aquello se le había pasado hacía tiempo! Solo había sido un enamoramiento pasajero y obsesivo.

Pero hasta que no la tocó, hasta que no le puso la mano encima, no se dio cuenta de lo vulnerable que era todavía. Y resultaba tan ridículo sentir algo por la mujer que lo había utilizado para luego deshacerse de él como si fuera un trasto viejo…

Ella tenía razón; para ella había sido solamente un divertido pasatiempo. Y

Quinn supuso que por aquel entonces él ya sabía que nada serio saldría de aquella historia, por mucho que lo hubiese intentado. Cuando Hector le encargó aquella misión, sabía que iba a ser duro, pero ¿se había imaginado que iba a ser tan difícil?

Imaginaba que una persona que había estado oculta durante tanto tiempo no lo recibiría con los brazos abiertos. Para lo que no había estado preparado fue para la sorprendente reacción que había tenido al verla.

Por una parte, Julia ya no era tan fácilmente reconocible. Había dejado de ser aquella mujer tan exquisitamente vestida y elegante. Pero la edad y la maternidad le habían dado una belleza más serena y unas formas más redondeadas.

«Julia siempre será bella», pensó con resentimiento. La belleza era parte de sus huesos, de la forma en que se movía. Cada expresión de su cuerpo y de su rostro, cada suspiro que daba le volvían loco. Cuando estaba con ella, se sentía cautivado; no era capaz de pensar en nadie más.

Amargamente se dio cuenta de que nunca debería haber ido allí. Por mucho que Hector le hubiera dicho o amenazado. Su tranquilidad era más importante que cualquier ridículo trabajo. Tendría que haberse negado a hacerlo. Pero ya era demasiado tarde.

Lo malo era no haberse guiado por el instinto. Había confiado demasiado en sí mismo, mostrándose demasiado petulante y creyéndose inmune a todo. Todas las dudas que le habían asaltado las había eliminado. Sabía que iba a jugar con fuego, pero estaba seguro de que no se quemaría.

En lo más profundo de su ser, comprendía que una parte de sí había querido ir hasta allí. Había experimentado una tremenda curiosidad. Sí, eso era; simplemente curiosidad. Tanto tiempo había pasado reprimiendo aquel deseo hacia Julia, que cuando tuvo la oportunidad de dar rienda suelta a esos sentimientos, no había podido resistirlo.

Incluso aquel primer día, en el bar con Susan, ya adoptó una actitud protectora hacia su búsqueda. Dejó de pensar en la mujer de la que decía preocuparse. No le permitió ver el archivo de Julia, ni que se enterase de adónde iba. Y cuando le sugirió acompañarlo a San Jacinto, hizo todo lo posible para disuadirla.

«¿Y por qué?», se preguntaba. ¿Habría subconscientemente sospechado incluso entonces que nada era tan simple como parecía? Se mostró cauteloso, pero emocionado al mismo tiempo. Hizo como si no tuviera ganas de emprender aquella tarea, cuando en realidad estaba desesperado por encontrarla.

Pero hasta que no la tocó no se dio cuenta de lo mucho que se había engañado a sí mismo. Al hallarla en el puerto o al conducir hasta South Point para verla al día siguiente, había logrado de alguna manera bloquear los peligros. Se había quedado sorprendido al verla, por supuesto, y al comprobar lo bellísima que estaba, pero había sentido que tenía el control de la situación.

Hasta aquella noche en que la acarició y sintió el calor del cuerpo de Julia pegado al suyo. Entonces se dio cuenta de que anhelaba más, mucho más. Dios mío, ¿por qué había sido tan estúpido? Provocándola de aquella forma, atormentándola. Y estaba seguro de haberlo logrado. Durante unos minutos la tuvo completamente a su merced. Estaban solos, su hijo no estaba allí para protegerla; era débil en ese momento…

Pero entonces lo había echado todo a perder. Se había dejado llevar por el deseo de sentir sus pechos contra su cuerpo. Tenía unos pechos tan maravillosos… Se le marcaban a través de la camiseta de seda, mostrando su excitación más íntima. Quizá Julia no se había percatado, pero su cuerpo había respondido al suyo como siempre.

Él se había dado cuenta inmediatamente. Y en ese momento había

deseado tocarle los senos, rodearlos con las manos y masajearle los pezones, duros de excitación. Le hubiese encantado metérselos en la boca y disfrutar de aquel dulzor semejante al de la miel. Había deseado arrancarle la camiseta y deleitarse la vista.

Pero en vez de ello, se había restregado contra ella. Le había parecido una sensación maravillosa, aunque tuviera que estar todo el tiempo recordándose a sí mismo que la estaba castigando.

Mordisquear aquellos labios que temblaban bajo sus caricias, aspirar el limpio y fresco aroma de su aliento, notar el momento en que la resistencia de Julia se convertía en conformidad y después en respuesta. Todo eso le había afectado de manera sorprendente. Desde el principio, supo que la línea que separaba al atormentado y a su verdugo era borrosa. Lo que no había calculado era que podían cambiarse los papeles.

Cuando ella atrapó con los labios la punta de la lengua, lamiéndola con fruición, su libido se disparó completamente, haciéndole vibrar. ¡Dios, cómo la había deseado en ese momento! Tanto, que tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para no bajarle los pantalones y adentrarse en ella. Ardía en deseos de enterrar todo su ser en su cuerpo.

En ese momento, se dio cuenta de que nunca debería haberla tocado. Había fallado, por muchos pretextos que quisiera dar.

Además ya estaba avisado de lo que podría pasar. El día que había ido a la casa, cuando su hijo estaba allí, se dio cuenta perfectamente de la reacción que su cuerpo experimentó al ver a Julia. ¿Tenía tan poca cabeza que había necesitado pruebas?

Bien, pues ya las tenía. Y ella ya sabía lo imbécil que podía llegar a ser. No importaba que él se hubiese obligado a salir de allí. Los dos sabían que el daño ya estaba hecho.

Era tan injusto. Hacía diez años, el destino le había hecho concebir esperanzas, para luego obligarle a echarlas en olvido.

Julia pasó mucho tiempo en Courtlands durante aquel largo y caluroso verano.

Había decidido tomarse un buen descanso de los rodajes y la madre de Quinn la invitaba casi todos los fines de semana. Siempre fue cortés, aunque no tan simpática como él hubiera deseado.

Cuanto más la conocía, más se convencía de que deseaba de ella algo más que una amistad. Y era cierto que pasaban mucho tiempo juntos. Sin quererlo, ella se vio clasificada siempre junto a Quinn, ya que el resto de las amistades de sus padres eran mucho mayores.

Julia nunca hizo nada para provocar su atención. Quinn se daba cuenta de que lo mantenía a distancia mucho antes de que él hiciese

algo que pusiese en peligro su confianza. Ella parecía haber notado aquel enamoramiento y hacía lo posible para calmarlo. Le gustaba estar con él pero siempre era inalcanzable.

Lo más sorprendente fue que su madre nunca se dio cuenta de su desconsuelo.

Cuando Quinn empezó a ir a casa los fines de semana en vez de quedarse en el colegio, tal y como había hecho hasta entonces, nunca le preguntó por qué.

Claro que siempre había otra gente joven en aquellas reuniones. Lady Marriott invitó a Madeline Wainwright a muchas de las fiestas de tenis que daba y Quinn sabía que su madre esperaba que le pareciese guapa. Quinn pensó que su madre creía que Madeline era la razón por la que quería pasar tanto tiempo en Courtlands.

La verdadera razón estaba más allá del nivel de comprensión de su madre.

Pero sin embargo, a pesar de aquella frialdad aparente, Quinn se había dado cuenta de que no le era tan indiferente a Julia como ella quería aparentar. Solo de vez en cuando la sorprendía mirándolo con expresión angustiada.

Había ocasiones en que no tenían más remedio que tocarse: al estrecharse la mano tras un partido de tenis, por ejemplo, o cuando la sacaba a bailar y no podía negarse. Cuando tenían invitados, sus padres solían bailar después de la cena, enrollando la alfombra y poniendo los viejos discos de su padre.

Por supuesto que siempre habían bailado juntos con mucha formalidad y muy poca espontaneidad. En ninguna de esas ocasiones la había notado completamente relajada. Siempre les había separado una barrera. Julia era educada y formal, pero eso era todo.

Su dieciocho cumpleaños caía hacia finales de agosto. A pesar de estar invitada, Julia no apareció. Su madre le dijo que desgraciadamente tenía otros compromisos, pero Quinn no creyó que aquella fuera la verdadera razón. Sospechó que lo evitaba; que el hecho de alcanzar la mayoría de edad la había asustado hasta querer batirse en retirada. Mientras lo contemplase como a un niño podría mantenerlo a raya. Ahora que legítimamente podía llamarse a sí mismo hombre, no podría evitarlo tan fácilmente.

Pero en ese momento se daba cuenta de lo arrogante que había sido entonces.

¿Qué le había hecho pensar con tanta seguridad que a ella le parecía atractivo?

No la había vuelto a ver desde que empezara a ir a Cambridge y, aunque se apuntó a todas las actividades organizadas para los nuevos

alumnos, le resultó terriblemente duro pensar en algo que no fuese en ella. Estaba obsesionado con la idea de no volverla a ver. A pesar de que ella nunca le había dado pie, abandonó sus estudios y se marchó a la ciudad.

Fue una locura. Aquella noche fue la primera vez que supo dónde vivía. Desde luego que había copiado la dirección de la agenda de su madre, pero ir hasta allí era diferente.

Al mirar atrás se daba cuenta de que había sido una insensatez. En primer lugar, ella podría haber estado fuera o haberse negado a recibirlo. Podría haber llamado a su madre para contarle lo que pasaba. Pero no había hecho nada de eso, sino que le había permitido entrar.

En ese momento se preguntaba lo que ella habría pensado cuando el guarda de seguridad le comunicó que tenía una visita. ¿Qué se le habría pasado por la cabeza cuando oyó su nombre? Podría haber pensado que tenía un recado de parte de su madre. Pero era bastante poco probable, puesto que ella sabía que acababa de comenzar la universidad.

Pero al abrirle la puerta su cara no expresó nada de lo que verdaderamente estaba sintiendo.

—Vaya Quinn —le había dicho—. Me alegro mucho de verte —tal y como si lo hubiese invitado a cenar con ella.

En aquella ocasión llevaba puestos pantalones de lino y una camisa de seda color crema. El pelo, que en aquella época lo llevaba más corto, le caía sobre los hombros.

Iba discreta pero perfectamente maquillada. Al verla pensó que iba a salir, pero en realidad acababa de llegar.

—Mi ama de llaves libra esta noche —le informó Julia con brusquedad mientras lo conducía a un salón enorme.

Era una pieza a dos niveles, con ventanales hasta el techo en dos de sus paredes y una gruesa alfombra artesanal cubría el suelo.

Había una gran chimenea construida en mármol pulido. Los sofás de terciopelo en colores crema y burdeos estaban colocados unos frente a otros en un amplio espacio delante de la chimenea. Había más sillas, algunas mesas y un confidente forrado de seda a rayas crema y burdeos. Pero lo más valioso era un aparador de madera exquisitamente labrada, que a su madre le hubiera encantado, conteniendo una cristalería antigua de cristal tallado a mano.

En el otro extremo de la habitación, un conjunto de sillas y mesa y un ordenador constituían una especie de zona de trabajo. Julia, al ver que miraba hacia allá, le explicó.

—Mi secretaria trabaja ahí cuando no estoy —contestó

satisfaciendo su interés—. El apartamento es muy cómodo pero me temo que no tengo sitio para tener un despacho aparte.

—Es maravilloso —dijo Quinn pensativo, mientras la seguía al nivel inferior, mirando a su alrededor con expresión de asombro.

—Me alegro de que te guste. —Julia presionó las palmas de las manos una contra otra a la altura de la cintura. Aquel gesto le hizo pensar que estaba nerviosa. Por increíble que pareciera, aquella impresionante y famosa mujer estaba de hecho inquieta a causa de él. No se lo podía creer. Era demasiado bueno para ser verdad—. Bueno, ¿te apetece algo de beber? ¿Un refresco quizá?

—Tengo dieciocho años —contestó Quinn un poco a la defensiva—. Pero no, no quiero nada. He cenado antes de venir.

Julia pareció recordar de pronto que ella no le había invitado a su casa y le preguntó.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarte?

—¿Ayudarme? —repitió Quinn con frustración—. No he venido para que me ayudes. ¡Maldita sea tenía ganas de verte!

No había querido decirle eso. Tendría que haber recordado lo huidiza que era. Si no tenía cuidado, seguramente acabaría pidiéndole que se marchase.

—¿En serio? —respondió, cruzándose de brazos—. Bien, es muy halagador, Quinn, pero estoy segura de que tendrás otra razón —vaciló—, ¿te hace falta dinero?

¿Te has gastado la paga? —echó una mirada a su alrededor—. Veré lo que puedo hacer.

Quinn profirió un juramento sin poderlo remediar.

—¡No quiero tu dinero! —exclamó cuando consiguió controlarse—. ¿Por qué no viniste a mi fiesta de cumpleaños? Sé que estabas invitada.

De nuevo había reaccionado igual que un niño mimado. ¿Por qué no era capaz de controlarse cuando estaba con ella? Aquello no le ocurría con otras personas.

Julia tragó saliva. Quinn vio cómo la garganta se le contraía. Tenía el cuello como un cisne.

—Yo… Estaba trabajando —dijo por fin, como poniendo una excusa.

—Y si no, hubieses ido ¿no? —preguntó poniéndose frente a ella, con las manos embutidas en los bolsillos traseros del vaquero.

Julia se pasó la lengua por los labios distraídamente. Quinn sintió una oleada de calor en el vientre. Lo que aquella lengua le hacía imaginar se le antojaba extremadamente sensual y la verdad era que no le venía muy bien en ese momento.

—Quizá —dijo por fin, cuando Quinn había empezado a preocuparse porque notase el efecto que había tenido sobre su cuerpo —. Estoy segura de que no me echaste de menos. Tu madre me ha dicho que tuviste más de cien invitados.

—¿Y qué? —Quinn se estaba impacientando—. No me interesa nadie más. Me hubiese gustado que estuvieses allí.

—¡Ay, Quinn! —Julia le dio la espalda en ese momento y comenzó a pasar sus estilizados dedos por el respaldo de un sofá, meneando al mismo tiempo la cabeza—. Quinn, todo lo que dices es muy agradable y, bueno, tú sabes que te tengo mucho cariño, os lo tengo a todos, pero imaginarte que nosotros… La verdad, creo que has cometido un fallo.

—¿Ah, sí?

Quinn le miró fijamente la nuca, los hombros tensos y la perfecta curva de las caderas bajo los estrechos pantalones y se sintió frustrado. Claro que había cometido un fallo. Había sido una locura ir hasta allí. A pesar de lo bien que creía conocerla, ella iba a Courtlands a visitar a su madre. Era ella la que le importaba y no él.

<

—Lo siento si te he hecho pensar otra cosa —le siguió diciendo—. Me he divertido mucho contigo; no lo niego. Y si crees que me he aprovechado de ti por ello, por favor, perdóname. Pero nunca pensé o ni siquiera soñé que… —se paró ahí y se dio la vuelta para mirarlo de frente—. Quinn, te ruego que me creas, siempre seré tu amiga.

—Gracias —consiguió decir con algo de cinismo, después de una larga pausa—. Lo que estás diciendo me hace muy feliz. Muchas gracias.

—Quinn… —dijo Julia mordiéndose el labio inferior.

—Ya sé lo que vas a decir. Fui un estúpido al venir aquí; me doy cuenta —se paró para luego añadir de manera desafiante—. Dime, ¿si fuera rico y famoso hubiese tenido una oportunidad?

—Esto no tiene nada que ver con que seas o no esas cosas —exclamó con rapidez—. Por Dios, Quinn, ¿qué te imaginas que diría tu madre si escuchase lo que estás diciendo?

—¿Qué tiene que ver mi madre con todo esto? —preguntó con suavidad.

—Bastante, creo yo.

—¿Quieres decir que las cosas serian diferentes si no fuese por mi madre? ¿Si fuésemos extraños podríamos ser amigos?

—Somos amigos. ¿No acabo de decírtelo? —Julia estaba nerviosa y tuvo que hacer un esfuerzo para lograr mirarlo de nuevo—. Bien, si

estás seguro de que no quieres tomar nada…

—¿Quieres decir que podríamos ser más que amigos? —insistió despacio y escuchó el estremecedor suspiro que le recorrió el cuerpo.

—No; no es eso lo que quería decir —le costó un momento recomponerse—. No eres más que un muchacho, Quinn; tú no me entiendes.

—¿Tú crees? —dijo contemplándola atentamente—. ¿Es que no te parezco atractivo?

—¡Oh, Quinn! —exclamó rodeándose la cintura con los brazos y volviendo los ojos hacia el techo—. ¿Cómo puede parecerme un chico de diecisiete años… ?

—Dieciocho —la interrumpió rápidamente.

—… Atractivo? —terminó de decir Julia, ignorándolo—. Si eso fuese verdad, me acusarían de perversión de menores.

Quinn vaciló un momento.

—¿Y no es verdad?

—No —lo miró durante un instante para después retirar inmediatamente la mirada, como si no quisiese que Quinn leyese algo en sus ojos—. Quinn, por favor, no sigas con esto. No quiero perder tu amistad. Nos lo hemos pasado fenomenal juntos.

—¿Fenomenal? ¡Has estado muy distante conmigo durante los pasados seis meses!

—No es cierto…

—Sí que lo es. Creo que me tienes miedo. Temes lo que pueda pasar si te relajas.

Julia irguió la cabeza.

—Creo que estás abrigando demasiadas esperanzas. No tiene sentido continuar con esta conversación. Pienso que deberías marcharte.

Quinn se encogió de hombros.

—Si eso es lo que deseas…

—Es exactamente lo que quiero —le aseguró con firmeza.

Para ir hacia la puerta, Julia tenía que pasar por delante de él. Allí de pie, con las piernas separadas, constituía un obstáculo en su camino. Quinn no cesaba de repetirse que no estaban en Courtlands y que no saldría nadie a preguntarles lo que estaba pasando allí. Además Julia había dicho que el ama de llaves tenía la noche libre. Lo que ocurriese allí sería solo entre ellos.

—Perdona… ¿puedo pasar?

Se había detenido más o menos a un metro de él. Tenía la barbilla ligeramente erguida y los ojos serenos, aunque teñidos de aprensión.

Estaba claro que no pensaba que Quinn constituyese un peligro.

Quinn no se movió. Si quería pasar por delante de él, debería tomar ella la iniciativa.

—¿No crees que todo esto es algo ridículo? —preguntó al fin, visiblemente ansiosa.

Pero en lugar de contestarle, Quinn le pasó los nudillos por la mejilla, temblando ligeramente. Tenía la piel suave como la seda y sentía un calor que emanaba de su cara. Era la primera vez que hacía algo que pudiese considerarse íntimo y los sentimientos que le hacía evocar afloraron instantáneamente.

—¡No lo hagas! —exclamó Julia ahogándose, mientras le apartaba la mano—. Apártate de mi camino, Quinn —le ordenó, y este adivinó su pavor—. Estás haciendo el ridículo. Déjame pasar.

Quinn quería obedecerla. Todos los meses que había pasado admirándola a distancia le habían hecho respetarla inmensamente. Incluso un día antes a ese momento, habría hecho cualquier cosa para complacerla. Pero algo había cambiado; algo había ocurrido en los últimos minutos que le había demostrado que con obedecerla no conseguiría su respeto.

—Oblígame a hacerlo —dijo con un tono que le pareció sorprendentemente tranquilo, a pesar de estar sudando. Tenía que aprovechar ese momento, no tendría una oportunidad así otra vez.

—¡Esto es ridículo! —exclamó y dándose la vuelta intentó rodear el sofá para llegar por el otro lado.

Quinn tenía que hacer algo. Sin perder un instante, fue tras ella y le echó el brazo por la garganta. La manga de la camisa la llevaba arremangada, por lo que Julia notó el calor de su piel rozándole la barbilla.

—¿Estás loco…? —empezó a decir cuando él agachó la cabeza y le pasó la lengua por detrás de la oreja.

Con aquellas caricias el pulso se le aceleró de forma salvaje. Cuando la lengua de Quinn buscó su oreja, emitió un gemido sordo.

Pero no se separó de él. Al contrario, le permitió que la estrechara contra su pecho. Hubo un momento en que a Quinn le pareció sentir que Julia movía los labios, pero no pudo estar seguro.

—¿No te gusta? —la preguntó con voz ronca y sensual, a lo que ella contestó con un quejido de impotencia.

—No se trata de eso —consiguió decir temblorosa—. Tú, nosotros, no deberíamos estar haciendo esto; soy demasiado mayor para ti.

—¿Por qué no me dejas que sea yo el que juzgue eso? —sugirió Quinn insistentemente, aunque la había notado ligeramente nerviosa al hablar. Ya la tenía entre sus brazos, esa era la realidad, y estaba

casi seguro de que haría lo que le pidiese. Pero las experiencias que había tenido en el asiento de atrás de algunos coches no le habían preparado para todo aquello.

—Quinn…

Notó que le estaba dando demasiado tiempo para pensar y echarse atrás, pues no la veía del todo convencida. En un impulso, le volvió la cara hacia él.

—Cállate —la ordenó bruscamente, para seguidamente besarla en la boca.

Nada más saborear aquellos labios que tanto había anhelado besar, la cabeza empezó a darle vueltas. Había pasado tantas noches soñando con eso que llegó a pensar que la realidad nunca sería tan maravillosa. Pero se equivocó; era mejor de lo que había imaginado. Su boca empezó a mezclarse con la de él en una tierna búsqueda.

Le acarició las sienes antes de hundir los dedos completamente en aquella espesa mata de pelo. Cuando Julia lo agarró por la cintura, él ya había perdido el control. Le había introducido la lengua en la boca y ella la había recibió mordiéndola con delicadeza y succionando la punta. Comenzó a sentir cómo le hundía los dedos en las caderas; fue una sensación que le recorrió de arriba abajo. Los dos cuerpos se unieron y sintió la presión de aquellos pechos contra él. Enseguida se dio cuenta de que no llevaba puesto sujetador y aquel hallazgo le hizo experimentar una nueva sensación de calor en el vientre. Además advirtió que los pantalones le empezaban a apretar cada vez más, según aumentaba su excitación.

—Oh, Quinn —la oyó decir suavemente y pensó que iba a rechazarlo. Pero seguidamente le rodeó el cuello con los brazos y levantó una pierna para acariciarle la pantorrilla con la planta del pie.

—Oh, Dios —gimió, dándose cuenta de que no era el único que parecía estar perdiendo el control.

La tomó de la cintura deleitándose con el suave tacto de su piel, mientras hundía la cara en su cuello.

Julia le pasó los dedos por el cabello, acariciándole la nuca, produciéndole una sensación que le recorrió toda la espalda. Hasta ese momento no sabía que tuviese tantas zonas erógenas, pero ella las había descubierto enseguida. Solo con tocarle esa parte de su cuerpo le estaba volviendo loco, atormentándole más allá de lo que podía soportar con la sensualidad de sus manos.

—¿Nos sentamos? —sugirió ella, con la voz cargada de erotismo.

Cuando lo atrajo hacia la aterciopelada suavidad del sofá burdeos, Quinn no opuso resistencia alguna. Estaba borracho de sus cálidos besos. Al inclinarse sobre ella, Julia medio se dejó caer sobre los

cojines.

Tenía la blusa medio levantada. Con las palmas de las manos sudándole, Quinn las deslizó sobre sus pezones, percibiendo la dureza de estos, deleitándose con lo vulnerables que se volvían bajo sus caricias. Cuando bajó la cabeza para besarlos, Julia arqueó el pecho, y él introdujo una de aquellas hinchadas aureolas en su boca.

Reaccionó guiado por su instinto y comenzó a succionar con gusto. Gimió interiormente; nunca había soñado con hacer algo así. Pero ya que había comenzado, no deseaba parar.

Ella empezó a desabrocharle la camisa, quitándosela lentamente, arañándole la espalda con las uñas mientras lo hacía. Le agarró del pelo y le levantó la cara a la altura de la suya. Y sus bocas se unieron en un húmedo abrazo.

Quinn sabía que iba a hacer el ridículo. Sus experiencias anteriores con chicas de su edad siempre habían terminado demasiado apresuradamente. Además recordó de pronto que no llevaba consigo preservativos. Y la verdad era que había estado demasiado nervioso como para acordarse de llevarlos. Había soñado con hacerle el amor a Julia durante meses. Tomarla entre sus brazos, besarla; esas habían constituido sus únicas fantasías.

Pero mientras ella le desabrochaba el botón de la cinturilla del pantalón con sus delgados y delicados dedos, empezó a creer que aquel sueño iba a convertirse en realidad. Y cuando la fuerza de su erección hizo que la cremallera se abriese, no hubo vuelta atrás. Además, le resultaba extremadamente difícil pensar racionalmente mientras ella lo tocaba. Tomó aliento y expulsó el aire estremeciéndose. ¿Difícil?

Imposible se acercaba más a la verdad.

Capítulo 9

—LO SÉ, Vane, lo siento.

A Julia le estaba costando trabajo poder meter baza. Desde que levantó el auricular para llamar a su agente y decirle que *Harold y el Dragón de las Nieves* no iba a poder estar terminada para finales de mes, como había prometido, no le había concedido la oportunidad de explicarse.

—Algo va mal, ¿verdad? —Vane Roberts era una persona muy perspicaz y se dio cuenta de que Julia estaba ocultando algo—. ¿Está Jake enfermo? ¿Tiene problemas en el colegio? ¿Necesitas ayuda? No me digas que sufres del típico bloqueo mental porque no lo creo.

Julia suspiró.

—Jake está bien —contestó, aliviada de al menos no tener que mentir en eso—. Tanto en el colegio como en todo lo demás. Solo es que estoy algo intranquila últimamente —suspiró—. Estoy pensando en mudarme. Creo que nos vendría bien a los dos cambiar de ambiente.

—¿Cambiar de ambiente? —Vane pareció muy sorprendido—. ¿Quieres decir mudarte a una casa nueva? ¿Qué le pasa a la que tienes? Una vez me dijiste que era la casa de tus sueños.

—No se trata solo de mudarme de casa. —Julia dijo con rapidez—. Estoy pensando en irme a otra isla. Cambiar de escena completamente. ¿Quién sabe? —intentó parecer optimista—. Puede ser que contribuya a aumentar mi inspiración.

—Yo opino que tu inspiración funciona perfectamente —respondió Vane bruscamente—. ¿Y qué isla? ¿Antigua? ¿Barbados?

—Creo que las Islas Fiji son muy bonitas —contestó Julia, adelantándose a la furiosa reacción de Vane y sin darse por aludida—. ¿O quizá Tahití?

—¿Tahití? —Vane casi no podía hablar—. ¿No lo dirás en serio? ¡Julia, no me fastidies!

—¿Por qué no? —contestó, intentando hacer caso omiso a su frustración—. Mientras sigas recibiendo los manuscritos a tiempo, no veo por qué tiene que importar el lugar donde yo resida.

—¿Pero cuándo vas a mandarme este en particular? —preguntó Vane, volviendo al problema que le interesaba—. ¿Tienes idea del trastorno que causaría el paso que quieres dar? ¿Cómo sabes si podrás trabajar a gusto en Tahití? Es una isla francófona.

¿Habla Jake francés? ¿Y tú?

—Yo no he dicho que hubiese elegido Tahití —respondió Julia con premura.

La verdad era que no se le había ocurrido pensar en el problema del idioma. No había sido capaz de pensar con claridad desde que Quinn salió de su casa como un loco. Además, la insistencia de Vane la estaba poniendo en un aprieto.

—Bien, gracias a Dios. La verdad, Julia, no sé qué te ocurre. Mi olfato me hace pensar que todo esto tiene que ver con un hombre. Pero tú eres tan independiente, que me extraña que dejes que un tipo te haga huir.

—No se te puede ocurrir que desee un cambio, ¿no? Llevo casi diez años viviendo aquí. ¿Por qué te parece tan extraño que quiera marcharme a otro lugar?

—Si solo fuese por eso, seguramente estaría de acuerdo contigo —respondió Vane, también indignado—. ¡Tómate unas vacaciones, pero termina Harold primero, por favor!

Después de un momento, Julia colgó el teléfono sin prometerle nada. Después de todo, el caso no era que quisiera en realidad mudarse. Ella se había adaptado muy bien a ese lugar y Jake también. Sabía que tarde o temprano tendría que pensar en su formación académica superior, pero no era algo que quisiera considerar en aquel momento.

Claro que había habido veces en que le hubiera gustado cambiar de entorno.

Había pasado mucho tiempo viajando de un lado a otro cuando hacía películas y a veces se le hacía difícil estar confinada en un lugar. Hacía años que pensaba en encontrar un lugar nuevo; pero aquello solo habían sido castillos en el aire, resultado de su soledad.

Lo cierto era que desde hacía seis o siete años no había contemplado seriamente la posibilidad de mudarse. Por una parte se debía al miedo. La vida en San Jacinto había limitado sus metas y la idea de enfrentarse a situaciones nuevas y personas desconocidas empezaba a perder atractivo. Pero por otra parte reconocía que la isla había sido su refugio y santuario. Se había adaptado, aprendido a relajarse, y de no haberla encontrado nadie, le gustaría quedarse allí.

Pero la habían encontrado. Y sabía que volverían a irrumpir en su vida privada.

Quinn podía haber salido de allí encolerizado, pero eso no quería decir que no fuese a volver. Al contrario, después de lo que había pasado, estaría deseando poner a prueba sus aptitudes. El odio iba siempre unido a la venganza.

Suspiró. ¿Pero cómo podía haber adivinado lo que iba a ocurrir?

Dios mío, ella no le había invitado en ninguna de las dos ocasiones. ¡Y la excusa de que había entrado en su habitación, solamente para poder interrogarla! Meneó la cabeza. ¿Quién se creía él que era ella? ¿Una estúpida que se tragase sus mentiras?

Pero no todo había salido como él había planeado. Claro que aquello no le servía de mucho consuelo. Aunque él debía de estar molesto solo de pensar en la oportunidad que se le había escapado. Se lo merecía, por intentar intimidarla.

La respuesta de Quinn, su sarcasmo, la burla con la que se había paseado por el salón; todo ello eran recuerdos que simplemente prefería olvidar. Julia se había dado cuenta de que todavía podía seguir excitándolo. ¿Y qué? Quinn era un hombre y a lo mejor echaba de menos a su novia. No presumió que fuese más que por eso. Y aun así se había puesto tan furioso…

De pronto se llevó la mano a la garganta con aprensión. Tenía motivos para sentirse amenazada. Quinn era un hombre peligroso. Además, si sentía tal resentimiento hacia ella sin saber lo de Jake, ¿cómo sería si se enterase?

Cuando Julia abrió los ojos, todavía había luz.

Por un momento, se sintió desorientada, incapaz de recordar lo que había ocurrido la noche anterior, o cómo había llegado a la cama. No se acordaba de haber apagado las luces, de haberse desvestido ni metido en la cama desnuda. ¿Dónde estaba su camisón de raso?

No era que tuviese frío en ese momento, pensó estirando una pierna completamente para retirarla rápidamente al tocar con la suya otra pierna. Solo la tocó durante un segundo, pero había notado el vello. ¡Estaba en la cama con un hombre!

¿Pero quién?

No. No quería creerlo, pero al volver la cabeza tuvo que plantarle cara a lo que más se temía.

Quinn estaba tumbado a su lado, boca abajo, con un brazo metido debajo de la almohada. Estaba dormido. Tenía el pelo revuelto y la boca ligeramente abierta.

Contempló las espesas pestañas negras que descansaban inmóviles sobre las mejillas.

«¡Es tan atractivo!», pensó, sintiendo un escalofrío por tener que enfrentarse a la realidad de lo que sentía. «¡Tan guapo y tan joven!». Dios santo, ¿qué era lo que había hecho?

Se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración y expulsó el aire con un pequeño suspiro. Luego, humedeciéndose los labios, intentó enfrentarse a los hechos. Quinn había llegado allí sin ser invitado y por alguna razón se había abalanzado sobre ella. ¡Y ella

se lo había permitido! Solo de pensarlo se ponía histérica. Se había acostado con el hijo de Isabel; había permitido que el hijo de Isabel le hiciera el amor.

No podía seguir allí, como su madre la trajo al mundo, sabiendo que podría despertarse en cualquier momento. Lo que más se temía era que quizá no sería capaz de resistirse si Quinn se despertaba. Poco a poco, iba recordando todo lo que había pasado la noche anterior, y su propio comportamiento se le antojaba cada vez más ilógico.

Pero al mismo tiempo recordó que había estado totalmente desinhibida. Y aquello era algo que no le había ocurrido nunca, puesto que ningún hombre la había estimulado como lo había hecho Quinn. Jamás había sentido las mismas sensaciones en brazos de otro.

¿Cómo había ocurrido? ¿Por qué no había experimentado la indiferencia que la había servido de escudo en el pasado, cuando el cuerpo joven y fuerte de Quinn la había inmovilizado sobre el sofá? Y no fue porque fuese particularmente experto.

Bueno, por lo menos al principio. Había alcanzado el clímax prematuramente y se había disculpado. Lo cual debería haberla hecho razonar, pero no había sido así.

La verdad era que, a pesar de su inexperiencia, le había hecho cosas extraordinarias con las manos y la boca. Por primera vez en su vida, ella se había entregado completamente, libremente, sin trabas.

Y había recibido tanto a cambio, recordó cerrando los ojos momentáneamente para apreciar las vivas imágenes que evocaban sus pensamientos. Quinn se había mostrado tan apasionado, tan enérgico, tan imaginativo. Rápidamente se había convertido en un maestro en aquella tarea.

Aun entonces, después de varias horas, todavía sentía la poderosa fuerza de Quinn dentro de ella. Ella, que siempre se había creído inmune a las debilidades de la carne, se había sentido perdida bajo sus manos. Le había dejado hacer todo con ella y había contribuido por su parte con algunas ideas.

El recuerdo de ella conduciéndolo a su cama, montándose a horcajadas sobre él, provocándole con sus pechos, la hizo estremecerse de nuevo. ¿Qué había hecho?

Debía de haber estado loca. ¿Y cuándo se había tomado la píldora por última vez?

Aquel pensamiento en particular le hizo salir de la cama como una exhalación, no sin antes ponerse la bata de seda. Se quedó parada un momento, temiendo que la brusquedad de sus movimientos le hubiera despertado. Parecía que no. Dios mío, ella que siempre había predicado las ventajas del sexo seguro, no había tomado ninguna precaución. No solo se había traicionado a sí misma, también había

arriesgado su vida y su carrera.

Expulsó el aire de los pulmones despacio, intentando tranquilizarse. ¿Qué era lo que siempre se decía a sí misma? «No te acuestes con nadie sin usar ningún tipo de protección». Y la verdad era que Quinn había protestado por no llevar nada encima.

Pero para entonces ya estaba en el séptimo cielo y no se preocupó.

Meneó la cabeza. No merecía la pena pensar en eso. Ya era demasiado tarde de todas formas y, como llevaba tomando la píldora un tiempo, pensó que no tendría nada que temer. Quinn no le parecía el tipo de joven que pasaba de una cama a otra.

Era demasiado inteligente. Probablemente conocía los peligros mejor que ella.

Lo que necesitaba en ese momento era una buena taza de café; después de eso se sentiría mejor. A lo mejor la ayudaba a entender por qué se había comportado así.

Solo sabía que aquel no era un comportamiento usual en ella.

Quería ponerse algo de ropa encima antes de ver a Quinn otra vez. Le hubiese gustado darse una ducha en su cuarto de baño, pero no quería despertarlo. Pensó en utilizar el baño de invitados mientras se hacía el café. Temía lo que pudiese pasar si Quinn la encontrase desnuda. Temía su propia reacción. La noche anterior había visto lo impredecibles que resultaron sus propios sentimientos. Por nada del mundo volvería a ser tan imprudente. A lo mejor con el tiempo aceptaba la situación, pero decidió que tenía que reducir las visitas a Courtlands.

Se quedó mirando ausente por la ventana aunque el café ya estaba preparado.

Estaba en esa posición cuando él se acercó por detrás. Lo primero que sintió fueron sus brazos rodeándole la cintura con posesión. Al sentir la excitación de su esbelto cuerpo presionado contra la espalda, se le aceleró la respiración. No llevaba nada puesto; eso se notaba. Notó su boca a la altura del cuello, su calor, el roce de sus labios.

—Te he echado de menos —dijo antes de que pudiera volver a la realidad. Suavemente le dio pequeños mordiscos en el cuello—. Ven a la cama.

Su conciencia la avisaba de lo que tenía que hacer, a pesar de que su corazón y su cuerpo le decían otras cosas.

—No —le contestó, todavía dándole la espalda, temerosa de su reacción si lo miraba—. Te sugiero que vayas a vestirte. Tu ropa está en el salón, creo —y añadió con calma—. ¿No tienes clases hoy por la mañana?

—¿Clases? —respondió Quinn, vagamente sardónico.

—Se supone que deberías estar en la facultad ¿no? ¿Acaso tus padres no piensan que estás allí?

—Ah, ya lo entiendo —respondió con desprecio—. Venga, ponte a hablar de mis padres, estropéalo todo. ¿No es eso lo que quieres?

Julia se irguió.

—No me apetece hablar de eso ahora mismo —replicó firmemente —. Pero, ya que lo mencionas, sí. Preferiría que pensaras en lo de anoche como en una simple…

—¿Aventura de una noche?

—Pues, bueno, sí.

—¿Por qué?

—¿Por qué?

Se volvió hacia él y por un momento le costó hablar. Era tan apuesto, tan natural.

¿Cómo podía decir lo que tenía la obligación de decir cuando sus sentimientos estaban tan confusos?

—Creo que entiendes lo que quiero decirte —consiguió decir, tartamudeando.

Pero si pensó que aquellas palabras le llegarían a la conciencia, se equivocó. Con una sonrisa perezosa, se acercó a Julia. Al momento siguiente, estaba entre sus brazos.

—Creo que quieres lo mismo que yo —le dijo Quinn, desatándole el cinturón de la bata y deslizando la mano hasta la piel desnuda. La atrajo hacia sí con sensualidad—. Eso es. ¿No te gusta más esto? —miró a la parte de sus cuerpos que estaba unida y sonrió triunfante—. Creo que deberíamos volver a la cama, ¿no te parece?

Y aquel fue el principio de su aventura.

A pesar de todas las veces que Julia se dijo a sí misma que aquello no debía continuar, lo hizo. Por estúpido que pudiera parecer, estaba loca por él. Aunque sabía que lo que estaban haciendo estaba mal, estaba enamorada.

Nunca había estado enamorada antes. Lo supo desde el principio de la relación y a veces le daba miedo pensar en ello. Era el éxtasis, era mágico, pero acabaría.

Tarde o temprano, Quinn se aburriría de ella. Encontraría otra novia de su edad, y se separarían. Él se cansaría de mantener la relación en secreto. Se buscaría a alguien que sus padres aceptasen.

Pero no sería ella. Sus padres nunca aceptarían a una mujer nueve años mayor que su primogénito, que tenía la reputación, real o ficticia, de acostarse con cada galán que se cruzaba en su camino. Los Marriott se quedarían horrorizados, aunque solo sospechasen. ¡La

amante del heredero de Courtlands era una amiga de su madre!

Claro que Quinn no aceptaba nada de eso. Rechazaba sus hipótesis cada vez, pacientemente, utilizando todos los medios en su poder para demostrar su intención.

Y era cierto; parecía cada vez más enamorado de ella, según pasaba el tiempo. Tanto que sugirió contarle a su familia que eran amantes.

Pero Julia le paró los pies en ese tema. A pesar de las protestas de Quinn ante su intransigencia, se aferraba a su idea obstinadamente. Y la única manera de convencerlo era amenazándolo con dejar de verlo.

Mantener la relación en secreto no era fácil, especialmente en aquellas ocasiones en que la invitaban a Courtlands y no era capaz de encontrar una excusa adecuada.

Julia meneó la cabeza recordando la sorpresa que había recibido aquella Navidad. Cuatro días antes de la fiesta, su médico le había confirmado que estaba embarazada. Las precauciones que tomase después habían llegado con retraso. Debía de haber ocurrido la primera vez que se acostó con Quinn.

Aquella fue la peor semana de su vida. Había pasado otro fin de semana en Courtlands desde que empezara a salir con Quinn, cerciorándose en aquella ocasión que él no iba a estar allí. Pero esa vez Quinn se había presentado en su habitación la primera noche que llegó, insistiendo en que nadie se daría cuenta de nada, puesto que había muchos otros invitados en la casa solariega. Y aunque Julia intentó echarlo, al final se quedó. Una vez más había pasado la noche en su cama y ella había ocultado sus preocupaciones, refugiándose entre sus brazos.

Pero por la mañana ya sabía lo que tenía que hacer. Se pasó el resto de las vacaciones intentando convencerle de que su aventura había terminado. Una vez tomada aquella decisión, solamente le restaba cerrar la puerta con llave. Y aunque continuaba insistiéndole, no se echó atrás.

Volviendo la vista atrás, se daba cuenta que lo que le había empujado a rechazarlo había sido solo el miedo a lo que pudiese pasar si los Marriott se enterasen de que estaba esperando un hijo de Quinn.

En aquel momento no había trazado ningún plan de lo que haría al marcharse de Courtlands. Solamente se daba cuenta de que tenía que romper con todo antes de que sus nervios, y su cuerpo, la traicionasen. Quería tener aquel hijo; ese no había sido el problema. Pero cómo iba a ocuparse de aquel asunto era otra cuestión.

Había logrado mantener a Quinn a raya hasta que se marchó a Los Ángeles. No le había costado demasiado trabajo: él tenía exámenes y ella había estado filmando los últimos capítulos de un drama para la televisión en Brighton. Adivinó que Quinn planeaba reavivar la

relación al término de los exámenes. La posibilidad de que ella abandonase el país no se le ocurrió nunca.

Resultaba irónico, pero se sintió igual de mal por el hecho de engañar a Isabel. A pesar de los miedos de Julia, la amistad con la madre de Quinn continuó siendo tan entrañable como siempre. ¿Pero cómo se sentiría si alguna vez supiese la verdad?

Realmente no le quedaba otra alternativa. Tenía que irse lejos de allí.

Nunca se le ocurrió la idea de abortar. El bebé era en gran medida la excusa que necesitaba. La estaba empujando a hacer algo que hacía mucho tiempo llevaba pensando. Y se aferró a aquel trocito de Quinn que era suyo, sin vuelta de hoja.

Además, su desaparición no pudo estar mejor orquestada. Arnold Newman, el dueño de los Estudios Intercontinental, la había invitado a Hollywood con vistas a ofrecerle un papel en su nueva película de ciencia ficción. Siempre se había llevado bien con Arnold. Era un tirano, pero también era una persona justa. Nadie que trabajase en Intercontinental tenía que preocuparse por que le fuesen a exigir otros servicios.

Sin embargo, se puso furioso cuando le dijo que se marchaba y que abandonaba los escenarios para tomarse un descanso. No era capaz de comprender cómo alguien en su posición podía siquiera considerar el abandono de una profesión tan lucrativa.

Al principio pensó que el dinero la haría cambiar de opinión.

Pero no fue así. Arnold no paraba de decirle lo ingrata que estaba siendo con él.

Claro que no podía contarle la verdadera razón por la que iba a abandonar su carrera.

Su pelea pasó a ser del dominio público. Debió de ser que alguno de su oficina se lo dijo a la prensa. En el mundillo del cine corrió la noticia de que Newman había prácticamente echado de su despacho a su actriz principal favorita. Julia se vio acosada por montones de reporteros deseosos de conocer la verdadera historia. Su suite del hotel de Los Ángeles se convirtió en una prisión. Le ofrecieron trabajo en los estudios de la competencia, pero ella estaba loca por escapar.

La única persona que sabía todo lo que estaba planeando era Benny Goldsmith.

Benny era su agente desde hacía más de diez años y aunque había recibido muchas ofertas para representarla, siempre permaneció leal al hombre que se había convertido en su amigo. Después de hacerle jurar que mantendría el secreto, le explicó las circunstancias de su dilema. No había forma posible de que Quinn y ella pudiesen tener una vida

juntos. Ella era famosa; con tristeza se dio cuenta de que era demasiado famosa. Y Quinn demasiado joven y vulnerable.

Al final, fue Benny el que organizó todo. Se encargó de sus finanzas y de que la prensa no la molestase. A través de él se instaló, pasado un tiempo, en La Vieja Bodega de Ron de San Jacinto, fingiendo una reciente viudedad que explicase el estar sola.

Después de dar a luz, Julia se dio cuenta de que ya no era tan fácilmente reconocible. Había engordado durante los meses en los que supervisó la restauración de la casa. Y no fue solo por el bebé. Le encantó el hecho de no tener que vigilar su dieta como hiciera antes y por ello se le abrió el apetito.

Tener el bebé le resultó fácil. Antes de tenerlo se había mudado ya a la casa. Una enfermera del pequeño hospital fue a vivir con ella una semana antes de nacer Jake.

El parto fue sencillo y Julia estuvo encantada de ser madre. El poder amamantar a su hijo fue para ella uno de los momentos más importantes de su vida.

Y allí se había quedado, pensaba con pena, hasta que un ambicioso productor de televisión, desesperado por subir los índices de audiencia de sus programas, concibió la idea de intentar encontrarla. El pobre Benny debió de pasarlo mal, evitando a los periodistas cuando ella desapareció del mapa. Al morir, Julia le echó muchísimo de menos, a pesar de que no mantuvieron demasiado contacto en los últimos años. Pero nunca imaginó que su muerte desvelaría lo que tan celosamente guardó en vida.

Pero no tuvo más remedio que actuar como lo hizo. Dijese Quinn lo que dijera, estaba segura de haber hecho lo correcto. Además, él mismo le había dado buena prueba de ello; le había dicho que había otra persona en su vida. Él era el heredero de Courtlands, el futuro Lord Marriott. Por mucho cariño que Isabel le hubiera profesado, nunca habría perdonado que se hubiese casado con su hijo.

Capítulo 10

SONÓ el despertador, pero Quinn ya estaba despierto, tumbado en la cama.

Apagó la persistente alarma y volvió a hundir la cabeza en la almohada.

Llevaba más de una hora mirando al techo, observando los reflejos de las luces de la calle sobre este, viendo cómo cambiaban los colores del amanecer. Era una mañana gris, pues no entraba el sol en su habitación. Solo se colaba el continuo zumbido del tráfico.

Tenía que levantarse, pensó. Pero la perspectiva de empezar el día le llenaba de desesperación. Desde que volvió de San Jacinto, hacía tres semanas, se había visto obligado a luchar contra una dosis de depresión que le asaltaba en cuanto abría los ojos y no le dejaba hasta el anochecer. Solo el alcohol que consumía por las noches le ayudaba a aligerar su agobio y a estar algo más sociable, cosa que le resultaba difícil desde su vuelta.

La verdad era que no debería haber vuelto, al menos hasta hablar con Julia otra vez. Aunque al salir de su casa no pensó en no volver a verla, al pensarlo después fríamente cambió de opinión. Todo lo que había logrado fue perpetuar la imagen de Julia en su recuerdo.

El día que se embarcó hacia Georgetown, deseaba cuanto antes poner tierra por medio. Se le ocurrió la locura de creer que la olvidaría, una vez que estuviese de vuelta en Londres. Pensó que podría apartarla a un lado y continuar con su vida, igual que tuvo que hacer ya una vez.

Hacía diez años, cuando desapareció de su vida, se quedó destrozado. Pasó seis meses como un zombie, incapaz de concentrarse en nada, menos aún en los estudios.

Se metió en líos con sus tutores, se saltó clases, empezó a beber y, en general, se abandonó.

Lo que pensaron sus padres, nunca lo supo. Probablemente pensarían que era la rebeldía propia de la edad. Recordó que su madre se mostró algo más compasiva con él. Se preocupó por él y Quinn sabía que quiso desesperadamente que confiara en ella. ¿Pero de qué servía contarle la verdad cuando Julia había hecho un esfuerzo tan grande por ocultarla?

Además, encontró una especie de consuelo al compartir el miedo de su madre por Julia.

Con el paso del tiempo, la frustración se transformó en furia, esta

en resignación y finalmente se sintió liberado.

El hecho de encontrarse con ella de nuevo solo había conseguido resucitar su dolor.

¡Dios mío!

Se levantó pesadamente de la cama, gimiendo angustiado y se acercó a la ventana, mirando ausente a través de ella. Su apartamento, situado en la penúltima planta de una torre de pisos cerca de Knightsbridge, gozaba de unas increíbles vistas de la ciudad. Pero él ni se enteraba. Estaba lloviendo; el tiempo estaba como su humor.

¿Qué iba a hacer?

Sabía lo que debería haber hecho nada más volver del Caribe. Y la verdad era que no decir nada sobre su paradero no era parte del plan. Tendría que haberle contado a Hector que la había encontrado, en vez de aquella sarta de mentiras.

Pero una vez más su propio interés en el asunto se había convertido en un obstáculo. Igual que cuando Susan le preguntó por Julia, hizo lo posible para despistar a Hector. Sí, le contó que había vivido en la isla hacía tiempo, pero que ya no estaba allí. La mujer con la que había hablado Neville decía la verdad.

Era un disparate. ¿Por qué protegía a una mujer que lo había maltratado tanto?

¿Por qué se estaba jugando su carrera y su integridad por un capricho? Ella no se lo agradecería. Probablemente le parecería ridículo. Y si Hector se enterase algún día, lo echaría a la calle inmediatamente.

Contarle a su madre la misma historia no le había resultado nada fácil. Había esperado con emoción alguna noticia suya. Él sabía que a su madre también le había dolido mucho el abandono de Julia y por ello tendría que haberle contado la verdad.

Susan, al contrario, se había mostrado indiferente. Nunca le había parecido tan maravillosa la idea de resucitar a una de las celebridades del pasado. Ojalá Hector pensase igual que ella, pensaba Quinn con amargura. De haber sido así, no hubiese sido la víctima de sus propias mentiras.

Deseó ser más como Matthew. Su hermano nunca se había metido en los líos que él. En cuanto pudo subirse a un caballo, Matt se sintió feliz corriendo por los campos de la finca, con media docena de lebreles a sus talones. Era el tipo de hijo que su padre habría deseado también en su heredero; alguien sin ambición, contento con el destino que le había tocado.

Eso no significaba que Quinn despreciase a su hermano por ello. El hecho de que sus necesidades no fuesen las mismas no las hacía

mejores. Y últimamente tenía dudas sobre la carrera que había elegido. Sobre todo desde que volvió de San Jacinto.

Se había dado cuenta de que no era tan insensible como él pensaba.

Y lo cierto era que la sensibilidad no era la cualidad que Hector más admirara. Su jefe era ante todo un periodista, y el tener consideración con los sentimientos ajenos ocupaba uno de los últimos puestos en su lista de prioridades. Le había dicho ya que no podía permitirse el lujo de ser melindroso. En resumen, que los escrúpulos eran un lujo prohibido en su profesión.

¿Pero cómo traicionar a Julia, revelándole a los medios de comunicación su paradero? ¿Cómo la habría afectado si la hubiera expuesto a un análisis público? ¿Y a su hijo?

Jake…

Quinn se preguntó lo que sentiría el chico acerca del comportamiento de su madre cuando fuese lo suficientemente mayor para entender. En ese momento se conformaba con vivir sin un padre o sin hermanos. Pero a lo mejor cambiaba de idea al llegar a la adolescencia.

Quinn frunció el ceño. Calculó que al niño le quedaban unos cuatro o cinco años para cumplir trece. Un chico de esa edad era más difícil de manejar que uno de ocho o nueve. Dentro de muy poco tiempo empezaría a hacer preguntas difíciles como,

¿por qué su madre y su padre no vivían juntos? O ¿por qué su padre no se interesaba por él?

Quinn expulsó el aire con un sonoro suspiro, golpeando con frustración el marco de la ventana con el puño. Bueno, al menos él había contribuido un poco para protegerles. Y aunque en ese momento pudiera parecer una locura, ya no podía volverse atrás. Sentía una oleada de compasión hacia Julia y su hijo. ¿O sería otra cosa? No sabría decirlo.

El timbre de la puerta sonó de repente. Quinn echó un vistazo al despertador de la mesilla. No eran más que las ocho menos cuarto. Debía de ser Susan, pensó con resignación. El portero no dejaría entrar a nadie más sin avisarlo.

Probablemente habría estado intentando entrar con la llave que él mismo le había dado seis meses antes. Pero la noche antes había echado el pestillo antes de meterse en la cama. No podría entrar si él no le abría la puerta.

Estuvo tentado de no contestar, pero lo descartó enseguida. Si no abría la puerta, seguramente bajaría para llamarle por el telefonillo. ¿Qué pensaría el portero, sobre todo sabiendo que estaba en casa?

El timbre volvió a sonar y se arrastró hasta la puerta, señal de que

su relación con Susan no funcionaba muy bien desde que sufría aquella crisis. Se preguntó si le importaba que no hubiesen dormido juntos desde que él volviera del Caribe.

—¿Dónde estabas? ¿En la ducha? —preguntó cuando Quinn abrió la puerta. Pero al verlo en pijama y con el pelo revuelto le dijo—. ¿Estabas esperándome para ducharte conmigo?

Quinn rechazó su sugerencia con el silencio, pero intentó suavizarlo con una leve sonrisa.

—Si tuviera tiempo —murmuró, mientras ella cerraba la puerta y se dirigía a la cocina—. Esto, estoy haciendo café. ¿Quieres uno?

—Si tienes tiempo. —Susan respondió con amargura y su expresión reveló una hostilidad que parecía haber estado ocultando hasta entonces—. ¿Y dónde estabas ayer por la noche? Esperaba que fueras a la fiesta de Karen. Tomé un taxi para ir hasta allí y después me vi obligada a pedirle a uno de sus hermanos que me llevara a casa.

Quinn profirió un gemido.

—¡Dios mío! —exclamó—. Lo siento —se había olvidado de la fiesta completamente. La noche antes había pasado varias horas en la barra del bar cercano a su casa. No sabía la hora a la que había llegado a casa, solo que era tarde—. Yo… bueno, salí.

—Eso ya lo sé. Te llamé por teléfono varias veces —añadió—. Y a juzgar por la pinta que tienes estuviste por ahí hasta las tantas.

—No —dijo Quinn tranquilamente mientras servía el café—. Creo que llegué a casa sobre la medianoche. Solamente estoy algo cansado, eso es todo.

—Podrías haberme llamado.

—¿A las doce? ¿Te hubiera pillado allí? —Quinn se sintió más seguro.

—Quizás no —apretó los labios—. Podrías haberte pasado por casa de Karen. A ella no le habría importado; la gente siempre se presenta tarde a las fiestas.

—Estaba cansado —dijo Quinn secamente, dándose cuenta demasiado tarde de que podría haber mentido y haberle dicho que había llamado. Pero ya había mentido bastante. Mucho se temía que todo aquello acabaría hiriéndoles tanto a ella como a él.

—Bueno, de acuerdo… —Susan apoyó los codos sobre la encimera —. Supongo que tendré que perdonarte. Aunque me resulta embarazoso cuando la gente me pregunta si todavía estamos juntos. ¿Te das cuenta de que no has dormido ni una sola vez en St. George's Square desde que volviste de San Jacinto? —hizo una pausa, mordiéndose el labio superior, luego continuó sin ganas—. ¿Es que alguien te ha contado lo que pasó en Courtlands? ¿Es por eso por lo

que te has vuelto tan… distante? Yo no tenía la intención, de verdad. Todavía te quiero, ¡te lo juro!

Quinn pestañeó. Durante una fracción de segundo pensó que estaba soñando.

Allí estaba él, preguntándose cómo decirle a Susan que quizá deberían dejar su relación durante una temporada y resultaba que ella le había tomado la delantera.

¿De qué estaba hablando? ¿Qué había pasado en Courtlands? La miró fijamente, con cara de no entender nada, pero evidentemente ella no se dio cuenta de esto.

—Tu madre te ha dicho algo ¿no es así? —exclamó, presionando las palmas de las manos contra la encimera e inclinándose hacia delante —. Pero… la verdad es que no puedes echarme toda la culpa a mí. Yo estaba muy dolida cuando te marchaste así. No quisiste llevarme contigo. Me di cuenta de eso desde el principio.

—Fue un viaje de trabajo, Suse.

—Yo no te habría estorbado —protestó—. Y tú sabes que no tenía nada que hacer. Por eso es por lo que me enviaste a Courtlands, para no sentirte culpable por dejarme aquí sola.

—No fue así. Pensé que te divertirías pasando un fin de semana en el campo.

Susan se encogió de hombros.

—La verdad es que sí lo pasé bien —reconoció—. Y Matthew estuvo tan amable conmigo… Me hizo sentirme como en casa.

—¿Matt?

Quinn pronunció el nombre de su hermano con cautela y Susan profirió un leve gemido.

—Yo no tuve la intención, Quinn; pero cuando me arrinconó en la biblioteca yo estaba tan desanimada.

Quinn empezaba a comprender. Pero al contrario de lo que sospechaba Susan, su madre no le había contado nada. Lady Marriott no era el tipo de madre que hablase de ninguno de sus hijos. A no ser que se tratase de un asunto de vida o muerte, por supuesto.

—Cuéntame lo que pasó. —Quinn la invitó y Susan comenzó a balancearse nerviosamente de un lado a otro.

—No hay mucho que contar —respondió—. Tu madre entró y nos sorprendió besándonos en el sofá —meneó la cabeza—. ¡Solo estábamos besándonos, por todos los santos! No es que me estuviera seduciendo o algo por el estilo.

—Suena como si os hubieseis puesto de acuerdo —comentó Quinn.

Sentía sobre todo alivio además de agradecimiento hacia su

hermano.

—Me imaginaba que ibas a decirme algo parecido —contestó con resentimiento—. A ti no te importan mis sentimientos en absoluto. Una mujer tiene sus necesidades Quinn. Necesita que le presten atención. Últimamente pareces pasártelo mejor con el ordenador que conmigo.

Quinn se encogió de hombros con un gesto desdeñoso.

—Ya veo.

—Pues bien, es verdad —una vez que había comenzado, Susan parecía estar dispuesta a demostrarle que tenía razón—. No puedes culparme porque me haya sentido atraída hacia otra persona. Si dedicases algo más de tiempo a nuestra relación, no me sentiría tentada a fijarme en otros.

—Entonces, en realidad significó algo para ti —afirmó, levantando la vista para mirarla—. Y si mi madre no hubiera interrumpido, podría discutirse quién sedujo a quién, ¿no es así? —No gimió—. ¡Maldito seas!

—Entonces, ¿te gusta Matt? Quiero decir, ¿te gusta de verdad?

—No lo puedo comparar contigo.

—No, pero sospecho que te conviene más. Sobre todo si heredase Courtlands.

Eso es verdaderamente lo que quieres, ¿no?

—¡No! —gritó Susan.

—Entonces si te dijese que estoy pensando en cederle el título y las fincas a Matt no te importaría, ¿verdad?

—No podrías hacerlo. —Susan dijo horrorizada.

—Quizá si podría. —Quinn vaciló—. He estado pensando en ello desde hace algún tiempo, la verdad. Tú sabes que nunca sería feliz haciéndome cargo de la casa y las fincas o galopando tras los perros de caza. Siempre he opinado que Matt está más preparado para ese tipo de vida que yo. Yo tengo la idea de hacer algo completamente diferente.

—¿Cómo qué? —preguntó Susan con sospecha.

—No estoy seguro. Me interesaría producir una serie de documentales para la televisión, si consiguiese el apoyo necesario. Pero la idea de vivir en Courtlands jamás me ha seducido.

—No te creo. Tú eres el futuro Lord Marriott. No puedes renunciar a ello así como así.

—Claro que puedo —dijo sirviendo el café—. Más vale que te lo creas, Suse. Yo no estoy hecho para llevar trajes de tweed y conducir un Range Rover.

—Solo dices todo esto por lo que vio tu madre —le acusó Susan con rabia, a lo que Quinn arqueó una ceja.

—Que yo sepa mi madre no ha visto nada —respondió—. La primera noticia que he tenido de tu aventura…

—¡No fue una aventura!

—… Con Matt ha sido de tus propios labios.

Susan se quedó anonadada.

—¡Cerdo!

—¿Acaso te he mentido? —dijo Quinn entrecerrando los ojos.

—No —concedió Susan después de un momento—. Pero sabías lo que yo creía y me has dejado seguir.

Quinn se quedó pensativo. Para ser sincero, reconocía que había utilizado la confesión de Susan para facilitar su causa particular. Después de ver a Julia, sus sentimientos hacia Susan no eran los mismos.

El olor del café le dio náuseas, y se inclinó sobre el fregadero. Ojalá Susan se marchase; ojalá supiese bien qué hacer. Su vida, que hasta entonces había sido tan simple, se estaba acercando al borde del abismo peligrosamente.

—¿Y por qué no has pasado ni una sola noche conmigo desde que te marchaste a buscar a esa mujer? —preguntó, escogiendo una pregunta que sorprendió a Quinn.

—Puede ser que sentía que algo había cambiado entre nosotros —la verdad era que había estado tan ocupado con sus propios sentimientos, que no se le había ocurrido pensar en los de ella.

Susan frunció el ceño. Quinn vio por su expresión que no le creía y no le extrañó.

Nunca se le había dado muy bien mentir.

—La encontraste, ¿no? —dijo, destrozándolo—. Dios mío, encontraste a Julia Harvey y no se lo has dicho a nadie.

—Suse…

—¡No lo niegues! —exclamó nerviosa—. Ahora me explico lo ausente que has estado desde que volviste —frunció el ceño—. Y estás enamorado de ella, ¿verdad?

Es eso, ¿no? —se calló un momento—. No te molestes en negarlo, lo leo en tus ojos.

De repente sonó el teléfono.

—Quinn —era la voz de su madre, pero se la notaba emocionada—. Quinn, enciende el televisor ahora mismo.

—Madre…

Quinn no tenía ganas de ver la televisión, pero Lady Marriott no

aceptó un no por respuesta.

—Hazlo —ordenó—. Es el canal satélite para el que trabajas. Están poniendo algo que tienes que ver.

No calculó el tiempo que estuvo ahí parado, contemplando la pantalla sin abrir la boca. Sintió como si le hubiesen succionado todo el aire que tenía en el cuerpo.

Fue un suspiro de Susan lo que le devolvió a la realidad.

—¡Dios mío, pero si es Julia Harvey! —exclamó. Meneó la cabeza, dándose cuenta de repente de lo absorto que estaba Quinn—. ¿Pero qué estará haciendo en Inglaterra? ¿Tú lo sabías?

Capítulo 11

—¿PERO CUÁNDO vuelves a casa mamá?

Jake dijo esto con un tono tan lastimero y su voz sonaba tan lejos que a Julia se le hizo un nudo en la garganta.

—Pronto, cariño, muy pronto —le dijo dulcemente—. El lunes vuelves al colegio y yo iré a buscarte el fin de semana que viene, ¿de acuerdo?

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —contestó tranquilizadora—. María te va a llevar al barco mañana por la tarde y cuando quieras echarme de menos ya estaré de vuelta.

—Te voy a echar de menos —dijo Jake, medio sollozando.

Julia no quería que llorase. Le había resultado mucho más fácil hacer las gestiones y marcharse mientras él estaba en el colegio. Sabía que hubiese resultado mucho más duro decirle adiós en persona. Y mucho más difícil todavía explicarle por qué no podía llevarlo consigo.

—¿Qué has hecho esta semana? —preguntó animadamente, deseando cambiar de tema—. Seguro que allí ha hecho mucho mejor tiempo. Aquí lleva toda la semana lloviendo y hace mucho frío.

—Ojalá pudiese estar ahí contigo —murmuró—. María me ha dicho que vas a aparecer en televisión. ¿Vas a ver al señor Marriott mientras estés allí?

—Lo dudo —contestó—. Supongo que estará muy ocupado.

—Si estuviese contigo, a lo mejor me habría enseñado los estudios de televisión. —Jake le recordó, con tono acusador—. Me dijo que me los mostraría si alguna vez fuese a Londres —hizo una pausa—. ¿Por qué no puedo ir contigo? ¿No crees que a la gente le gustaría conocerme a mí también?

—Claro que les gustaría —dijo Julia, con cuidado de no herir sus sentimientos—. Pero dudo mucho que te gustase estar aquí, en serio. Tengo que pasar mucho tiempo encerrada en el hotel; te aburrirías como una ostra.

—No es verdad.

Jake estaba empeñado en no dejarla colgar. Había llegado a un acuerdo con Westwind por el que se habían comprometido a mantener a la prensa alejada de su hijo. Era típico de Quinn que otra persona le hiciese el trabajo sucio. Julia no conocía a la chica que apareció unos días después de que él se marchara.

—Venga, estaré pronto de vuelta y te contaré todo lo que ha pasado. Pásame a María, ¿quieres cariño? Necesito hablar con ella.

—¿Has estado en los estudios de televisión? —insistió Jake.

—Brevemente —admitió por fin—. Están rodando el programa en el que voy a aparecer la semana que viene. Mientras tanto estoy aquí como si fuese una prisionera. Vamos, sé un buen chicho y déjame hablar con María.

—No me importaría salir en televisión —dijo Jake, ignorándola—, ni que la gente me reconociese en la calle; eso es fenomenal.

—No es fenomenal, créeme. —Julia se estaba empezando a arrepentir de haber hecho aquella llamada. Se sentía bastante cansada, tanto física como emocionalmente. Estaba muy nerviosa y el cansancio empezaba a hacerse patente.

—Pero tú eres famosa, mamá. Sammy dice que oyó a sus padres hablar de ti y que dijeron que tú eras una actriz de cine famosa en todo el mundo.

—Bueno, los padres de Sammy están exagerando. Ahora déjame hablar con María antes de que me enfade.

La conversación con María resultó algo forzada, después de lo que Jake le había revelado. Se preguntaba qué habría comentado la gente de la isla acerca de su viaje a Londres. Había tenido que contarles algo a María y su marido. Tendría que haber supuesto que se lo contarían a otras personas.

Pero ya era demasiado tarde para preocuparse por todo ello. La suerte ya estaba echada y no le quedaba otro remedio que continuar. Tenía muchísimas ganas de que todo aquello terminase de una vez.

Por el momento tenía que encontrar alguna manera de ocupar una noche más.

Hector Pickard la había invitado a cenar a su casa pero ella rechazó la invitación. Y el vestíbulo estaba lleno de periodistas esperando para abordarla, lo que significaba que tendría que quedarse allí metida hasta que se proyectase el programa. Se había pasado la vida escondiéndose. Esperaba que el futuro le deparase algo mejor.

En ese momento sonó el teléfono y Julia se puso tensa. ¿Qué pasaría?, se preguntó agotada, sabiendo que solo podría tratarse de la cadena de televisión.

—¿Señora Stewart? —sonó la voz de la recepcionista.

Julia se había empeñado en registrarse en el hotel bajo el nombre que utilizaba normalmente. Esperaba que fuese una forma de disminuir el número de curiosos.

—¿Sí?

—Oh, señora Stewart —dijo la recepcionista con voz empalagosa—.

Tiene usted una visita. Un tal señor Pickard. Dice que viene de los Estudios Westwind. ¿Quiere que le haga subir?

¿Pickard? ¿Qué le diría? Era el jefe de Quinn, el productor del programa especial de *Timeslip* que estaban filmando sobre su vida. Fue Hector Pickard quien envió a Quinn a San Jacinto. Si no se sintiese tan desvalida, le habría gustado retorcerle el pescuezo.

Y también a Quinn…

—Deme cinco minutos y luego mándemelo —dijo finalmente, sabiendo que no podía recibirlo con lo que llevaba puesto. Supuso que tendría que dar una imagen elegante y bien arreglada. Tal y como había aparecido en el programa matinal.

Julia resopló. La verdad era que odiaba aquella imagen con la que había aparecido en el programa. Se pasó horas maquillándose. Por primera vez en muchos años se sintió como la marioneta en la que su madre la había convertido. ¡Maldita sea, no pensaba cambiarse! Hector Pickard tendría que verla como verdaderamente era.

Solo concedió recogerse el pelo en una coleta con un pañuelo de seda.

Cuando llamaron a la puerta no vaciló antes de abrir. Había un guarda de seguridad al otro lado del pasillo y sabía que sería el hombre que estaba esperando.

Cuando se dio cuenta del engaño, Quinn ya estaba entrando en la habitación.

Era la única forma que había tenido de llegar hasta ella. Cuando la vio en televisión, supo que él sería la última persona a la que querría ver. Seguro que pensaba que estaba allí por culpa de él.

Pero tenía que verla. Tenía que saber si lo que entonces sospechaba era verdad.

Había sido un imbécil; de eso se había dado cuenta. Pero aun así le parecía tan increíble; todavía estaba muy sorprendido.

Ahora comprendía por qué había estado tan nerviosa cuando apareció por primera vez en su casa de San Jacinto y vio a Jake. Debía de haber estado temblando.

Seguramente pensó que vería algo familiar en el rostro del niño. Pero como era un estúpido, con la emoción de verla no se había dado cuenta de lo que tenía delante de sus ojos.

Fue Hector el que le hizo razonar, comentando sobre quién podría ser el padre del niño. El hecho de haberse comprometido a mantener al niño alejado de todo aquello no era una garantía. Quinn conocía bien a Pickard y sabía que no se daría por vencido hasta averiguar la verdad.

Menos mal que Hector no sospechaba que él tuviese nada que ver.

No había notado el silencio de Quinn y la expresión de asombro en su mirada. Había estado demasiado ocupado, amonestándolo por mentirle y dándole la orden de recoger sus cosas y abandonar el edificio.

Hector le había dicho que Jake tenía diez años. Entonces no tenía ocho o nueve como había pensado. Seguramente Julia ya estaría embarazada antes de desaparecer…

—¡Voy a gritar!

Sus primeras palabras fueron tan absurdas que Quinn no pudo por más que contemplarla con desprecio.

—Adelante —le dijo—. Solamente tendré que acercarme al redactor más próximo con todo lo que sé. Como por ejemplo la razón por la que acordaste venir hasta aquí.

No creo que te gustaría que se pusieran a interrogarte sobre la identidad de Jake,

¿verdad?

Quinn observó cómo Julia se ponía tensa. ¿Qué tipo de mujer era aquella? ¿Y por qué diablos le preocupaba?

—No te atreverías —contestó, pero involuntariamente dio un paso atrás que delataba su miedo.

—¿Ah, no? —le retó, cruzándose de brazos.

—Estoy segura de que tu jefe tendría algo que decir al respecto. Subirá de un momento a otro, o sea que no pienses que puedes intimidarme. Está en el vestíbulo en estos momentos, esperando a poder subir.

—¿No me digas?

El tono con que pronunció esa última frase la hizo sospechar.

—¿No me dirás que…?

—¿Que soy Hector Pickard? Pues sí, ese es mi apodo de esta noche. Siento decepcionarte pero es así.

Julia emitió un gritito y corrió hacia el cuarto de baño, pero Quinn se adelantó a ella, sorprendido de poder moverse con tanta rapidez a pesar de la cantidad de whisky que había tomado. La agarró del pelo, inmovilizándola.

—De eso nada —dijo con un tono muy desagradable—. Tenemos que hablar.

Vamos, ¿por qué no te sientas?

Julia hizo una mueca al percibir su aliento a alcohol.

—Estás borracho —le dijo con asco—. Si no, no estarías aquí.

—¿Por qué? No necesito estar borracho para enfrentarme a una mujer como tú —apretó los dientes con frustración, pero

seguidamente la soltó—. Haz lo que te pido antes de que te parta el cuello.

—¡Qué miedo! —contestó desafiándolo, aunque en realidad estaba temblando. Parecía como si supiera que la única forma de salir airosa de aquello era atacándolo. —¡Después de lo que has hecho, no sé cómo te atreves a dar la cara!

—¿Después de lo que yo he hecho? ¡Cómo te atreves tú a acusarme!

—¿Qué te ocurre? ¿Acaso otra persona te tuvo que reemplazar porque te pusiste nervioso?

Quinn la miró furioso. Dios mío, ¿creería de verdad lo que estaba diciendo o simplemente lo había dicho para darse más tiempo para pensar? Julia no podía creer que él tuviese algo que ver con que ella estuviese allí. Debería haber presenciado su entrevista con Hector. Eso lo habría aclarado todo.

—Oye, escucha —comenzó a decir Quinn.

Pero se detuvo al darse cuenta de que aquella no era la mejor manera de abordar todo aquello. No tenía por qué darle explicaciones. Él no había sido quien le había destrozado la vida. Ella era una mujer egoísta e interesada y él la despreciaba por ello.

Pero al mismo tiempo una vocecita le decía que no era así. Cuando estaba junto a ella, le resultaba difícil sostener esas creencias. La única necesidad imperiosa que sentía en esos momentos era la de acariciarla. A pesar de todo lo que pensaba de ella, seguía enamorado.

—No, escúchame tú a mí —su voz interrumpió sus pensamientos y tuvo que dejar de lado aquel vehemente deseo que le traicionaba—. Si me dejas en paz ahora mismo, olvidaré que has estado aquí. No le diré nada al señor Pickard si te vas,

¡fuera!

—Estás loca —se balanceó sobre los talones y por primera vez atisbó un rastro de terror en su mirada—. Ni siquiera hemos empezado, Jules. Vamos, sé buena chica y prepárame una copa.

—No soy una chica. —Julia le dijo fríamente.

—Y tampoco eres buena —se burló—. ¿Pero a quién le importa? Sé que estas suites están siempre equipadas con bebidas alcohólicas. O sea que búscame una botella de whisky antes de que pierda los estribos.

—Ya has bebido bastante.

Quinn la contempló enfurecido.

—¡No he bebido lo suficiente! Si lo hubiese hecho, no podría darme cuenta de lo guapa que estás. Tal vez te preocupe que no funcione. No temas, nunca ha resultado un problema para mí.

—¡Eres repugnante! —le indicó un pequeño mueble bar—. Sírvete

tú mismo.

Con un generoso vaso de whisky en la mano, se sintió algo más tranquilo. Pero solo de verla con esos pantalones tan ajustados sentía que su deseo sexual le traicionaba. ¿Por qué no era capaz de dejar de sentir lo que sentía por ella?

La contempló un momento más, balanceándose ligeramente.

—No sé lo que quieres que te diga —dijo Julia, poniéndose tensa al ver que se le acercaba—. No tiene sentido nada de lo que dices. Yo no quería estar aquí.

—Pues tampoco estás aquí por mi culpa —añadió Quinn, sentándose a su lado en el sofá—. Gracias a ti me he quedado sin empleo.

Julia no daba crédito a sus oídos.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo ha ocurrido eso? Pensé que el señor Pickard quería que me convencieses para venir aquí.

—Sí. Lo que pasó fue que yo no dije nada. Fingí no haberte encontrado. Hector me dejó que cavase mi propia tumba.

—¿Pero cómo…?

—No se fiaba de mí. Supongo que no puedo echárselo en cara. A fin de cuentas, no me comporté como un profesional. Pero él no tuvo que lidiar contigo, ¿no? Eres una señora muy lista. Creo que sabías lo que hacías desde un principio.

—Sí, claro. Por eso estoy aquí.

—No. Estás aquí porque tanto tú como yo cometimos un fallo. El bueno de Hector fue más listo de lo que nosotros pensábamos. Envió espías a la isla antes de que yo bajase del barco. Lo tenía todo bien organizado desde mucho antes.

—¿Espías?

—La pareja que estaba en el hotel —dijo Quinn, algo desanimado —. Había una pareja en el hotel haciendo como si estuviesen pasando su luna de miel.

—¿Entonces, la chica que vino a verme. Lisa Allott, no trabajaba para ti? —preguntó Julia con incredulidad, a lo que Quinn negó con la cabeza.

—Trabaja para Hector. Supongo que fue ella, no tú, la que registró mi habitación.

—¿Pero por qué?

—Como te he dicho antes, no confiaba en mí. Ya había fracasado con Hager; no podía permitirse otro fallo.

—¿Entonces por qué te envió a ti?

—Porque yo te conocía. Porque tenía que estar seguro que eras tú

antes de empezar a actuar. Sospechó que yo no iba a actuar como él quería; sospechó que yo tenía conciencia y tuvo razón.

—¡Oh, Quinn! —Julia cambió completamente de expresión. Su mirada se volvió dulce y lo miró con tanta compasión que a Quinn se le hizo un nudo en el estómago—. ¡Has perdido tu trabajo por mi culpa! —alargó un brazo y le puso la mano en la rodilla—. No me extraña que te sientas tan engañado. Lo siento muchísimo. No tenía ni idea.

Quería levantarse y decirle que su engaño había sido peor que el de Hector, pero los recuerdos que evocaban aquellos dedos le resultaban demasiado fuertes como para ignorarlos. Mientras dejaba el vaso a un lado y le tomaba la mano pensó que a lo mejor era un imbécil. ¿Pero por qué iba a ponérselo fácil a ella y difícil a sí mismo?

Además le resultaría más satisfactorio decirle lo que sabía cuando la hubiera seducido. O mejor cuando la hiciera suya.

—Quinn…

No iba a ser tan fácil, pensaba mientras Julia intentaba apartar la mano.

—Julia —contestó suavemente; ignorando su resistencia inicial, le tomó la mano y se la llevó a los labios—. ¿Me perdonas?

Julia no se dio cuenta de la ironía con la que lo había pronunciado. Pensaría que estaba arrepintiéndose de lo que había dicho, o quizá de la manera en que había conseguido entrar en la suite. Notó cómo Julia bajaba la guardia y se relajaba.

—Oh, Quinn —dijo agitada—. Claro que te perdono. —Quinn empezó a lamerle la punta de los dedos—. Pero, pero no pienso que esto sea muy sensato.

—¿Por qué no?

—Pensé que acordamos que olvidaríamos el pasado —dijo con la voz teñida de ansiedad.

—¿Quieres decir cuando te dije que eras una bruja? —murmuró, mordisqueándole el pulgar—. Me comporté como un estúpido aquella noche,

¿verdad?

—Yo… Yo no diría estúpido —aventuró con cautela—. Simplemente, estabas furioso.

—Extremadamente furioso —le confirmó, perdiendo la calma por un momento—. Pero solo porque te deseaba.

—Quinn, por favor…

Julia se había dado cuenta de que él no tenía ninguna intención de hacer lo que ella quería. Se le aceleró la respiración, Quinn lo notó al ver cómo su pecho subía y bajaba.

—Relájate —le dijo Quinn con voz ronca y sensual—. Ya no soy un niño, Jules. Ya sé de qué va todo esto. A lo mejor puedo incluso sorprenderte.

—¡Basta!

Quinn sonrió con cinismo.

—Sé que no sientes lo que dices —susurró, acariciándole el mentón con la mano que tenía libre—. ¿No sientes la curiosidad que siento yo por saber cómo funcionaría nuestra relación ahora?

—¡No!

Estaba horrorizada, pero Quinn no tenía la intención de desaprovechar aquel momento.

—Creo que sí —insistió, bajando la mano hasta el escote—. ¿Puedo desabrocharlo?

—¡No te atrevas! —exclamó, pero al no poder retirar su mano de la de Quinn, intentó cerrarse el escote con la otra—. Quinn, ten compasión…

—Compasión —repitió Quinn, ignorando los esfuerzos de Julia para desbaratarle los planes; desabrochándole el primer botón añadió—. ¿Te doy pena, Jules?

—Antes sí…

—No lo dudo.

—Hasta que abusaste de mi hospitalidad —gritó con furia—. No hagas que te odie, Quinn.

—No —concedió—. Esa no es mi intención —desabrochó otro botón—. Tengo otros propósitos completamente diferentes.

—Si me obligas a que haga el amor contigo…

—¡Espera! —Quinn la miró a los ojos, al tiempo que le desabrochaba el último de los botones y abría la camisa—. ¿Quién está obligando a quién? —protestó, antes de proferir una exclamación de resignación—. ¡Maldita sea, llevas sujetador! Cómo has cambiado.

—Déjame, Quinn.

—Lo haré —apartando la mirada de Julia, descubrió el cierre de la prenda de encaje y lo abrió—. Eso está mejor, ¿no te parece?

Se encogió cuando sintió sus dedos recorriéndole la piel desnuda, pero no pudo esconder la reacción a sus caricias. Sus senos se hincharon, los pezones más oscuros que nunca. Pero estaban tan firmes y bellos como siempre.

Al quitarle el encaje le temblaron los dedos. Tuvo que contenerse para no responder a aquella provocación. Pero la urgencia de enterrar su rostro en la suavidad de su piel era más fuerte que él; la estrechó entre sus brazos y buscó su boca.

Su boca…

Después se juró a sí mismo que había sido el alcohol, pero desde el momento en que rozó sus labios, se perdió. A pesar de todo lo que Julia le dijo gritando: que aquello estaba muy mal, que ella no deseaba nada de eso y que se arrepentiría al día siguiente, él no lo escuchó. El desprecio y el dolor que sentía lo ahogaban. Dios mío, no podía amarla, pero la deseaba tanto que le producía dolor.

Intentó recordar que estaba haciendo todo aquello para castigarla, que la magia que sentía con ella era ficticia. Pero las palabras que se le ocurrían sobre ella se le disolvían en la boca, negándose a salir. ¿Qué lugar ocupaba la verdad en su relación?

Ella le había mentido desde el principio. Y a lo mejor todavía seguía mintiéndole.

Pero en aquel momento las mentiras no significaban nada. Explorándole los labios con la lengua y metiéndosela en la boca para encontrar la dulzura dentro de ella, estaba a merced de su propia necesidad. Con una mano se sacó la camisa por fuera, gimiendo de satisfacción cuando los botones salieron disparados por toda la habitación y los cálidos pechos de Julia se estrellaron contra su piel.

—Oh, Dios…, Dios…

No sabía cuál de los dos había pronunciado aquellas palabras, dichas tan suavemente. La empujó hacia atrás, contra los cojines, anulando cualquier resistencia que pudiera haber opuesto bajo el pesado bulto de su cuerpo. Sentía cómo el deseo invadía dulcemente todo su ser. Al separar ella ligeramente las piernas, Quinn se colocó en la posición adecuada y empujó suavemente su erección hacia el origen de su deseo.

—Dios, Jules…

Esta vez sabía que había pronunciado su nombre. Esa era sin duda su voz: cálida y sensual, empapada de unos sentimientos que ya no podía negar. Nunca había conseguido negarlos, reconoció con fuerza para sus adentros. No era capaz de controlar el poder que ella ejercía sobre él, pero parecía que ella sentía lo mismo, pues se agarró a su cuello, presa también de excitación.

—Quinn…

Suspiró con voz tan sensual y ronca como la de él, mientras él enterraba la cara entre sus pechos. La piel de Julia le volvía loco. Con infinito placer, buscó uno de aquellos duros pezones y lo succionó con gusto. No le dedicó ninguna atención al otro pecho hasta que ella estaba sollozando de placer.

Bajo sus muslos, el cuerpo de Julia moviéndose le incitaba a un frenesí incontrolable. Encontró rápidamente la cinturilla de los

pantalones elásticos y se los bajó hasta quitárselos. Las braguitas de encaje que llevaba debajo no constituían protección alguna bajo su encendida mirada. Las apartó para poder presionar la cara contra la suavidad de su sexo y cada vez que volvían a su sitio agarraba el borde de encaje entre los dientes y lo apartaba insistentemente. Los rubios ricitos que se arremolinaban entre sus piernas estaban ya húmedos y el aroma de su excitación casi le volvió loco.

—Por favor…

Hundiéndole las manos en los hombros, levantó la cabeza con la mirada aturdida por el deseo.

—Sí —dijo y se desabrochó el cinturón, quitándose del todo la camisa y la cazadora—. Sí —dijo de nuevo, susurrando, alargando la vocal, mientras en los ojos de Julia veía el mismo ardor, la misma necesidad de satisfacer su deseo. Y penetró aquella vaina deliciosamente apretada con la dureza y fuerza de su sexo—. ¡Oh, siiiiiiií!

Se olvidó del espacio y el tiempo. El torbellino de su pasión le hizo descender, hasta que lo único que le mantuvo consciente era la necesidad latente y primitiva de su cuerpo. Estaba en el cielo y en el infierno a la vez. En el cielo porque estaba haciendo el amor con la mujer cuya imagen le había acechado durante diez años y en el infierno porque sabía que no duraría mucho. Él no duraría mucho. Su cuerpo ya le estaba apremiando para que se aliviase y solo a través de una gran fuerza de voluntad estaba consiguiendo prolongar el momento. Pero tarde o temprano tendría que rendirse, que dejarse llevar y cuando lo hiciese temió que la fuerza le dejase muerto.

—Jules —gruñó, mientras la necesidad que había estado conteniendo respondió a la creciente oleada de emociones que sacudían el cuerpo de ella. Le agarraba, le abrazaba con sus músculos, acelerando la urgencia que Quinn tenía para entregarse a ella y, cuando sintió sus convulsiones, su semilla explotó con fuerza y ardor dentro de su vientre…

Capítulo 12

JULIA hizo la maleta con tristeza. Solo unas doce horas más en Londres y estaría en el avión de vuelta a George Town. Debería sentirse alborozada y había sido así hasta hacía unos días. Aunque tenía muchas ganas de ver a su hijo, no quería dejar Inglaterra.

Debería sentirse completamente aliviada después de lo bien que había ido el programa de la noche anterior. Le habían hecho algunas preguntas acerca de la paternidad de Jake y estas habían sido algo más difíciles de responder. Pero en conjunto la entrevista no había sido tan temible como ella esperaba.

Sobre todo la gente estaba interesada en saber qué había estado haciendo. El hecho de haberse dedicado a una nueva profesión pareció satisfacer a la mayoría de los críticos. Después de todo, no era la primera actriz que abandonaba su profesión para dedicarse a otra cosa. Y una vez que se acreditase que ella era Julia Stewart, dejarían de poner tanto empeño en su pasado.

Pero la aparición de Quinn lo había cambiado todo. Sospechaba que había ido a verla solo para hacerle daño, pero no podía ignorar las emociones que su presencia había encendido de nuevo.

Al principio utilizó el bebé como excusa para romper con él y con todo. Pero no podía seguir utilizando a Jake. Él tenía su propia vida por delante.

Una vida de la que su padre se tendría que haber enterado hacía tiempo. ¿No había hecho la promesa de que un día le contaría a Jake la verdad? Y el hecho de decírselo a Jake significaría que posiblemente este lo hablase con Quinn. ¿Entonces por qué no se lo había contado a Quinn cuando tuvo la oportunidad?

Admitió que no lo había hecho por miedo. Había intentado convencerse a sí misma de que no podría amar a Quinn pero ¿era eso cierto en realidad? Tres días antes de verlo había estado completamente segura, pero después él le había demostrado lo contrario.

Se preguntaba si tuvo la intención previa de seducirla, si aquella fue una forma de castigarla por lo que había hecho. Aun así, Quinn no se quedó a proclamar su triunfo. Cuando ella se despertó sobre el sofá, él ya había desaparecido.

Estar con él otra vez le pareció maravilloso. Ningún otro hombre la había hecho sentir lo que sentía con Quinn. Si fuese mayor, si no hubiese sido el hijo mayor de Lord Marriott, las cosas podrían haber sido diferentes. Se habría arriesgado a aguantar las críticas de quien

fuera con tal de estar con él.

De pronto alguien llamó a la puerta. Por un momento se preguntó si sus pensamientos habrían llevado a Quinn de nuevo hasta allí. Y si fuese él, ¿se lo diría?

Por mucho que le costase, lo haría. Se apresuró hacia la puerta.

Era Isabel.

Se quedó estupefacta y decepcionada al mismo tiempo y observó a la madre de Quinn como si no la hubiera visto jamás. Pero Isabel apenas había cambiado. Sus cabellos continuaban siendo castaños y su figura seguía tan esbelta y elegante como siempre.

Durante un momento las dos mujeres se contemplaron en silencio. Julia se preguntó si Isabel, al igual que ella misma, estaría pensando en todo lo que habían pasado juntas. Hubo un tiempo en que fueron tan buenas amigas, que a Julia le hubiese resultado impensable ir a Inglaterra y no contactar con ella. Isabel no tenía la culpa de lo que había pasado. Y ciertamente merecía también una explicación.

Entonces, Isabel profirió un sollozo.

—Oh, Julia —dijo con voz ahogada mientras se daban un caluroso abrazo.

Estuvieron abrazadas un buen rato y por primera vez en años a Julia se le saltaron las lágrimas. En todos aquellos años, no había conocido a nadie en quien poder confiar; nadie a quien contarle sus problemas.

—A pesar de todo, estoy muy contenta de que hayas venido a verme —le dijo Julia.

—Yo también —añadió Isabel sinceramente.

A pesar de su buena disposición, tras los saludos iniciales, Julia detectó una cierta tensión en su mirada. Era como si se arrepintiera de demostrar sus sentimientos tan abiertamente. Echó una ojeada alrededor de la habitación iluminada.

—Es muy bonita.

—Más bien diría muy cara —corrigió Julia—. Pero afortunadamente yo no voy a pagarla. Siéntate por favor. ¿Quieres que te prepare algo de beber?

—No, gracias. —Isabel rechazó su oferta cortésmente, mientras se sentaba en una butaca. Esperó a que Julia se acomodase frente a ella para continuar—. Vi tu programa de ayer por la noche. Estuviste muy bien.

—Gracias.

Julia se preguntó si aquello era lo único que la había llevado hasta allí. Al verla en televisión, quiso restablecer su vieja amistad. Debería haberse puesto en contacto con ella; eso lo sabía. No tenía ninguna

excusa para su falta de educación, cualesquiera que fueran las circunstancias.

—Pues… —Isabel estiró los brazos sobre los de la butaca—, tienes un aspecto estupendo, como siempre.

—Estoy horrible —contestó Julia rápidamente, sintiendo que se ruborizaba.

Le pareció detectar un rastro de amargura en aquel piropo. Isabel no la contemplaba con expresión afectuosa precisamente.

—No seas tímida. Conoces tus puntos fuertes tan bien como los demás. O bien no tienes preocupaciones, o no tienes conciencia.

Julia tragó saliva.

—Lo siento…

La expresión de Isabel se volvió más relajada.

—Sí. Yo también lo siento —dijo con cierto arrepentimiento—. No he venido aquí a insultarte, Julia. Créeme. Pero alguien tenía que hablarte antes de que abandonases el país, y como Quinn no está preparado a hacerlo, me toca a mí.

—Quinn está bien, ¿verdad? —aventuró Julia, no sabiendo cómo expresar lo que tenía que decir.

—Depende de cómo lo mires —declaró con preocupación—. Pero antes de que digas nada, quiero que veas algo.

Sacó una fotografía del bolsillo y se la tendió a Julia. Era una foto en blanco y negro, pero ello no le quitaba interés. Podría haberse tratado de una foto de Jake, excepto que el fondo de páramos y marismas era típicamente inglés. Era Quinn, por supuesto, con el uniforme del colegio, mirando de frente a la cámara.

—¿Lo reconoces, verdad?

—Es Quinn. —Julia vaciló apenas.

—Sí —contestó Isabel, quitándosela de las manos—. Fue tomada hace unos dieciocho años, creo. La encontré en el suelo en la habitación de Quinn en Courtlands. Había estado revolviendo en el ático antes de desmayarse.

—¿Desmayarse has dicho? —Julia se levantó de la silla como movida por un resorte, pero Isabel ni se inmutó.

—No te preocupes —dijo—. Había bebido demasiado. Desde entonces hemos conseguido que nos cuente algunas cosas. Parece ser que el hijo que tuviste fue de él.

¿Es eso verdad?

Julia deseó que se la tragara la tierra, o poder desmayarse ella también. Le resultaba muy difícil asimilar lo que Isabel acababa de decirle. Se sintió paralizada, anestesiada, incapaz de pensar

racionalmente.

—¿Es verdad? —repitió Isabel.

Isabel no la observaba fríamente, ni con expresión acusadora, pero aun así no la ayudaba. Al contrario, su expresión parecía más bien de angustia, como si no pudiese creer que Julia hubiera podido hacerle algo así.

—Yo… Isabel…

—¿Es verdad?

—Sí.

Ya estaba. Lo había dicho. Con desesperación, Julia se rodeó la cintura con los brazos. Lo había hecho muy mal, igual que todo lo demás. Isabel nunca la perdonaría. Y Quinn…

—Santo Dios… —susurró Isabel.

Se incorporó en la butaca y presionó las rodillas con las palmas de las manos. Por primera se la veía encogida; en un momento había envejecido.

Julia respiró con dificultad, nerviosa. Quería decir algo para consolar a aquella mujer que siempre había sido tan amable con ella, pero solo podía pensar en que Quinn se había enterado. ¿Desde hacía cuánto tiempo que lo sabía? ¿Y por qué no se lo había dicho ya? ¿Qué pensaría hacer acerca de Jake?

—¿Por qué no nos lo contaste? —preguntó por fin, con tono afligido y cansado—. ¿No crees que merecíamos saberlo? Ese niño es nieto de Ian y mío. Si estabas cansada de Quinn, deberías habérselo dicho en vez de salir corriendo.

—No pude —dijo Julia, mirándola fijamente—. ¡Era tu hijo!

—¡Todavía es mi hijo! Si estabas embarazada, él tenía derecho a saberlo.

—No me dirás que hubieses aceptado nuestra relación.

—No la aceptaba —dijo contemplándola sombríamente.

—¿Qué quieres decir con que no la aceptabas? Tú no lo sabías.

—Dios mío, Julia, tú eres madre. ¿No crees que lo notarías si tu hijo estuviera enamorado de alguien que conocieses? Mi querida Julia, me di cuenta de lo que pasaba desde el principio. Tú no veías cómo te miraba, pero yo sí. Y su repentino interés por pasar todos los fines de semana en Courtlands. ¡Estaba clarísimo!

—Entonces, ¿por qué no hiciste algo para detener todo aquello?

—¿Cómo?

—No sé. Dejando de invitarme a Suffolk, por ejemplo.

—¿Y crees de verdad que eso hubiera sido suficiente? —Isabel habló con expresión compungida—. ¿Acaso no tengo razón al pensar

que Quinn estuvo contigo en Londres? Si hubiese interferido, probablemente habría perdido a mi hijo, además.

Julia estaba completamente aturdida.

—Ian…

—Ian no sabía nada. —Isabel se encogió de hombros—. Ahora sí, claro, pero entonces pude inventar una excusa. Y después de desaparecer tú, tuve que hacer frente a la reacción de Quinn. A su padre le hice pensar que todo aquello era causa de la bebida.

—¿Me odias? —preguntó Julia, mordiéndose el labio inferior.

—¿Cómo se puede odiar a alguien que no se conoce? —dijo con tristeza—. Lo que hiciste fue muy cruel, aunque supongo que creíste tener tus motivos. Lo que vas a hacer ahora es lo que necesito saber.

—Oh, Isabel —comenzó Julia, llorando con desesperación—. ¿Qué puedo hacer?

Dímelo, dímelo por favor —vaciló un segundo y luego continuó valientemente—.

Queréis conocer a Jake. Lo comprendo. Le traeré para que lo conozcáis. Solo dime cuándo.

—No es tan fácil —contestó—. No creo que Quinn quiera verlo. Está empeñado en borraros a los dos de su vida.

Julia se tambaleó ligeramente. Aquello había sido un golpe muy duro. No era que no lo hubiese sospechado, pero aun así le dolió.

—Seguramente no te sorprenderá —dijo Isabel—. Es lo que querías, ¿no? Quinn nos dijo que le ocultaste la identidad del niño. Si ese tipo tan despreciable, Pickard, no le hubiese comentado que debiste estar ya embarazada antes de desaparecer, puede ser que nunca hubiera atado cabos. Quinn buscó esa foto antigua para cerciorarse.

—Quería decírselo…

—¿Entonces por qué no lo hiciste?

—Porque… Porque le quiero —dijo Julia con dolor—. Porque Jake es la única parte de él que es mía.

Isabel la contempló en silencio durante mucho tiempo. Por fin decidió hablar.

—¿Tengo que creerme lo que estás diciendo? ¿Debo creer que mi hijo está bebiendo litros y litros de alcohol porque lo quieres?

—No puede ser.

—¿Por qué crees que perdió el conocimiento? Lleva bebiendo sin parar desde que Pickard le echó. No sabrás que se ha quedado sin trabajo por ti, ¿no? Pues es la pura verdad. No le dijo nada a nadie acerca de tu paradero. Mandaron a otra persona a San Jacinto a buscarte. Si Quinn no hubiera intentado protegerte, a lo mejor nunca

se habría enterado.

Julia se humedeció los labios. Era obvio que Quinn no le había dicho a su madre que había ido a verla. Casi no podía creer que le hubiese confesado a Isabel que le quería. Pero ya no había manera de echarse atrás.

—¿No tienes nada que decir? ¿No crees que Quinn se merece otra oportunidad?

Dices que le amas. Entonces demuéstraselo. Díselo, Julia. Déjale elegir.

Capítulo 13

AQUEL día le recordó al primer día que fue a Courtlands. La diferencia era que entonces la estación estaba más avanzada; a pesar de ello, hacía un día soleado no demasiado frío. Por ello le pidió al taxista que la dejara en la casa del guarda. Desde allí caminaría hasta la casa.

Los tulipanes se alineaban a lo largo del camino de entrada, se veían algunos cervatillos retozando por los pastos. Las yeguas que Matthew había criado jugaban con sus crías. El ambiente estaba expectante.

Aunque no para ella, pensaba Julia nerviosa al tiempo que llegaba al patio delantero de grava. Ironías de la vida, había tenido que ir allí a buscar a Quinn.

Isabel le había dicho que normalmente vivía en la ciudad, pero, como cualquier animal herido, había ido allí a recuperarse. O mejor dicho, para evitar ver a nadie.

Pocas veces estaba sobrio. No sabían qué hacer.

¿Y acaso ella sí? Echó un vistazo alrededor de ella, pero la casa y los alrededores parecían bastante desiertos. Sabía que la madre y el hermano de Quinn estaban fuera.

Matthew estaba en una feria de caballos en Alemania e Isabel estaba en la ciudad en casa de una amiga. Con lo cual solo estaría el viejo Lord Marriott, aunque según su mujer, estaría trabajando en su despacho. Le había dicho a Julia que el mayordomo la recibiría, pues ella le había llamado para avisarlo de su llegada.

Sí, todo estaba bien planeado, pero Julia estaba ansiosa. Todavía no podía creer que estuviese allí, o que Quinn quisiera verla. Quinn había dicho que quería olvidarse de ella. Solo contaba con el respaldo de que Isabel no le había creído y que en realidad pensaba que interiormente estaba destrozado. ¿Pero qué podría hacer si la rechazaba? Isabel no parecía haber pensado en esa posibilidad. O quizá no le importaba, con tal de que le diese a su hijo otra oportunidad.

El viejo edificio parecía acogedor bajo la luz primaveral. La hiedra colgaba caprichosamente entre los ventanales. Las almenas adornaban el tejado de la casa, junto con un gran número de chimeneas por donde salía el humo lentamente. En la parte izquierda, un portalón conducía a la parte trasera del edificio, donde estaban las perreras y los establos.

—¿En qué puedo ayudarla?

—He venido a ver al señor Marriott —replicó, aunque no era asunto suyo—. El señor Quinn Marriott —añadió por si había dudas—. Me está esperando, en serio.

El hombre frunció el ceño. Era un hombre bastante apuesto, de unos cuarenta y tantos años.

—¿No la conozco? —preguntó, metiéndose las manos en los bolsillos—. Maldita sea, se parece usted mucho a aquella estrella de cine. Julia Harvey. Usted es ella. ¡Es Julia Harvey! —exclamó quitándose la gorra y esbozando una sonrisa—. La vi en televisión la otra noche. Usted solía venir por aquí hace mucho tiempo, a visitar a Lady Marriott. Recuerdo que los observaba a usted y a Quinn cuando jugaban al tenis, ¿no es cierto?

—Es posible —contestó Julia, dando un suspiro.

—No hay la menor duda. Soy Charlie Hensby. Llevo veinte años de jardinero en Courtlands.

—¿Ah sí? —Julia no deseaba mostrarse grosera, pero tampoco quería que Quinn se asomara a la ventana y la viera. La última cosa que deseaba era que se negase incluso a hablar con ella.

—Pues sí —el hombre parecía dispuesto a quedarse ahí todo el día, recordando viejos tiempos. Pero de pronto, como si notase que Julia se estaba impacientando, añadió riendo—. Bien, si quiere ver a Quinn no hace falta que entre. —Charlie Hensby señaló a la parte de atrás—. Está en los establos; lo he visto ahí hará unos diez minutos. Está cuidando de los caballos de caza del joven Matt mientras él está fuera.

Tomó el camino que rodeaba al jardín de la cocina, deseando no encontrarse a nadie más. Estaba empezando a sentir que había cometido un terrible error yendo allí. Debería haber estado en el avión de vuelta a George Town, en vez de estar arriesgando su salud mental por abrirle su corazón a Quinn. En el centro de los establos había un patio donde se limpiaban los caballos o se les refrescaba después de hacer ejercicio. A pesar de lo que le había dicho Hensby, no había rastro de Quinn ni en el patio, ni en cobertizo de los arreos. Al final había una puerta que conducía al establo de los potros y al almacén del heno. Aunque no quería penetrar el umbrío interior del edificio, tenía que estar completamente segura de que Quinn no estaba allí. El olor a cuero, grano y animales le llegó con fuerza.

Acababa de cruzar la puerta cuando apareció Quinn delante de ella. Había estado llevando heno a uno de los corrales donde había una yegua preñada.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Julia había querido convencerse de que Isabel estaba exagerando,

pero en ese momento sintió un fuerte olor a alcohol de su aliento. No pareció sorprendido al verla y tuvo la sensación de que llevaba tiempo esperándola.

—Vaya recibimiento —dijo, sintiendo la emoción típica de cuando lo veía. Con aquellos vaqueros usados y una camisa también vaquera, estaba más atractivo que nunca. Le resultaba tan difícil mostrarse objetiva cuando había tenido tantas ganas de verlo.

—Nada que no esperases, estoy seguro —respondió con la mirada baja.

Parecía cansado, pensó. Y también cínico. ¿Era eso lo que le había hecho?

—Tú sabías que iba a venir, ¿verdad? ¿Tu madre…?

—Mi madre no me ha dicho nada. Está claro que ahora la tienes de tu parte. Oí a Fellowes, nuestro mayordomo, hablando por teléfono.

—¿Con Isabel? —dijo Julia suavemente, a lo que Quinn se encogió de hombros.

—Está claro que lo sabes. Yo solo me imaginé que era ella.

—Si no querías que viniera hasta aquí, se lo podrías haber dicho.

—¿Cómo? Para que luego me acusaras de ser poco razonable —dejó el rastrillo a un lado—. Lo cierto es que me interesa lo que tengas que decir. ¿Por qué te lo iba a poner tan fácil? Has pasado diez años haciendo todo a tu manera, sin pensar en los demás.

—No es verdad.

—¿Eso crees? —se retiró el cabello de la cara con mano temblorosa —. Perdona, pero no recuerdo que te interesaras por mis sentimientos.

Julia tragó saliva.

—Te refieres con respecto a Jake, me imagino.

—¿Tú crees? —Quinn la miró acusador—. Pensé que había algo más entre nosotros que la posibilidad de tener un hijo no deseado.

—¡Yo deseaba tener a Jake!

—Pero no a su padre.

—No es cierto…

—¿Qué quieres decir con que no es cierto? —Quinn dio un paso hacia ella, enfurecido, para después darse la vuelta, como si la idea de tocarla se le hiciese insoportable—. ¿Cómo pudiste hacerlo, Jules? ¿Cómo pudiste negarme el derecho no solo a saber que ibas a tener un hijo mío, sino también a recibir una explicación sobre tu desaparición?

—Yo, pensé que era lo mejor.

—Sería lo mejor para ti —dijo en tono mordaz.

—¡No, para todos nosotros! —exclamó Julia, sin dejar de moverse

—. Quinn, solo eras un niño…

—¡Y un cuerno!

—Lo eras —lo contempló sin poder hacer nada—. Y tú sabes muy bien lo que tus padres habrían opinado de nuestra relación.

—Oh, por favor, no empieces con eso otra vez. —Quinn estaba encolerizado—. Tú deseabas terminar con nuestra relación y te vino bien utilizarlo como excusa.

—¡No es cierto!

—Deja de decir que no todo el tiempo. ¡Por Dios, Jules, si no puedes ser sincera conmigo, al menos selo contigo misma! ¡Estabas cansada de mí, cansada de tener que buscar excusas para no asistir a fiestas, cansada de tener que rechazar a hombres con los que te hubiera gustado salir!

—Eso no es verdad.

Julia lo miró con dolor, pero Quinn se dio media vuelta y comenzó a restregar la bota con la paja que cubría el suelo del establo.

—De todas formas —dijo finalmente—, ahora ya no importa. Supongo que mi madre ha ido a verte y no sé lo que te habrá dicho, pero puedes seguir teniendo la custodia de Jake. No quiero hacerle daño al niño. Y hasta que sea lo suficientemente mayor como para tomar sus propias decisiones, me mantendré al margen de tu vida.

Julia se quedó paralizada.

—¿Es eso lo que quieres?

Al decir eso, Quinn se volvió y la miró lleno de amargura.

—No me preguntes —dijo con rudeza—. No me preguntes lo que quiero pues podría ser que te lo dijese.

—No te entiendo —dijo Julia, pestañeando.

—No, maldita sea, claro que no entiendes, ¿verdad? —gritó—. Estás tan ocupada intentando convencerme de que sientes lo que ha ocurrido y de que piensas comportarte razonablemente a partir de este momento, que no te das cuenta de lo que siento hacia ti.

—¿Quieres decir que todavía te importo? —preguntó en un débil susurro.

—No —dijo con fiereza, ahogando su esperanza cruelmente—. No me importas.

A no ser que te refieras en sentido negativo. Mis sentimientos hacia ti están más cerca del odio y el desprecio. Me has engañado, Jules. Me has robado diez años de la vida de mi hijo. ¡Dios mío, ni siquiera sabe quién es su padre! ¡Y tú me preguntas si todavía me importas! ¡Debería retorcerte el pescuezo!

Julia nunca se había esperado que pudiese reaccionar tan

violentamente. Ni siquiera aquella noche en el hotel le había tenido tanto miedo como en ese momento.

Y no porque le preocupase su propia seguridad. Temía por él y por el futuro que se extendía delante de ellos dos: un futuro vacío y sin esperanza.

Tenía que alejarse; se dio cuenta inmediatamente. No debería haber ido allí. Se había equivocado completamente al interpretar su comportamiento de aquella noche en el hotel. Cuando Isabel fue a visitarla, cuando la convenció de que Quinn necesitaba verla, la había creído.

Pero se había equivocado completamente. Todo lo que ansiaba era castigarla. Era lo que había sospechado, lo que siempre había sabido. Quinn jamás la perdonaría. Y la verdad, ella tampoco podría perdonarse a sí misma nunca.

—Tengo que irme —dijo de repente, y Quinn volvió la cabeza asustado.

—¿Irte? —repitió, como si la posibilidad no se le hubiera ocurrido.

Julia asintió, mirando sin ver hacia la puerta.

—Creo que sería lo mejor —dijo tensa, notando que la emoción la embargaba.

Si no se iba pronto, sabía que se echaría a llorar ahí mismo, delante de él. Y lo último que deseaba era que él sintiese remordimientos.

—No —dijo Quinn, sacándose las manos de los bolsillos.

—No creo que tengamos más que hablar —dijo Julia con un nudo en la garganta—. Si cambias de opinión acerca de Jake, lo comprendería. Quizá, si tus abogados…

—¡Al cuerno mis abogados! —exclamó Quinn, balbuceando—. No quiero que te vayas.

Julia lo miró un segundo y luego se volvió hacia la puerta.

—Lo siento —sollozó, con lágrimas en los ojos—. No puedo…

—¡Oh, Dios!

Quinn gritó angustiado. En otras circunstancias, Julia habría esperado, pero ya había aguantado bastante aquel día. Estaba llorando y tenía que alejarse de él.

Le oyó ir tras de ella, escuchó el ruido de los tacones de las botas contra el suelo de piedra, y se quedó inmóvil. Escapar no haría sino confirmar la opinión que tenía de ella. Tenía que enfrentarse a él de alguna manera, y aceptar lo que quisiera darle.

Pero aunque llegó hasta ella, no la tocó. Le sentía detrás, su aliento acariciándole el cuello, su calor tan cercano.

—¿Por qué? —dijo Quinn de pronto.

Julia no tuvo que preguntarle a qué se refería.

—Tú sabes por qué —contestó con un hilo de voz—. Era, soy, demasiado mayor para ti.

—No…

—Es lo que tu madre pensaba. Y todavía lo piensa, si tiene la franqueza de admitirlo.

—Mi madre no tiene nada que ver con todo esto.

—No siempre pensaste así.

—Sí que lo hacía —gimió—. Sabes que yo siempre quise contarle a mis padres lo nuestro. ¡Quería casarme contigo!

Julia se enjugó las lágrimas que le caían por los labios.

—No creí que fuese a durar.

—¿El qué?

—Tú y yo. Pensé que cuando te hicieses mayor…

—¿Qué cambiaría?

—Sí.

—Pues ya ves que no he cambiado.

Julia tomó aire, sofocada por las lágrimas.

—Eso no es cierto.

—Claro que lo es. —Quinn maldijo entre dientes y poniéndole las manos sobre los hombros le dio la vuelta para que estuviesen cara a cara—. ¿Por qué piensas que te dejé venir aquí? —los oscuros ojos rebosaban emoción—. Lo que me importa es por qué viniste.

Julia se estremeció.

—Tú lo sabes.

—No lo sé. —Quinn se inclinó para limpiarle una lágrima de la punta de la nariz—. Solo esperaba saberlo. Y luego, al verte tan preciosa, tan elegante, tan tranquila, no pude pensar que estuvieras aquí por otra razón que no fuera, quiero decir…

—¿Culpabilidad? —sugirió Julia tímidamente.

—Algo así. Soy un arrogante, ¿verdad?

—Oh, Quinn… —Julia lo miró con todo el amor reflejado en sus ojos—. ¿Querrás perdonarme?

—¿Por dejarme?

—Por ocultarte la identidad de Jake. Por no decirte que tenías un hijo.

Quinn la rodeó la cara con las manos.

—Estoy dispuesto a intentarlo —dijo suavemente, limpiándole las lágrimas que seguía derramando—. Pero tengo algo que confesarte.

A Julia se le cortó la respiración.

—¿Estás comprometido con esa chica de la que me hablaste?

—No —contestó con un gruñido—. De hecho Suse, es decir Susan, me acusó de estar enamorado de ti mucho antes de que yo me lo admitiera a mí mismo.

—Entonces…

—Es sobre ti, Jules —susurró, rozándole los labios con los suyos—. En realidad no conozco a Jake todavía. Estoy seguro de que llegaré a quererlo; el pobre niño es igualito a mí. Pero toda la angustia que he sentido se reduce a ti. Tú eres lo que yo quería, lo que quiero —le mordió suavemente los labios—. Te quiero, Jules. ¿Puedes imaginarte pasando el resto de tu vida demostrándome que sientes lo mismo?

—Oh Quinn… —le rodeó el cuello con sus brazos—. ¡He sido tan estúpida!

Quinn la aprisionó contra su cuerpo y enterró la cara en la perfumada curva de su cuello.

—Bueno, por lo menos en ese punto te doy la razón —coincidió, con voz cálida y sensual.

Capítulo 14

HORAS más tarde, Julia oyó en sueños el sonido de un coche en el camino que llevaba a la casa. La suite de Quinn se encontraba en un extremo de la vieja mansión.

Al pararse repentinamente el motor, se despertó.

—¿Quién es? —susurró angustiada, como si alguien más aparte de Quinn pudiese oírla desde la enorme cama con dosel donde estaban. Lo miró preocupada—. ¿No será tu madre?

—Podría ser —contestó Quinn despreocupadamente—. A lo mejor se ha acercado corriendo a casa a ver qué tal está funcionando su última artimaña.

—Deberíamos vestirnos.

—¿Por qué? —Quinn volvió a retirar el edredón, acariciándole uno de los pezones con el pulgar—. Es muy temprano todavía. No cenaremos hasta bastante más tarde.

—¡Cenar! —chilló Julia—. No puedo quedarme a cenar.

—Claro que puedes. Te quedarás a pasar la noche —dijo Quinn firmemente—. A no ser que tengas algo mejor que hacer, o que prefieras estar en otro lugar.

Julia se dejó caer de nuevo sobre el colchón.

—No seas tonto. Sabes que no hay otro lugar en el que prefiera estar. Pero… es que no he traído ropa para cambiarme. Y tampoco maquillaje.

—A mí me parece que estás muy guapa así. —Quinn le aseguró, moviéndose de manera que le colocó una pierna entre las de ella. Deslizó la mano por debajo de la colcha—. ¿De verdad quieres vestirte?

—Sí. No, oh, Quinn, no hagas eso.

—¿Es que no te gusta?

—Demasiado —confesó excitada—. Quinn, si es tu madre…

—Esperará —le aseguró amablemente—. Ahora, si me dejas…

—¡Quinn, no podemos!

—Más bien debemos —le dijo abiertamente.

Durante un buen rato, Julia fue incapaz de preocuparse por lo que haría si Isabel entrase en la habitación. Pasase lo que pasase. Quinn había tomado una decisión y ella también. Ya no había vuelta atrás.

—¿Pero vamos a quedarnos aquí?

Las prioridades de Jake eran diferentes a las de ella. Julia pensaba

eso mientras hablaba con Jake y Quinn en el porche del bungalow.

—Pues, creo que por el momento sí —concedió.

Hasta el momento, Jake había contemplado con indiferencia el hecho de que Quinn volviera a San Jacinto acompañando a su madre. Al principio estaba emocionado cuando lo vio, pero al darse cuenta de que no había ido allí para llevárselos a los dos a Londres, ya no estaba tan animado.

—¿Y el señor Marriott se va a quedar aquí también?

—Quinn —interrumpió este con sequedad, levantando las cejas cuando miró a Julia y la vio tan nerviosa—. Sí. Si a tu madre y a ti no os importa tenerme aquí. ¿A ti qué te parece?

—Bueno. —Jake frunció el ceño, mirándolo con una expresión de duda—. Pero tú vives en Londres, ¿no?

—Antes sí. —Quinn empezó a explicar, con lo que Julia se sintió algo más aliviada—. Pero todavía tengo un piso allí y a lo mejor pasaremos unos días allí cuando tengas vacaciones.

A Jake se le pusieron los ojos como platos.

—¿De verdad?

Quinn asintió.

—De verdad.

Jake frunció el ceño de nuevo, volviéndose hacia su madre.

—¿Entonces tengo que seguir yendo al colegio?

—¡Por supuesto!

—¿Pero estarás aquí cuando vuelva? ¿No volverás a marcharte mientras esté en el colé?

—Te lo prometo.

Julia dio un suspiro y Quinn intervino para ayudarla.

—Yo me encargaré de que no se vuelva a marchar. Y los fines de semana podemos pasarlo muy bien juntos. Tendrás que enseñarme a navegar la lancha y podemos jugar al fútbol, si quieres.

—¿Al fútbol? —Jake lo miró sin pestañear, a lo que Quinn sonrió —. Oye —dijo mirando a su madre—. ¡Eso es estupendo!

—Me alegro de que te parezca bien —dijo Julia algo emocionada—. Por lo menos yo no tendré que unirme al juego.

—Tú serás el portero —añadió Quinn, haciendo reír a su hijo—. Te vendrá bien.

El ejercicio, ya sabes.

—¿Estás intentando decirme que estoy gorda? —preguntó Julia indignada, a lo que Quinn contestó con una mirada traviesa.

—¿Tú crees?

El corazón empezó a palpitarle con fuerza al pensar que desde ese momento Quinn y ella estarían siempre juntos.

—No lo sé —dijo y por primera vez deseó que su hijo no estuviera allí. Deseó con fuerza poder ser abrazada delante de su hijo. Pero era demasiado pronto para ello.

Jake tenía que tomar confianza con Quinn antes de decirle que era su padre y, de momento, preferían tomárselo con calma.

—La verdad es que a mí me parece que estás estupendamente —dijo Quinn, diciéndole con los ojos lo que no podía decirle en alto.

—A mí también —dijo Jake, para no ser menos. Y volviéndose a su madre preguntó—. ¿Puedo enseñarle a Quinn la lancha antes del té?

—¿Y bien? —preguntó Quinn, besándola en un hombro.

Estando Jake ya en la cama, estaban sentados en el porche, compartiendo uno de los mullidos sofás.

—Creo que ha ido bien —dijo en voz baja—. Le has caído bien, ¿sabes?

—Menos mal —dijo Quinn algo bruscamente, algo aliviado de la tensión que había sentido.

—¿Y a ti qué te parece? ¿Te gusta?

—¡Vaya pregunta! Claro que me gusta. Es nuestro, ¿no? Tuyo y mío. Solo desearía que…

—Ya lo sé —interrumpió Julia, dándose la vuelta para acariciarle la mejilla—. Pero quizá podamos tener otro hijo.

—Yo diría que eso es casi seguro, ¿no crees? Teniendo en cuenta que te he hecho el amor cada vez que he estado contigo y que no hemos tomado precauciones, es posible. Lo he hecho adrede, tengo que confesar.

Julia se echó a reír.

—¿Por qué?

—Porque quiero asegurarme que siempre vamos a estar juntos.

—¿Tú crees que te iba a dejar marchar otra vez?

Quinn la besó, jugueteando con la lengua antes de hundirla completamente en su boca.

—Y también porque me gusta sentir tu cuerpo contra el mío —dijo sensual—. ¿Te he dicho alguna vez cómo me hace sentirme eso?

—Me lo puedes volver a decir —le invitó, en un momento que le dejó respirar. Se sentó sobre sus rodillas—. ¿Te hago daño?

—Si esto es hacer daño, me encanta —le aseguró, moviéndose para que pudiera sentir la dureza de su excitación—. Venga, ahora cuéntame lo que te dijo mi madre.

No habrá cambiado de nuevo de opinión, ¿no?

—No —contestó Julia, que estaba sorprendida de lo complacientes que Ian e Isabel habían sido—. Quiere que nos casemos en Courtlands. Pero en realidad está desesperada por conocer al niño, entonces a lo mejor deberíamos invitarles a venir aquí.

—Supongo que sí —dijo Quinn frunciendo el ceño—. Mientras que tú me prometas que no cerrarás la puerta de tu habitación con llave.

—Como si fuese yo a hacer eso. —Julia rio.

—Bueno… —Quinn no contestó; estaba recordando aquella terrible Navidad que Julia pasó en Courtlands e intentó romper la relación—. Date cuenta de que si vienen aquí, nuestra relación se va a saber.

—¿Y? ¿Te importa?

—Yo no soy el que tiene ese tipo de preocupaciones, ¿no te parece?

—Lo sé. Y lo siento.

—Entonces, ¿cómo te sientes?

—Me siento de maravilla —confesó Julia—. Y creo que si apareciese Hector Pickard y dijese que le iba a contar a todo el mundo que Jake es tu hijo, le diría que lo hiciese.

Quinn volvió a besarla.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto que sí. Además cuando nos casemos todo el mundo sabrá la verdad, de todas formas. Solo tienen que mirarle a Jake a la cara para ver la verdad.

—Pues yo no me di ni cuenta. —Quinn le recordó—. Su madre me deslumbró.

—¿Y ahora?

—Creo que debí estar ciego por no darme cuenta del parecido —admitió, haciendo una pausa—. ¿Crees que podrá perdonarnos algún día?

—Los niños no suelen guardar rencores —dijo Julia con suavidad—. Y el hecho de verse con una familia al completo le va dar mucho en que pensar.

—Lo que significa, me supongo, que al final tendré que establecerme en Courtlands —dijo Quinn con resignación—, pero bueno, hay cosas peores.

—No me importa donde vivamos. Convertirme en la señora de una casa solariega no me interesa, pero convertirme en la señora de Quinn Marriott sí.

Quinn apretó la cara contra los suaves cabellos de Julia.

—De todas maneras, la idea de ser padre me parece maravillosa. Y quiero que Jake conozca sus orígenes. Courtlands será suya algún día. Es lo más natural. Y no puedo negarle los derechos que tiene desde su

nacimiento.

—Le dejaremos escoger —dijo Julia—. Y si quieres dejar a Matthew que siga viviendo ahí por ahora, a mí no me molesta.

—Mira qué esposa tan complaciente —se burló Quinn, echándose a reír—, ¿te apetece complacerme ahora de otra forma?

—Si tengo que hacerlo —dijo Julia riendo—, creo que debes entrar conmigo en brazos en la habitación. Este es el primer día del resto de nuestras vidas.

Fin.